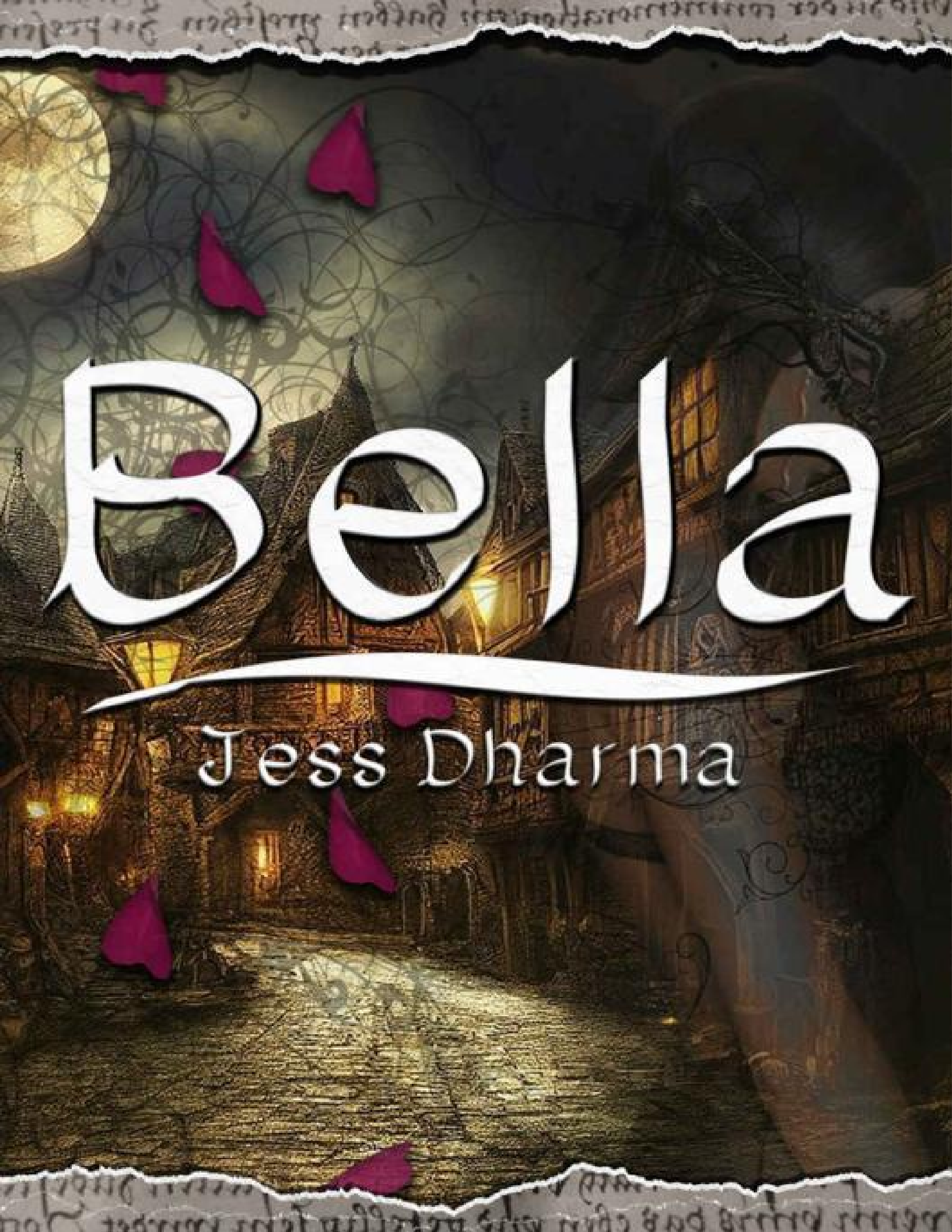




Bella

Jess Dharma

Copyright © 2024 JESS DHARMA

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter

Library of Congress Control Number: 2018675309

Printed in the United States of America

*Quiero dedicar esta novela a todas las personas que me han animado a volver a escribir, algo tan importante para mí
como respirar.
A mi ángel, ahora comprendo que aunque te echo de menos debo agradecer el tiempo que pasamos juntas.
Os quiero.*

Bella y Bestia,
El príncipe del dolor
Jess Dharma



Introducción

Cuando tan solo era una niña, no recuerdo exactamente mi edad, quizás cinco o seis años, mi madre enfermó. No de cualquier cosa normal que con unos antibióticos se alivia, no, mi familia nunca ha sido de las que tienen suerte en la vida.

La enfermedad de ella era rara, lo que sin duda era sinónimo de que su tratamiento era carísimo, no podría ser de otra forma, en la puta vida nada es gratis, ni siquiera la muerte.

Claro que a esa edad no era consciente de ese tipo de cosas, no, eso lo aprendí luego.

Nunca fuimos una familia pudiente, mi madre era costurera en Red Rose, cosía la ropa cara a

los más ricos de la ciudad, pero no por ese motivo es que ganara bastante dinero, al contrario, la gente que más tiene luego es la más tacaña. Aun así, amaba lo que hacía.

Mi padre siempre fue jardinero, desde que tengo uso de razón. Me encantaba verlo trabajar, nunca he visto a nadie que trate una planta como él. Por eso tiene las flores más bonitas del mundo, cada año en mi cumpleaños me regala una rosa roja, porque dice que yo soy más bella que una de ellas, de ahí mi nombre.

En resumen, no nos sobraba el dinero, cuando mi madre enfermó mi padre hizo todo lo que pudo por conseguirlo mientras yo me quedaba en casa cuidando a mi progenitora, dándole la mano mientras se retorció de dolor. Su enfermedad era terriblemente dolorosa y sin calmantes que le hicieran eso más llevadero su sufrimiento era incontable.

Yo intenté ser fuerte y no derramar ni una sola lágrima delante de ella, por mucho que me doliera verla gritar o incluso cuando me machacaba la mano de tanto apretar. Sin embargo, nada la ayudó, ni las miles de horas que trabajó mi padre en todos los sitios que le fue posible, ni mi pequeña mano entre las suyas.

Tras un año eterno de sufrimiento, mi madre dejó de padecer. Os mentiría si os dijera que no sentí alivio, no por mí, mi nivel de cordura por aquel entonces andaba muy lejos de ser el de una niña pequeña, pero sí por no verla llorar y gritar nunca más.

En ese momento fue cuando me di cuenta de que en la vida no importaba lo buena o mala persona que fueras, si no el dinero que poseyeras. La gente honrada y humilde como nosotros siempre moría y nadie se giraba siquiera a mirar su tumba.

Desde ese momento crecí con mi padre, iba a la escuela y después me ocupaba de la casa, para hacerle un poco más fácil la vida, había perdido a su otra mitad, el amor de su vida y la otra parte de su alma.

Él pareció envejecer muchísimo con su pérdida, pero nunca le faltó una sonrisa para mí, tampoco una rosa roja el día de mi cumpleaños.

Me prometí que cuando creciera estudiaría y me convertiría en alguien importante, con un buen puesto de trabajo en el que ganaría mucho dinero y a mi padre nunca le faltaría de nada, ya que él lo dio todo por cuidarme siempre.

Esa era mi idea, pero ¿sabéis una cosa? No vivimos en un cuento de hadas. A golpes descubriría que las cosas no suceden por que una las sueña.



Capítulo 1

Bella

El día que debía de ser uno de los más felices de mi vida se convertiría en el peor, o, mejor dicho, en el segundo peor de mi vida. Hoy me gradúo en la universidad, después de cinco años de duro trabajo. No solo me refiero a estudiar, también a trabajar. Porque, aunque siempre he sacado excelentes notas para conseguir una beca completa, necesitaba el dinero para no cargar con más preocupaciones a mi padre, y ya se sabe que cuando se hace algo con gusto, no cuesta tanto.

Mentira y gorda, estoy agotada de trabajar como camarera en una hamburguesería y pasarme las noches sin dormir a base de cafeína para poder estudiar. Lo que sí que puedo asegurar es que no me arrepiento de nada. Por fin me he licenciado en Lengua y Literatura, lo que siempre había soñado. Amo leer, mi madre me lo inculcó creo que desde que estaba en la cuna, eso no lo recuerdo, pero sí desde que tengo uso de razón ella me leía muchas tardes, y siempre antes de dormirme.

Cuando enfermó cambiamos el rol y era yo la que leía, aún era demasiado pequeña para que fueran libros para adultos, pero sí todos los cuentos que tenía. No le aliviaba, pero me hacía creer que sí. Así que desde ya una tierna edad soñé en ser la creadora de cientos de historias que compartir con todo el que quisiera leerlas.

Ahora me toca la ardua tarea de encontrar un trabajo relacionado con lo que he estudiado, quizás en alguna editorial hasta que me pueda dedicar a escribir mis propias historias. Por lo que por ahora seguiré trabajando en la cafetería, no quiero cargar a mi padre con más de lo que ya tiene. Últimamente lo noto demasiado cansado. A decir verdad, parece que desde que mi madre faltó ha envejecido a pasos agigantados.

Me tuvieron jóvenes por lo que no tiene una edad avanzada, aun así, parece tener muchos más años de los que tiene. La ceremonia de la graduación me conmueve mucho, veo como mi padre, sentado entre el público, derrama lágrimas de emoción al ver a su hija llegar más lejos de lo que ellos nunca hicieron. No puedo evitar que se me contagie y lloro también.

Ya con mi diploma en la mano me reúno con él y le abrazo con todo el amor que siento, lo ha dado todo por mí, ha trabajado noche y día para que no me faltara de nada, incluso que no sintiera que no estaba mi madre. Le quiero tanto que haría cualquier cosa, por verle feliz.

—Bella, mi niña preciosa, estoy tan orgulloso de ti. Ojalá tu madre pudiera verte, hecha una mujer y con la carrera que siempre habías soñado.

Se aparta para decirme todo eso sin dejar de agarrarme por los brazos, siento casi como si se tuviera que sostener.

—Gracias, papá. No lo podría haber conseguido sin ti.

De nuevo me abraza y los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas.

—Yo no he hecho nada, es todo mérito tuyo, has trabajado muy duro y estudiado para conseguir unas excelentes notas. No se me puede ocurrir que es lo que habremos hecho tan bueno en otra vida para tener una hija tan maravillosa como tú.

Siento que los ojos me vuelven a escocer por sus palabras.

—Nada, papá, si soy así es por como me habéis criado y el amor que me habéis dado siempre. Sobre todo, porque siempre me has apoyado y empujado a creer en mi misma, en que podría conseguir cualquier cosa que me propusiera. Soy así por que he salido a vosotros.

Llora, no le avergüenza y es eso exactamente a lo que me refiero, mi padre, igual que lo fue mi

madre, son personas maravillosas. Le abrazo esperando que pueda llegar a sentir todo lo que le quiero y lo agradecida que estoy. Cuando nos separamos saca el pañuelo de su chaqueta impoluto como siempre y se seca las lágrimas antes de sonreírme.

—Venga, vamos a comer para celebrarlo. He reservado en un sitio muy especial.

No puedo evitarlo, sus palabras me ponen en alerta.

—¿Dónde, papá?

Hace un gesto con la mano para quitarle importancia mientras me arrastra del brazo dirección a nuestro viejo y destartado coche.

—A Merrys, hice la reserva hace meses para este momento.

—¡Oh, papá! Ni de broma, no nos lo podemos permitir.

Merrys es uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad, un entrante de ese sitio podría costar lo mismo que gano yo sirviendo mesas a media jornada en la hamburguesería. Ni de broma voy a permitir esto, bastante le cuesta ganar el dinero suficiente para que podamos llegar justos a fin de mes.

—Hija, sé que te preocupa mucho la economía, pero es un día especial, único. Déjame por favor que invite a mi única hija a comer, no te vas a graduar otra vez, o sí. Quien sabe, eres inteligente y puedes hacer cualquier cosa que te propongas.

Sus palabras me emocionan, prometo que no suelo ser de las que lloran, pero llevo un día fina. Pienso en poner más resistencia, pero la ilusión brilla en sus ojos como hacía mucho tiempo por lo que acepto sonriendo. Si es necesario ahora que he terminado de estudiar puedo hacer turnos dobles.

—Vale, papá.

Beso su mejilla antes de irme hacia el lado del copiloto mientras saca las llaves para abrir las puertas. Me sonrío y casi sin darme tiempo a procesarlo veo confusión en su mirada, se agarra al techo del coche antes de caer como plomo contra el asfalto del aparcamiento. Me quedo paralizada, intentando analizar qué está pasando, como si mi cuerpo quisiera hacer una cosa, pero mi cerebro no encontrara la instrucción para hacerlo.

Siento como todo mi calor corporal desaparece mientras tiro el bolso, el diploma, todo antes de correr a su lado muerta de miedo. Me dejo caer de rodillas sin importar ni el vestido, las medias, o que me dañe las rodillas con el suelo. Está muy pálido, mi mano va directa a su cuello buscando el pulso. Late muy despacio, pero ahí está. Sí está vivo hay esperanza, no paro de repetirme eso como un mantra.

Hay gente que con este tipo de cosas se queda paralizada, yo en cambio, me activo como si me hubiera tomado varias jarras de café. Me levanto y corro hacia donde ha caído mi bolso abriéndose, todo lo que contenía está desperdigado por el suelo. El móvil, que es lo que necesito

en este momento, se ha golpeado por el lado de la pantalla, típico, que, si algo puede salir mal, sale mal jodiéndote cuando más lo necesitas.

Me da igual, eso no me va a parar, como si fuera en automático le doy al botón para que se encienda, está lleno de cristales, pero es que ni pienso en si me puedo cortar, lo único que me importa es que venga una ambulancia volando. Entre los añicos sale luz, pero no se ve nada, me es imposible marcar. Varias personas se han ido acercando a mirar que ha pasado, eso sí, ninguna hace el amago de intentar ayudar. Me cago en todos ellos.

Si no estuviera a punto de sufrir un ataque de nervios me iba a desahogar a gusto con ellos.

—¡Que alguien haga algo! —me pongo a gritar como una loca y me da exactamente igual lo que piensen de mí.

Siento que una persona se arrodilla a mi lado, la miro desesperada y siento algo de esperanza al ver que es Mérida, mi mejor amiga. No tengo mucho tiempo para vida social entre el trabajo y los estudios. Con ella es diferente, la conocí el primer día de clase y ya no nos hemos separado. Somos bastante diferentes, pero da igual, la quiero como si fuera la hermana que nunca he tenido.

—Bella, ¿qué ha pasado?

Veo en sus ojos verdes la preocupación, incluso más brillantes que de costumbre, siempre ha sido uno de sus rasgos más llamativos junto con su cabello pelirrojo.

—No lo sé, se desmayó. Necesito llamar a una ambulancia, pero se ha roto el teléfono y toda esta gentuza no sabe más que mirar por el morbo de si se muere mi padre delante de ellos para relatarlo esta noche en la cena, o tomando una cervecita con sus amigos.

La gente murmura como si se sintieran insultados, qué poca vergüenza. Bastante poco digo para todo lo que pienso, lo raro es que no me estén saliendo subtítulos. Mérida sin ningún tipo de pudor delante de toda esa gentuza se levanta el vestido y de una funda atada a su muslo, como si fuera una liga, se saca el móvil. Siempre ha sido más lanzada que yo, y por eso la quiero.

Marca el número de emergencias y se pone a dar órdenes como si fuera la jefa para que acudan de forma inmediata a nuestra ubicación. Se lo agradezco, necesito ayuda, solo puedo pensar en que mi padre esté bien. No puedo perderlo, es lo único que me queda en el mundo. Coloco su cabeza en mi regazo y le acaricio la cara como si de alguna manera, aunque esté inconsciente pudiera sentirme.

—Papá, ya viene la ambulancia, por favor, resiste. Todo va a estar bien, hazlo por mí.

Mi amiga ha sido convincente, es alarmante pensar en la gente que muere por que el servicio de emergencias no llega a tiempo. Doy gracias porque no ha sido mi caso, en un tiempo récord nos han llevado al hospital. Mérida nos ha seguido en su coche, por si luego nos tiene que llevar ya que he dejado el de mi padre en el aparcamiento del campus. Ahora mismo me da igual que le prendan fuego.

En el camino han estabilizado a mi padre, le han puesto oxígeno y parece que el corazón ya late mejor, aun así sigue sin despertar, no suelto su mano. Solo quiero estar a su lado y que al hacerlo sea lo primero que vea. Las cosas nunca salen como queremos, al llegar al hospital lo primero que hacen es separarme de él para poder hacerle todo tipo de pruebas.

Se me parte el corazón al tener que dejarlo ir, doy paseos desesperada por la sala de espera, miro a la gente con preocupación en el rostro, pensando que, seguro que es la misma que tengo yo reflejada, mientras esperan que les den alguna noticia de sus seres queridos.

Mérida intenta distraerme, se ha ofrecido a traerme una tila para que consiga relajarme un poco, pero le he dicho que, de eso nada, necesito estar a tope en este momento. Así que se ha ido a por un café a la máquina, no sé si la cafeína será lo mejor en este momento, pero no he comido nada desde el desayuno y es lo único que me apetece, algo que me active, aunque creo que el corazón me va a estallar en el pecho de un momento a otro.

—Toma, te va a venir bien, oigo tu tripa crujir desde las máquinas expendedoras.

—Te prometo que no tengo ni pizca de hambre.

Acepto el café caliente, al menos el tenerlo entre las manos me proporciona cierta paz.

—Ven, vamos a pasear por el pasillo, se oye perfectamente si te llaman y por lo menos salimos de aquí que da muy mal rollo ver a todo el mundo así.

Acepta sin más mi afirmación de que no tengo hambre, si algo me gusta de ella es que respeta la opinión de los demás sin intentar imponer la suya. La miro con la ceja levantada por lo que ha dicho de las personas que están esperando, sé que tiene razón, pero no conoce lo que es tener filtro y a veces la gente la encuentra demasiado intensa y directa, sobre todo si no la conocen. Yo la quiero por ello, sé que nunca me mentiría por ser mi amiga. Con el brazo libre, me agarro a su brazo, es alta y delgada, pero como hoy me he puesto tacones voy cómoda a su lado. Ni siquiera me duelen los pies con todo lo que tengo encima.

—Preguntarte como estás es una tontería, sé que estás mal, pero quiero que sepas que me tienes para lo que necesites, para todo, lo sabes. Incluso tengo un buen maletero donde puedo llevar una pala y un cadáver y por supuesto te ayudaría a enterrarlo sin hacer preguntas.

Me hace reír, por que no dudo de que fuera capaz.

—Mal, quizás parezco algo hipocondríaca, pero desde que perdí a mi madre, el miedo de que le pueda pasar algo a mi padre me quita el aire del pecho. Meri, no puedo perderlo, no tengo a nadie más. No creo que pudiera soportar su pérdida.

—No le vas a perder, además quiero que sepas que me siento bastante molesta por que pienses que estás sola, yo soy tu hermana. No de sangre, por elección que es más importante. Pero te entiendo, y no te voy a prometer que no le vas a perder por que es ley de vida. Pero ahora no, ya lo verás.

Voy a contestarle cuando oigo que me llaman desde megafonía, nos acercamos casi corriendo

a recepción donde nos está esperando un médico.

—¿Es la hija de Maurice Trisden?

—Sí, soy yo, ¿cómo está? ¿Puedo verlo?

El médico de avanzada edad me dedica una sonrisa cansada, seguro que lleva como mil horas trabajando y está agotado.

—Sí, pero primero necesito que me acompañen a mi consulta, debemos hablar de la salud de su padre.

Asiento por que es lo único que me sale, tengo un mal presentimiento, creo que lo que va a decirme cambiará mi vida para siempre.



Capítulo 2

Bella

Mérida sostiene mi mano mientras seguimos al doctor a la consulta, tengo que recordar darle las gracias ya que estoy segura de que si no lo hiciera me caería redonda aquí mismo a causa de los nervios que siento. A pesar de que el despacho del médico está a tan solo unos metros de la recepción a mí se me está haciendo eterno y agotador. Como si estuviera corriendo una maratón.

¿Habéis sentido alguna vez que tu cara arde, pero tienes las manos y los pies como un témpano? Así me siento ahora mismo. Mi amiga me aprieta la mano, como si pudiera leerme la

mente antes de susurrarme.

—Todo va a ir bien, yo estoy contigo.

La miro e intento sonreír, es adorable con esa cara llena de pecas, parece que nunca ha roto un plato y, comparada conmigo, ya ha roto toda la vajilla, me siento feliz por tenerla o ahora mismo me derrumbaría.

El médico nos pide que entremos y nos sentamos en los sitios que nos indica antes de ocupar su propia silla.

—¿Cómo se llama, señorita? —pregunta.

—Bella, doctor.

—Bien, Bella, siento ser portador de malas noticias. Su padre tiene una enfermedad poco común que afecta a muy pocas personas en el mundo, pero que se asocia al contacto continuado con alguna plantas.

—Es kagant —le interrumpo mientras parece que la sangre se ha congelado dentro de mis venas.

El facultativo parece confundido por lo que le acabo de decir, pero sí, sé que he dado en el clavo con solo mirarlo.

—¿La conoce?

No sé si le sorprende tanto debido a mi juventud o a lo extraña que es. Sea cual sea la razón no me siento ofendida, solo destrozada por la confirmación en su pregunta.

—Sí, la padeció mi madre cuando yo era apenas una niña. Lo que no sabía es lo que me ha dicho sobre que viene por una sobre exposición a las plantas.

—Bueno, verá hasta hace muy pocos años no se sabía la causa de qué se producía, pero la ciencia avanza y ahora sabemos más. ¿Su madre trabajaba con plantas?

Pienso en lo que me dice, mi madre no, pero sí mi padre. Si se entera de que eso es la causa se sentiría tan culpable que se moriría.

—No, pero mi padre es jardinero.

—¿Cómo es posible que a su madre le afectara hace tantos años y a su padre ahora? —interviene Mérida tan perpleja como yo.

—No es algo que ocurra en un día, imagino que su madre estaría baja de defensas por algún motivo y la afectó más. O quizás algunos organismos son más delicados que otros. Al no poder examinarla no les puedo dar una respuesta exacta a eso.

Asiento y me restriego las manos, he pasado del frío más intenso a que me suden. Creo que al

final me van a tener que ingresar a mí también. Dentro de mi desesperación se me ocurre algo que necesito saber.

—¿Qué plantas son? ¿Todas? Necesito saberlo.

Si le pasa con todas mi padre moriría de pena si no podía hacer lo que más le gustaba, si es que había alguna posibilidad de que sobreviviera.

—No se preocupe, es una planta muy rara que no suele tener la gente de forma habitual, se llama murazak. Digamos que en ciertos organismos produce una especie de envenenamiento que va matando al huésped que recibe sus esporas. Lo que quiero decir es que no a todo el mundo le afecta.

—¡Qué afortunada soy! —ironizo con desesperación.

—Lo siento, nunca es fácil recibir este tipo de noticias. Pero hay esperanza, eso es lo importante. Lo hemos pillado en la primera fase por lo que no es tan grave.

—Dígame, ¿qué opciones tenemos? Mi madre agonizó durante un año antes de morir. Así que discúlpeme si soy un poco escéptica.

Sé que me estoy comportando como una loca, paso del miedo a la ira, luego a la pena, y el desconsuelo, lo siento, pero en un momento así no me aguanto ni yo.

—La enfermedad de Kagant es mortal sin un tratamiento o si se coge muy tarde, por eso le he dicho que es bueno que lo hayamos cogido a tiempo.

Mérida nota la tensión en mi cuerpo y vuelve a coger mi mano sin importarle que esté sudando como una gorrina.

—¿De qué trata el tratamiento doctor? —pregunta ella intentando aligerarme algo la carga que tengo ahora mismo sobre mis hombros.

—Sería un tratamiento semanal aquí en el hospital, se suministra por vía intravenosa a través de un gotero. —Nos explica el hombre pacientemente, aunque se le ve agotado y de verdad que quiero ser agradable con él pero ahora mismo me podrían encerrar por mi falta de cordura.

—¿Cuánto me costaría el milagro?

No se espera mi reacción y abre mucho los ojos. Sí, la delicadeza no está siendo mi fuerte hoy. Lo siento, tengo derecho a tener un día de mierda al saber que mi padre se muere.

—Dos mil dólares a la semana —responde escueto.

Intento que mis ojos no se salgan de las órbitas al escucharlo, sabía que el tratamiento de mi madre era caro y que mi padre trabajó de sol a sol, pero nunca habría imaginado que tanto. No ganaría eso ni haciendo turno veinticuatro horas, siete días a la semana como camarera.

—No se preocupe, lo conseguiremos —se adelanta mi amiga, y no es por ser basta, pero como

no cague billetes de cien dólares todas las mañanas veo difícil que podamos hacerlo.

—Bien, comenzaremos la semana que viene, si todo va bien mañana le daremos el alta y tendrá que descansar en casa unos días.

—Vale, gracias. ¿Podemos verlo?

—Sí, pero no se queden mucho debe descansar.

—Gracias, doctor —contesta mi amiga

—Gracias —la secundo yo.

El doctor nos da las indicaciones de donde encontrar a mi padre y que al día siguiente con el alta nos daría instrucciones sobre el tratamiento y como abonarlo. ¡Viva la empatía en los peores momentos!

Cuando ya se va caminamos en silencio hasta la habitación de mi padre.

—¿Qué piensas? —pregunta Mérida cogiéndome del brazo para que me detenga y me mira a los ojos.

—De todo, por momentos quiero llorar, otros quiero prender fuego a algo, desesperación, rabia... sí, sé que parece que estoy loca, puedes encerrarme cuando quieras y tirar la llave, lo entendería perfectamente.

—De eso nada, tonta, ven aquí. —Me atrae y me abraza fuerte—. Vamos a salir de esta, te lo prometo.

Agradezco su apoyo, pero tengo que ser realista, no tengo dinero, no puedo reunir ese dinero a la semana ni, aunque venda mi alma al diablo.

—Meri, sabes que te quiero, pero no puedo pagar eso y te juro que haría literalmente cualquier cosa para salvar a mi padre.

—Bueno, ahora no quiero que pienses en eso, vamos a encontrar la solución. Ahora quiero que disfrutes de tu padre, está vivo y es lo que importa.

—¿Sabes que te quiero? —nunca podré agradecerle lo suficiente que esté a mi lado.

—Yo a ti más.



Capítulo 3

Bella

Ya llevamos un par de días en casa, mi padre está en cama pero, de alguna forma, aunque sé que está enfermo me consuela tenerlo aquí. Estoy haciendo turnos dobles en el sitio que trabajo, sobre todo los de noche que es cuando más pagan y las propinas son más abundantes.

Estoy agotada, por que por más que trabajo sé que es imposible que consiga dos mil dólares a la semana, pero ni de coña me voy a rendir. También mando currículum a editoriales intentando conseguir un puesto que al menos gane un poco más que sirviendo mesas, pero por ahora no he

tenido respuesta. Espero saber algo pronto.

He estado intentando evitar a mi padre todo lo que he podido, no por que no desee estar con él, sino porque sé que va a sacar el tema que estoy temiendo. Quiero ser fuerte, y que sepa que esto lo pienso solucionar cueste lo que cueste. Así que, aunque apenas he dormido unas pocas horas y debería acostarme unas cuantas más para aguantar esta noche, me voy a su dormitorio.

Cuando me acerco a través de la puerta abierta le veo tendido en la cama, en la misma que tantas veces sujeté la mano de mi madre en su año de agonía. Y se me encoge el corazón, no puedo pasar por lo mismo, mejor dicho, me niego a pasar por lo mismo. Mi padre no va a morir a causa de esta enfermedad.

Le veo que está leyendo un libro con sus gafas de ver, apoyada en su rechoncha nariz y con sus mejillas sonrojadas. Tiene el cabello blanco y es tan entrañable que cualquiera querría abrazarlo.

—¿Te vas a quedar mirando a tu viejo padre desde la puerta o piensas entrar a hacerme compañía?

Sonríó, pensé que no se había enterado de mi presencia porque estaba enfrascado en su lectura, aun así, me ha pillado mirándolo.

—Si me haces un sitio me tumbaré un rato contigo, ¿qué te parece?

—Es la mejor noticia que me han dado esta semana.

Me dedica una bonita sonrisa y da palmaditas en la cama junto a él en el colchón. Me acerco y subo, me recuesto muy cerca de él deseando atesorar cada momento que podamos compartir.

—¿Qué tal, mi niña? Tienes muchas ojeras. Estás trabajando demasiado.

La preocupación brilla en su rostro y quiero quitarle importancia como sea.

—Que va, papá, estoy bien, solo que no he dormido bien, nada más. Además, aquí lo importante es cómo estás tú.

—¿Yo? Pues perfectamente, por que no me has dejado ir hoy a trabajar, de lo contrario ahora estaría entre flores, eso sí, nunca tan bonitas como mi pequeña.

—No seas cabezón, te ha dicho el médico que tienes que descansar unos días, cuando empieces el tratamiento estarás mejor y podrás ir con tus amadas plantas. Mientras tanto, aquí yo soy la jefa.

Le hago reír y daría cualquier cosa por verle así siempre. No le he mentado cuando le he dicho que no duermo bien, desde el día de mi graduación cada vez que cierro los ojos es para verlo tirado en el suelo del aparcamiento, inconsciente, pálido, como si estuviera muerto. Eso es lo que me roba las horas de sueño.

—Hablando del médico, necesito que tratemos un tema importante, Bella.

Si usa mi nombre es que es algo serio y sé por donde van a ir los tiros. Deja su libro con un marcapáginas sobre su regazo y se sube las gafas que le habían resbalado por el puente de la nariz.

—No creo que tengamos que hablar nada, tendrás que ponerte el tratamiento una vez a la semana, que por cierto me dijo que es indoloro, y así podrás vivir conmigo un montón de años. Ves, todo solucionado.

Frunce el ceño en una arruga que conozco muy bien, la pone cuando está preocupado por algo.

—Hija, quiero que sepas que nada me haría más feliz en el mundo que tener muchos años junto a ti, ver como triunfas en la vida. Como te casas, y como me das nietos preciosos, pero tenemos que ser realistas, eso no va a ocurrir.

Oír esas palabras tan crudas de la boca de mi padre que siempre ha tenido una sonrisa o una palabra amable para mí, me hace encogerme por dentro. Sin embargo, no me pienso dejar amedrentar.

—Sí, claro que va a ocurrir, papá, te voy a prometer una cosa y es que no pienso perderte como a mamá, no quiero que se te ocurra rendirte y mucho menos pensar que me vas a dejar sola.

—El médico habló conmigo, cariño, me dijo el coste del tratamiento y aunque sé que estás matándote a trabajar, y yo trabaje también, nunca podríamos pagar eso, es imposible.

—¡Maldito médico! —gruño.

—Bella, no digas eso.

—Es la verdad, no tenía que decirte nada, yo ya le expliqué que me ocupaba de todo. No es quien para molestarte con esas cosas.

—Claro que lo es, soy un adulto, es mi vida, y no estoy mal de la cabeza, así que no hay motivo para que no fuera sincero conmigo. Y no sabes cómo te agradezco que lo estés intentando, pero te vas a matar a trabajar y de nada va a servir.

—Claro que va a servir por que te voy a salvar, ¿me has oído bien?

Niega con la cabeza con tristeza, sé que está pensando exactamente lo mismo que pienso yo a cada segundo de día: ¿Cómo? ¿Cómo voy a conseguir ese dinero? Pero es que lo voy a hacer, así que no quiero que lo haga.

—Creo que prefiero vivir una año disfrutando de mi hija, de las flores que son mi pasión, y cuando llegue el momento de irme lo haré en paz. Porque lo he tenido todo en la vida.

—Papá, ¡vale ya! No se te ocurra rendirte, no pasaremos un año genial disfrutando de la vida

loca. En pocos meses vas a estar en esta cama agonizando de dolor sin poder moverte. Y eso te juro por mi vida que no lo voy a permitir.

—Vale, cariño, no me rendiré, te lo prometo. Al menos hasta que veamos que no se puede hacer otra cosa. En ese caso me tienes que prometer tú que lo aceptarás, y vivirás feliz una vez que me haya ido.

Es un paso que me diga eso así que no pienso discutir con él, tan solo quiero disfrutar del tiempo que pueda a su lado.

—Prometido, papá, ahora ¿te apetece que nos pasemos la tarde viendo películas antiguas? No tengo que entrar a trabajar hasta las diez.

—Me has leído la mente. Voy a buscar nuestras favoritas, tú ve a hacer palomitas.

—A sus órdenes.

Y así nos pasamos las tardes, riendo con antiguas películas que nos han gustado siempre. Algo que también aprendí a disfrutar gracias a mis padres. Me preparo para ir a trabajar y me voy a servir mesas. Es noche de viernes y estamos a tope así que cuando me doy cuenta ya ha pasado la hora de las cenas y solo queda la gente que se está tomando unas cervezas y jugando al billar o a los dardos.

Cuando estoy limpiando una de las mesas que se han quedado libres unas manos me agarran por al cintura y me doy la vuelta de muy mala hostia. No es la primera vez que alguno de los borrachos quiere comerse el postre de una de las camareras.

Menos mal que a la que me encuentro es a mi amiga Mérida que me sonrío a través de su rostro pecoso.

—Hola, guapa, he pensado en pasar un rato a verte, ¿tienes tiempo para un descanso?

—Claro, aún no he parado desde que entré. Dame un segundo y le digo a mi compañera que me cubra las mesas.

Le doy un abrazo antes de irme a donde está Cherry, y le digo que me haga el favor. La verdad es que tengo mucha suerte con la gente que he tenido que trabajar, tenemos mucho compañerismo y nos cuidamos los unos a los otros. Vuelvo llevándole una cerveza a mi amiga y una sin alcohol para mí, no es que me guste mucho, pero es lo que toca cuando una está dando el callo.

—Gracias —me dice antes de darle un buen trago—, estaba seca.

—¿Y cuándo no lo estás, bruja?

Las dos nos reímos y me sienta de maravilla, desde que pasó todo lo de mi padre solo tengo preocupación y tristeza ocupando mi cabeza.

—¿Cómo estás? ¿Y tu padre?

—Bien, ya sabes, tan cabezón como siempre. Hoy ha tocado día de charla. ¿Y tú? Hace días que no te veo.

—Ya, lo siento, he tenido lío, pero sabes que si necesitas algo solo tienes que llamarme y vendré volando. ¿Y eso de la charla?

—Pues por el tema del dinero, mi amigo el doctor le contó todo a mi padre y mira que le dije que yo me ocuparía de todo. Así que mi padre me ha intentado obligar a que acepte que por mucho que trabaje aquí y él en lo suyo no podremos pagar el tratamiento.

—¿Y tú que le has dicho?

—Pues que ni de coña, que no se puede rendir y que me niego a verlo como se muere. Eso no va a pasar, aunque me tenga que prostituir. ¿Y sabes lo peor?

—¿Qué? —me escucha paciente.

—Que sé que tiene razón, no tengo ni idea de cómo solucionar esto, Mérida, pero ¿me entiendes? No me puedo rendir. Eso no es una opción.

Se queda pensativa mientras hablo, hasta que al final asiente.

—Te entiendo, quizás haya una posibilidad, pero no sé si debería decírtelo.

—Claro que debes decírmelo, haré lo que sea. Creo que hasta me pondría a matar gente por encargo.

Intento disimular mi ansiedad con una broma, pero creo que es demasiado evidente.

—Entiéndeme esto no se lo contaría a nadie pero sé que eres tú, mi hermana y que esto es un caso de máxima necesidad. El otro día querías saber como te podía prestar dos mil dólares.

—Puedes confiar en mí, tu secreto está a salvo conmigo.

Y no es que lo diga por la necesidad que tengo, es que nunca fallaría a alguien que me importa tanto.

—Lo sé cariño, por eso te lo voy a contar. No soy canguro, bueno lo era cuando nos conocimos pero me di cuenta de que con eso no me podría permitir la vida que quiero, y aunque mi familia tiene dinero nunca he querido nada de ellos soy una persona que lo que consigue quiere que sea por si misma.

No hace falta que me diga lo de canguro ya había empezado a pensar en ello el día del hospital cuando recibió esa llamada.

—Verás, tengo otro trabajo, no es que me sienta orgullosa, pero si te puedo dejar ese dinero es por que lo gano casi por noche.

—¿Perdona?

Es lo único que me sale, como puede ser que mi amiga gane en una noche lo que yo necesito a la semana para poder salvar a mi padre. Asiente y sé que no me miente.

—Mérida, ¿dime que no eres puta?

—Prefiero el termino *escort* de lujo.



Capítulo 4

Bella

Me he quedado muda, cuando he soltado lo de puta era para hacer una gracia, pero mira, me ha salido el tiro por la culata. Me gustaría decir algo ocurrente, quizás que la tranquilizara, que sepa que no pienso mal de ella por lo que se dedica, cada uno es libre de hacer con su cuerpo lo que le venga en gana. El único problema es que me he quedado fría, fría como una piedra.

Ahora encajan muchas cosas, el deportivo que tiene, la ropa cara, los viajes de lujo, todo. Siempre pensé que era debido a que su familia ha sido adinerada, sin embargo, nunca se me

ocurrió pensar en que ella era la que lo ganaba. Quiero que sepa que no la juzgo y que la quiero se dedique a lo que se dedique.

—Di algo, parece que te he dicho que trabajo en la Liga de la Justicia. —Se la ve nerviosa bajo esa capa de tanta seguridad que siempre la envuelve.

—Perdona, es que estaba intentando asimilarlo, pero vamos que, si tú estás bien, yo feliz. Solo que no entiendo porque nunca me lo has contado, pensé que no teníamos secretos.

—Bueno, quizás es que no es algo que apetezca contar sin más, que conste que no me avergüenzo, pero claro, no es como si te dijera oye que me han cogido para trabajar en la revista de moda que me gustaría. Cuesta más, pero no me avergüenzo, nadie me obliga a hacerlo, lo hago porque quiero.

—¿Y cómo es? —pregunto por que quiero que sepa que me interesa, todo lo que le pase me preocupa.

—No te voy a mentir, las primeras veces fueron horribles. La idea de que un hombre que no te atrae te pueda tocar de una manera tan íntima, da grima. Sin embargo, con el tiempo, aprendes a que eres tú la que mandas, que haces eso por que es lo que quieres hacer y que tú tienes el poder. No tengo un chulo que me diga lo que debo o no debo hacer. Si algún cliente no me gusta o me pide algo que no quiero hacer simplemente no lo hago. Siempre tendré más que me quieran tener.

—Entiendo, ¿y cómo comenzó todo? ¿Y, sobre todo, cómo cojones no me he dado cuenta nunca? Bueno, espera, no respondas. Todo está muy tranquilo, le diré a mi jefe que necesito terminar antes y traeré dos cervezas. Nos van a hacer falta.

Ella ríe y asiente, a mi jefe no le parece mal ya que sabe lo de mi padre y que trabajo de sol a sol. Le explico que mi amiga es posible que me encuentre un trabajo para poder pagar el tratamiento y acepta encantado. Aunque seré sincera, solo de pensar en el «trabajo» me dan náuseas.

Vuelvo junto a mi amiga cargada de alcohol para lo que nos espera.

—¿Preparada? —me pregunta y pego un buen trago antes de contestar.

—Claro, quien dijo miedo.

—Sabes que me encanta la moda, siempre he tenido la espinita de haberme dedicado a ser modelo. Así que hará unos tres años me fui de viaje a la pasarela más importante del mundo para ver el desfile. Allí hay muchos cazatalentos y me descubrió uno de ellos, sentada entre el público. Imagínate mi cara cuando me dijo que si sería capaz de posar para unas fotos, para ver cómo me movía ante la cámara.

—¿Un proxeneta? —la interrumpo y pone los ojos en blanco.

—No joder, déjame hablar.

—Perdón, perdón es que son demasiadas emociones de golpe, ya me conoces.

—El hombre era uno de los fotógrafos mas importantes de modelos. Me hizo unas fotos al día siguiente, así lo hicimos. No sabes como me sentí, Bella, tan guapa, tan especial. Por un momento pensé que podría tocar el cielo con los dedos. Pero ya sabes que nunca es nada tan bueno como pensamos.

Descansa para pegar un trago a su cerveza con la vista perdida en otro lugar, como si estuviera muy lejos de mí.

—El tío, cuando terminamos las fotos, se puso demasiado pesado, le dije varias veces que no pensaba follármelo para conseguir un sitio en la moda, aun así intentó abusar de mí, y era mucho más fuerte que yo. Si en ese momento no hubiera entrado un hombre en el estudio me habría violado. Me escuchó gritar y entró a por mí, me salvó, Bella, le dio una paliza al tipo y le dejó muy claro que cada mujer es libre de tirarse o no a quien quiera.

—Parece una película —le digo al cogerle la mano, no me puedo ni imaginar lo que sintió mi amiga en aquel momento.

Lo que más odio es no enterarme hasta después de tres años después.

—De terror, aquel hombre me consoló cuando estaba destrozada. Pasé la noche con él.

Debe ver mi cara de pasmo porque en seguida agrega.

—Hablando, hablamos mucho. Me contó que tenía un club de *striptease* de alto *standing* y que todas las chicas que estaban allí hacían lo que querían, cobraban sueldos millonarios. Fue sincero, no me mintió sobre lo que podría esperar de ese sitio, de como las bailarinas tenían un sueldo y las *escort* otro, eso me gustó mucho de él.

—Odio los tíos que venden humo para llevarte a la cama como el fotógrafo ese.

—Yo también, por eso me animó a que si algún día deseaba trabajar allí le llamara. Y después de unas semanas le llamé. Empecé como bailarina, no veas la vergüenza que pasé la primera vez, pero luego me gustó. Me sentía *sexy* y poderosa. Todos esos hombres mirándome, como si fuera lo más hermoso que hubieran visto nunca. En fin, fue una experiencia única.

—¿Y si te gustaba por qué cambiaste? —pregunto aún intentando asimilar toda la información.

—Porque quise más, no solo el dinero. Gastón, que es el hombre que te cuento, el gerente del sitio me tiene en muy alta estima, y le pregunté qué pasaría si hiciera otro tipo de servicios. Como siempre fue sincero y me explicó que yo elegiría como, con quien y cuando, no es como el típico sitio de carretera en el que te tienes que follar a tíos indeseables que no tocarías ni con un palo.

—Estoy alucinando, ¿y entonces decidiste probar y te gustó?

—Yo no diría tanto, no te voy a mentir, las primeras veces son difíciles por mucho que tú seas la que elija con quien, son hombres guapos y todo eso, ganas mucho dinero, pero al principio no conseguía verlo más que me estaba vendiendo.

—¿Y ahora no lo ves así? —Si me pinchan ahora mismo no sangro.

Mérida mi amiga, mi hermana a la que pensé que conocía mejor que nadie en el mundo tiene una vida totalmente paralela a la que yo comparto con ella.

—Sí, luego cambié el chip, es como si saliera una noche me gustara un tío y me acostara con él, y encima al terminar me llevo un pastón. Te puedo decir que ahora hasta disfruto.

Y se la ve convencida de todo lo que me está diciendo, la verdad es que no sé qué decir.

—Entonces, ¿crees que podría dedicarme a vender mi cuerpo? Que conste que no te estoy juzgando, es solo que no sé... He tenido relaciones con chicos, no muchas, la verdad, me he pasado los últimos años con la cabeza metida entre libros o trabajando. También te digo que si tengo que hacer eso o matar gente para mantener vivo a mi padre, prefiero lo primero. —Ella ríe con lo que le confieso, se lo he soltado todo de carrerilla algo que delata que estoy nerviosa de cojones.

—No, tonta, pero sí que creo que podrías bailar, nunca se te ha dado mal y ganarías a la semana lo suficiente para pagar el tratamiento de tu padre. Que también te digo que si te lo tengo que dejar yo lo haré, yo hago esto por que quiero, no tengo ninguna obligación.

—Ni de coña, bastante has hecho ya por mí.

Pienso en lo que me dice, es verdad lo que digo si me tengo que prostituir por salvarlo lo haré sin mirar atrás. Lo que no quita que se me haga jodidamente difícil imaginarlo. Creo en el sexo sin amor, pero no sé si valdría para tirarme cada noche a un hombre distinto.

—Yo solo te cuento esto para que sepas que tienes más opciones, entiendo que no es tu sueño, que quieres ser escritora y estoy segura de que lo serás. Solo será un tiempo hasta que consigas trabajar en lo que quieres. Eres muy buena, y estoy convencida de que llegarás a ser una gran autora y ganarás mucho más dinero que yo.

—Se nota que me quieres —bromeo por que de alguna forma ya me estaba convenciendo de que no podría nunca dedicarme a lo que amo.

—Eso también, pero solo te digo la verdad. Dale una vuelta ¿vale?, si quieres en algún momento probar yo hablaré con Gastón para que te haga una entrevista. Y siempre puedes dejarlo, aunque te diré que engancha.

Me río y cojo su mano, por que esta noche he conocido a una nueva persona en ella, pero a la que aprecio de la misma forma. Me parece perfecto que una mujer haga lo que quiera con su cuerpo y la admiro por hacerlo sin importar lo que opinen los demás.

—¿Me dejas consultarlo con la almohada?

—Por supuesto, tómame el tiempo que necesites, esto no es algo que se decida a la ligera.

—Venga, vamos a tomar otra cerveza y me cuentas detalles jugosos de tu trabajo que seguro que tienes mucho.

—Si yo te contará...

Las dos reímos y pasamos el resto del rato tomando cervezas como dos amigas sin más, sin preocupaciones, sin pensar que tengo un padre que si no obtiene el tratamiento adecuado morirá.



Capítulo 5

Bella

Me levanto ya pasado el mediodía, la resaca que tengo es monumental, eso es la falta de juergas universitarias. Da igual porque me lo pasé muy bien y me hacía falta desconectar de todos los problemas, por una noche me sentí una mujer joven con una amiga divirtiéndose.

He preparado la comida y he comido con papá en su cuarto, ya tiene mejor aspecto, incluso ha dicho que quiere levantarse al salón, al final he cedido porque le voy a arropar bien y puede estar tumbado en el sofá. Mientras estamos viendo una de nuestras películas no paro de pensar en lo

que me ha dicho Mérida, miro a mi padre sin que se dé cuenta y pienso en como le extrañaría si le pasara algo.

Creo que la decisión está más que tomada y aún así estoy cagada de miedo. Puede que solo sea bailar y quitarme la ropa, pero no sé si seré capaz de hacerlo. No estoy acomplejada ni nada por el estilo, he sacado la buena constitución de mi madre, es solo que nunca he sido muy lanzada.

Hoy no trabajo en la cafetería por muchas horas que quiera hacer, tengo compañeras que también tienen situaciones difíciles y necesitan el dinero, por lo que nos repartimos los días entre todas. Decido escribir a mi amiga, es un poco precipitado pedirle una entrevista para hoy, pero algo me dice que si lo dejo pasar mucho tiempo mi cabeza me traicionará, me cagaré de miedo y no lo haré. Podría llamarla, pero por nada del mundo quiero que mi padre escuche nada.

Yo: Meri, ¿qué tal la resaca?

No tarda mucho en contestar, seguro que tenía el móvil en la mano, espero no haberla pillado con un cliente ya que no sé si eso lo hace a cualquier hora o solo por la noche.

Mérida: Hola, preciosa, la resaca bien, no ves que estoy más acostumbrada que tú.

Yo: ja, ja, ja, eso es verdad. Oye, he estado pensando en lo que me dijiste ayer y me preguntaba si podrías conseguirme una entrevista.

Total, solo es una entrevista, puedo probar y si al final no me convence volver a servir mesas va a seguir ahí. No creo que me quiten el puesto, me llevo muy bien con el dueño. Además, estoy pensando de más, quizás ni me cojan, puede pensar que soy muy sosa, me he pasado la vida disfrutando más de una buena lectura que de ir a una discoteca.

Mérida: Claro, ya le hablé a Gastón de ti, estará encantado de conocerte. ¿Cuándo quieres ir?

Yo: No sé si es muy precipitado, pero como hoy no trabajo en la cafetería he pensado que si le va bien, podría ir.

Mérida: no creo que haya problema, déjame que hable con él más que nada porque no tenga ninguna reunión y seguro que está encantado de recibirte.

Yo: Gracias, eres un sol.

Mérida: Dame unos minutos y te digo algo.

Yo: Claro, lo que necesites.

Cuando dejo el móvil mi padre me está mirando con una sonrisita pillada en los labios.

—¿Qué pasa? —pregunto desconfiada de que sonría tanto.

—¿Algún noviete?

Ruedo los ojos, sí claro, para novios estoy yo ahora. Mi padre siempre ha esperado que

conozca un buen chico con el que me case y tenga hijos. Con el que forme mi propia familia para que no esté sola cuando él ya no esté.

—Que va, papá, es solo Mérida. Ayer estuvo en el bar y la estaba escribiendo para ver que tal está.

Frunce el ceño como si estuviera meditando si es verdad o no, es una tontería ya que nunca le guardo secretos.

—Pues debería ser un chico, seguro que tienes cola esperando a que les des una oportunidad. Debes salir a pasártelo bien y hacer cosas que haría una jovencita como tú, no estar en casa metida con tu padre. Siento ser yo el que te lo diga, pero por muy guapa y buena que seas los novios no vienen a casa a buscarte.

Me tengo que reír por que me lo dice tan serio que parece que me está dando la charla.

—Lo sé, papá, pero por ahora no estoy interesada en tener novios. Además, tienes a tu hija en demasiada alta estima, no tengo hombres haciendo cola por estar conmigo. La verdad es que ni siquiera uno.

—Eso no puede ser, los jóvenes de ahora deben tener algún problema de vista, o de cabeza, o tal vez los dos. Eres tan bonita como tu madre.

—Se nota que eres mi padre, anda vamos a ver la película y déjate de tantos novios. Que parece que me quieres echar ya de casa.

—Eso nunca.

Me sonrío y vuelve a la película justo cuando me suena el móvil. El estómago se me encoge por los nervios de lo que me va a decir mi amiga. Mi padre me mira de reojo sonriendo, pero yo voy a lo mío, mirar el teléfono.

Mérida: Me dice que perfecto, ¿te viene bien a las diez?

Yo: Sí, perfecto.

Es normal que me cite de noche ya que imagino que el sitio es a la hora que abre, ahora que me lo ha confirmado siento los nervios como crecen.

Mérida: Ya verás que majo es, puedes preguntarle todo lo que quieras, que además nunca te va a mentir. ¿Te viene bien que te recoja a las nueve? Así vamos con tiempo.

Yo: ¿Me llevas?

Mérida: Hombre, claro que sí, no te voy a mandar sola. Sé que esto te pone nerviosa, pero todo va a ir bien ya lo verás.

Yo: Qué bien me conoces, ya estoy muerta de miedo. Oye, ¿qué debería ponerme para la entrevista?

Parece una tontería de pregunta, pero es que sé lo que me pondría para ir a una entrevista en una editorial, pero no tengo ni idea de que ponerme para algo así.

Mérida: Pues no te compliques, como si fuéramos a salir nosotras. Tampoco es que tengas que ponerte ropa interior bonita, tranquila que no te hará desnudarte, no es de esos.

Eso me deja algo más tranquila, al menos en ese sentido.

Yo: Genial, entonces te veo en un rato.

Mérida: Perfecto, muak.

—Papá, al final te voy a hacer caso me ha dicho Mérida de salir hoy un rato a bailar, pero solo iré si estás bien para quedarte solo.

Creo que ha estado todo el rato pendiente de mí porque se gira automáticamente con una gran sonrisa.

—Creo que es la mejor noticia que he recibido esta semana. Venga a arreglarte corriendo.

—Cualquiera diría que me quieres echar. ¿No tendrás una cita o algo así?

—Ni de broma, bueno tengo una cita con el sofá y buenas películas, eso sí. Por fin podré estar tranquilo sin que mi hija se esté moviendo todo el rato —bromea y me levanto.

—Vale, vale, me voy ya a prepararte algo de cena y luego a la ducha.

Le digo levantando las manos como si estuviera rindiéndome.

—Gracias, cariño.

A las nueve en punto estoy preparada en la puerta de nuestra pequeña casa baja. Mi padre ya ha cenado y está roncando suave en el sofá. Ya me he despedido de él antes por que sé que pronto se quedaría dormitando. Sobre todo desde que está malo.

No paro de mirarme en un espejo que tenemos pensando en si volver a cambiarme, no tengo ropa cara, ni lujosa. Nada que sea bueno como lo que deben llevar las mujeres que trabajen en ese sitio.

He tenido que optar por una falda de tubo negra que tenía pensada para ir a las entrevistas de las editoriales, con una camiseta a juego con algo de escote. Me he peinado y he maquillado discretamente, nunca he sido de las que se pintan como una puerta, no puedo. Los tacones ya me molestan y eso que aún no he salido de casa.

Mérida llega a las nueve y cinco, no suele ser puntual, pero como ya la conozco no se lo tengo en cuenta. Creo que vamos con tiempo de sobra. Me cuenta por el camino que el sitio está a las afueras de la ciudad y lo agradezco, no me gustaría encontrarme a nadie conocido allí. Aunque algo me dice que podría ser.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta tomando una salida de la carretera, eso debe ser que ya estamos cerca.

—Como un flan, no te voy a mentir.

—No te preocupes, es un hombre genial. Te vas a sentir como en casa, además, lo que necesites sabes que yo estaré fuera del despacho.

Asiento, pero sus palabras no me tranquilizan, nunca he hecho nada parecido en mi vida. A lo lejos veo una luces luminosas, pero nada escandaloso tipo club de carretera. Según nos vamos acercando veo un sitio que es impresionante. Por más situaciones que he intentado imaginar ninguna se asemeja a lo que tengo delante.

Un edificio de varias plantas todas acristalas en negro, de esos que puedes ver desde dentro, pero no desde fuera. En el cartel pone «El cielo» y pienso en que si será por que allí te hacen tocar el cielo.

—Mérida, ¿te has encontrado gente conocida aquí?

—Sí, pero puedes estar muy tranquila, es un club exclusivo en el que para poder acceder tienen que firmar un acuerdo de confidencialidad, nosotras también. Lo que pasa en El cielo, se queda en El cielo.

Es bueno saberlo, al menos no tendría que preocuparme de que llegara a oídos de mi padre que su pequeña se desnuda para hombres, si es que al final cojo el trabajo. Mérida para el coche antes de salir para entregar las llaves al aparcacoches, me coge de la mano para darme ánimos.

—Tranquila, te prometo que, si decides aceptar, estarás bien. Aquí cuidan de nosotras, y no estarías haciendo nada vergonzoso. —Asiento.

—Vamos a conocer a tu jefe, menudo imperio tiene aquí montado.

—Quien sabe, quizás hoy cambie completamente tu vida.



Capítulo 6

Bella

Los nervios no hacen más que crecer cuando entramos y veo la opulencia del lugar. Todo es lujoso y está cuidado hasta el mínimo detalle. En la puerta había dos hombres de seguridad que parecían armarios de lo grandes que eran, pero que se han deshecho en halagos al ver a mi amiga. Lejos del pensamiento que tenía sobre que habría un montón de babosos sobre las bailarinas o camareras, que también van ligeras de ropa, hay hombres y mujeres muy elegantes y con mucha clase, dando billetes de propina que son casi más que mi sueldo de camarera.

Mérida va saludando a algunos clientes mientras atravesamos el local oscuro con luminosidad en los puntos estratégicos, la sonrisa que les dedica es especial, como si de verdad le gustaran, imagino que es parte de su trabajo. Hacerles creer que son deseables. Andando me siento como una gacela perseguida por ojos de leones. Creo que si me dan una oportunidad me costará no sentirme así de expuesta, lo que no significa que no lo vaya a hacer. Haría cualquier cosa por mi padre.

Llegamos hasta un ascensor de cristal desde el que se puede ver toda la sala y subimos a la tercera planta donde nos esperan.

—¿Has visto que no es para tanto? Los clientes son educados y sino ya has visto el equipo de seguridad que tiene este sitio para mantenerlos a raya.

—Sí, la verdad es que tenía más una imagen de club de carretera. —Pone los ojos en blanco.

—¿En serio tengo pinta de trabajar en club de carretera? Tu amiga tiene un caché.

Nos reímos por su broma y eso aligera un poco el peso que tengo sobre mi pecho. También hace que desvíe la mirada de todo lo que ocurre tras el cristal, un espectáculo de piel desnuda y billetes digno de admirar.

El pasillo al que accedemos desde el ascensor no tiene más que una puerta al final. Seguimos la elegante alfombra de pelo largo negro hasta nuestro destino. En la puerta hay un seguridad controlando el acceso que sonríe cuando nos ve.

—¿Qué tal, preciosa? Pensé que hoy tenías libre y no me iba a deleitar con tu visión —dice zalamero el guardia.

—Tony, tú siempre alegrándome el día —le contesta con su mejor sonrisa—. Hoy hemos venido por mi amiga Bella, tiene una entrevista con Gastón.

—Ahora mismo está ocupado, pero no creo que tarde, un placer Bella. Esto debe ser el paraíso y yo he muerto para estar en él.

No puedo evitar reírme de lo pelota que es al final es gracioso.

—Encantada de conocerte, dime ¿te funciona eso para ligar? —pregunto divertida.

—Menos de lo que me gustaría. —Hace un puchero.

Entre broma y broma, nos pilla desprevenidos cuando se abre la puerta de golpe y sale una chica con poca ropa llorando. Me giro para preguntarle si está bien, pero no me da tiempo, se va demasiado rápido. Miro a Mérida que se encoge de hombros, no me gusta mucho eso, pero el de seguridad me saca de dudas.

—No te preocupes, muchas se encaprichan de Gastón, él les deja claro que no quiere nada serio, pero es inevitable al final quieren más y se llevan el disgusto. —Me explica casi susurrando en mi oído para evitar que le oiga seguramente su jefe.

Asiento a lo que me dice y mi amiga tira de mí hacia dentro del despacho.

—Suerte, Bella. —Me desea el de seguridad.

El lugar es impresionante, tiene sillones de cuero junto a una chimenea, un bar lleno de todo tipo de botellas, hasta una mesa de billar con las bolas esparcidas por ella. Me centro en la mesa de cristal negro que tiene unas dimensiones descomunales y en el sillón de cuero que está ladeado en el que veo a un hombre de perfil hablando por teléfono. Mi amiga tira de mi mano cuando ve que me he quedado embobada mirando todo.

Nos acercamos a la mesa y la silla se gira el hombre que la ocupa nos dedica una sonrisa blanca espectacular mientras levanta un dedo para que sepamos que no tarda. Tengo que reconocer que el jefe de Mérida es muy guapo.

Piel morena, pelo y ojos negros penetrantes, con un rostro de pómulos marcados y sonrisa mojabragas. Ahora entiendo mejor eso de que las chicas del club quieran tener algo con él. Estoy tranquila porque ahora mismo en lo último que pienso es en un hombre, ni para un desahogo los quiero. Toda mi atención se centra en salvar la vida de mi padre, quizás si algún día se recupera vuelva a interesarme por las cosas que debería una chica de mi edad. Buscar el trabajo de mis sueños, salir de fiesta y hasta pegarme un par de revolcones.

—Claro, te llamo pronto. Gracias por todo —se despide con una voz profunda a la vez atrayente.

—Hola, Gastón. —se acerca mi amiga y le planta dos besos.

—Hola, preciosa. Tú debes de ser Bella, que sepas que tu amiga habla maravillas de ti.

Se acerca hasta mí de manera felina, despacio con esa sonrisa que me desarma. Me tengo que golpear mentalmente para contestar cuando llega hasta mí.

—Hola, sí, un placer.

Él se agacha para darme dos besos ya que es mucho más alto y fuerte que yo, se toma su tiempo y mi piel se pone de gallina con el contacto.

—El placer es mío. Por favor, sentaos.

Tomamos asiento como nos pide y yo, que nunca me he considerado alguien especialmente tímida, ahora me quedo muda.

—¿Queréis beber algo?

—Quiero que sepas que esto lo hago por necesidad, de lo contrario no es lo que había soñado de niña, aunque los sueños son para la gente con dinero.

Le interrumpo, me sale de carrerilla como si me quemara en la garganta. Se queda sorprendido, mi amiga también y ambos me miran, espero no haber metido la pata mi lengua a

veces es más rápida que mi cerebro. La opresión en el pecho ha vuelto mientras espero ver qué sucede. Al menos hasta que el hombre me sonríe.

—Me gusta tu sinceridad, es refrescante.

—Gracias, siento que a veces suelto lo que se me pasa por la mente sin pensarlo dos veces, un gran defecto —me disculpo.

—Para mí no lo es, te lo aseguro. Bien, cuéntame qué te ocurre, Mérida no ha querido entrar en detalles, solo si quieres, claro.

Asiento frotándome las manos que están algo sudorosas antes de comenzar, quizás no debería dar explicaciones, sin embargo, si mi mejor amiga confía en él, creo que es seguro abrirme un poco.

—A mi padre le han diagnosticado una rara y peligrosa enfermedad que sin el tratamiento adecuado le llevará a la muerte. No puedo perderlo, ya perdí a mi madre por lo mismo cuando tan solo era una niña.

—Entiendo que el tratamiento no es barato. Enfermedad rara es sin duda sinónimo de caro. — La empatía se refleja en su rostro duro cuando me mira.

—No, no es barato. Mi padre es jardinero, y yo trabajo como camarera mientras sacaba mi carrera por lo que tampoco es que gane mucho. Mérida me habló de este trabajo y de verdad que aunque no tengo experiencia te puedo decir que iría al mismísimo infierno si es necesario para salvarlo.

Le digo la verdad, que no es lo que había soñado, no, que no me entusiasma quedarme desnuda delante de todos los desconocidos que he visto abajo, ni de coña, pero los sueños son para los cuentos de hadas que me leía mi madre cuando era niña, esto es la puta vida real.

—Entiendo, —sus manos pasan por encima de la mesa en mi dirección y algo reticente por el sudor le doy una de las mías, la coge con delicadeza—. Si quieres trabajar aquí el puesto es tuyo, el no tener experiencia no es un problema, seguro que sabes bailar y eres preciosa. Entiendo que no es lo que desearas, pero con lo que te pagaremos podrás, sin problema, darle a tu padre el tratamiento que merece. Y aquí nadie que tú no quieras te va a tocar, puedes estar tranquila, yo no lo permitiría.

Debería sentirme más tranquila, ligera, dice que va a cuidar de mí, que no permitirá que nadie me toque, entonces ¿por qué tengo algo en el pecho que me dice que escape de allí y no mire nunca para atrás?

Después de un rato de charla con el gerente, Gastón, nos marchamos a tomar una copa abajo para que conozca a la gente. Le he pedido un par de días para empezar ya que tengo que arreglar lo de la cafetería y prepararme para el trabajo. Me ha dicho que en la planta inferior hay habitaciones por si no quiero estar yendo y viniendo todos los días, creo que no lo haré, pero es bueno saberlo.

—¿Estás contenta? —me pregunta mi amiga mientras pide unas cervezas en una de las barras.

—Sí, no sé, de verdad que estoy feliz con el sueldo semanal que tendré podré pagar el tratamiento y además tener dinero para casa, pero el nudo en el estómago no se me va.

—Serán los nervios, aquí no te va a pasar nada, te lo prometo.

—Si algo me ocurriera...

—No digas tonterías anda —me pide.

—Déjame terminar, si algo me pasara cuidarías de mi padre ¿verdad? —le pego un buen trago a la cerveza cuando la deja el camarero a nuestro lado.

—Sabes que sí, pero estate tranquila.

Me da un pequeño achuchón antes de levantar su cerveza.

—Por tu nuevo trabajo —y brindamos mientras fuerzo una sonrisa.

Y el que debería ser uno de los mejores días de mi vida por poder salvar la vida de mi padre, se ve empañado por el presentimiento de que algo muy malo va a suceder.



Capítulo 7

Bestia

Lumière, mi mejor amigo, me venda las manos mientras me habla de no sé qué, a veces charla tanto que creo que ni él mismo se puede seguir el ritmo.

—Adam, ¿me estás escuchando? —me pregunta con una rodilla clavada en el suelo de cemento de un pequeño cuarto de limpieza que hace el papel de vestuario.

—¿La verdad? No.

Mi mejor amigo resopla.

—Tío, a veces es imposible hablar contigo.

—Perdona, dime, es que hablas mucho y ahora necesito concentrarme si no quiero que me partan la cabeza en dos.

Le miro a los ojos para que me comprenda y no me lo tenga en cuenta. Estoy nervioso, después de tantos años no debería aunque creo que no es algo malo, me hace estar más alerta. Quien se cree que lo tiene todo ganado de normal sale bastante dañado.

—A eso me refiero, entiendo que antes lo hicieras porque necesitabas dinero, pero amigo ahora tienes más del que podrás gastar en esta vida.

Sé que tiene razón, y lo sé porque él me acompaña desde el primer día que pisé un sitio de lucha clandestina.

—Lumière, te lo he explicado mil veces. No es una cuestión de dinero, lo necesito. Me hace sentir vivo, necesito la adrenalina que me proporciona.

Niega con la cabeza mientras sigue vendándome las manos, me conoce mejor que nadie y sabe que no lo voy a dejar.

—La gente con pasta la busca en deportes extremos, no sé, quizás te podrías tirar en paracaídas, o bajar por unos rápidos, hasta puéting, yo iría contigo y lo sabes.

Suelto una carcajada, es tan temeroso de todo que me extraña que me proponga algo así.

—Claro, porque todo lo que me propones no tiene riesgos ¿verdad?

Me toco una cicatriz que cubre mi pecho, no porque me moleste, ya es más una costumbre, algo que me recuerda que no debo bajar nunca la guardia, con nadie.

—Joder, Adam, sí que los tiene, pero muchos menos, allí hay gente especialista que te vigila para que no te pase nada. Meterte en el *ring* imaginario que tienen aquí montado no te ofrece ninguna protección. No hay reglas, cualquier día tendré que sacar tu bonito cadáver.

Tiene razón, no me considero tonto lo que pasa es que ya forma parte de mí.

—Venga, deja de quejarte ya, eres más como una novia asustada que mi amigo el que tendría que animarme y apostar a mi favor para sacarse un pastón.

Lumière creció conmigo, los dos teníamos unas vidas familiares «complicadas» por llamarlo de alguna manera y nos fuimos de casa muy jóvenes. Había días que no teníamos nada que llevarnos a la boca y nos rugían tanto las tripas que podían oírnos todos los vagabundos que vivían con nosotros en el edificio destartado.

Él buscó trabajo como repartidor, y yo encontré esto. Al principio salía con heridas todas las noches, aun así volvía a la siguiente; era una manera para soltar toda la rabia que tenía

acumulada hacia mi progenitor. Cuando empecé a mejorar, también comencé a ganar dinero y a llenarnos el vientre con comida caliente. Nunca lo dejé, ni siquiera cuando falleció el bastardo de mi padre dejándome toda su maldita fortuna.

—Venga, es la hora, amorcito —se burla mi amigo trayéndome de vuelta a la realidad.

Asiento mientras termina de colocar el vendaje en mis manos y me pasa la botella de agua para que pegue un trago. Siempre antes de pelear se me queda la boca seca. Me levanto y nos dirigimos a la puerta de madera hecha mierda para salir al bullicio que se oye fuera. Mi acompañante no vuelve a abrir la boca y se lo agradezco, daría mi vida por él, pero necesito concentrarme todo lo que pueda.

El ruido fuera es ensordecedor, menos mal que he aprendido a refugiarme dentro de mi cabeza lo que evita que te vuelvas loco. El olor del lugar es cargante, una mezcla de sudor, tabaco, y al óxido de la sangre. A otro le daría asco, yo lo siento como un hogar, es con lo que he crecido y donde realmente sé que tengo mi lugar.

El pasillo que llega a donde se concentra la multitud sedienta de golpes y sangre es estrecho, nos tenemos que apartar cuando entre dos tipos se llevan inconsciente al que ha luchado antes y por el aspecto de su cara golpeada y maltrecha no creo que sea el ganador.

La voz del animador, por llamarlo de alguna manera, es grave y resuena entre todos los gritos del gentío.

—Esta noche tenemos un combate especial, luchará uno de vuestros favoritos: Bestia, el príncipe del dolor.

Eso desata un grito brutal de la gente al unísono.

—¡Bestia, Bestia, Bestia! —proclaman los que me siguen.

Eso aún me sigue poniendo la piel de gallina, no se me sube a la cabeza, nunca me ha pasado porque soy consciente de que si hoy me matan y me dejan tirado en el suelo mañana seguirán a otro nuevo. Conozco a muchos luchadores que les ha pasado eso.

La gente abre un pasillo a mi paso, me tocan, me susurran cosas, proposiciones de todo tipo, me desean suerte, e incluso alguno me maldice. No dejo que me afecte.

—Y aquí está, un gran aplauso —pide el del micrófono y la mayoría parece encantada de seguirle la corriente.

Me sitúo en mi lado del *ring* imaginario, porque no hay nada que delimite el lugar ni siquiera pintado en el suelo de cemento que tiene manchas de sangre seca, antiguas, otras aún están frescas.

Empiezo a saltar sobre mí mismo para calentar mientras viene mi contrincante.

—Hoy se enfrentará a un tío de lo más peligroso: el Destructor —grita animándolo a venir.

No lo conozco, da igual, no soy exquisito con mis contrincantes. Algunos abucheos suenan contra las paredes de ladrillo de la nave abandonada donde nos encontramos. Nos encontramos en el sótano, porque aunque estamos lejos de la civilización nos ahorramos que los gritos puedan llamar la atención de algún curioso que se haya desviado de su camino. Otros lo animan, los que llevan viendo durante años como me enfrento y salgo ganador. Algunas veces ileso, otras con heridas.

Por la parte de enfrente de mí la gente repite lo que han hecho conmigo unos segundos antes. No es necesario que llegue hasta el *ring* para que vea el tamaño del hombre. Debe rebasar los dos metros, y no solo eso es un armario, tiene unas espaldas anchas y unos brazos mortíferos. Por un instante siento miedo, bien, nunca hay que dejar de tenerlo.

Tendré que ser más rápido que él y sobre todo evitar que me dé un puñetazo con semejante músculo porque me deja noqueado de una.

Lumière se acerca hasta mí, nunca lo hace por si queda en medio de fuego cruzado.

—¿Estás de coña, no? Retírate, ese tío te va a matar, no voy a tener ni pedazos que recoger cuando termine contigo.

Su voz tiembla, mientras tira de la cinturilla de mis vaqueros desgastados ya que no llevo camiseta, lo que me facilita el movimiento, pero sobre todo que alguien me enganche de ahí.

—No va a pasar nada, tranquilo.

—¿Quieres que ponga eso en tu epitafio?

El miedo desata el humor en él y le miro a los ojos para tranquilizarlo.

—Apuestas cerradas —decreta el presentador y suena un pitido que es lo que da comienzo al combate.

—Confía en mí.

Es lo único que puedo decirle cuando una mano casi más grande que mi cabeza pasa rozándome la oreja en forma de puño y empuja a Lumière para ponerlo a salvo. Esquivo agachándome y golpeando sus costillas que son de hierro.

Ni se inmuta, paso por debajo de su brazo levantado para poner distancia entre los dos, tengo que agotarlo antes de poder acabar con él, de lo contrario estoy muerto. Su rostro calvo y algo mal formado me mira sonriendo, dejando ver que le faltan varias piezas en la boca y que otras las tiene de lo que parece ser acero.

Es un espécimen digno de ver, es agresivo aunque algo me dice que no muy inteligente, es más fuerza bruta que otra cosa. Salto sobre mis deportivas esperando el siguiente ataque que no se hace esperar demasiado.

Se lanza contra la esquina que yo estoy cuando la gente suelta una exclamación anticipando el

golpe que no llega por que dando una vuelta sobre mí mismo salgo de su alcance. Emite un gruñido más propio de un animal que de un humano.

Sonrío de medio lado enseñándole mi intacta y blanca sonrisa, cosa que le cabrea aún más.

—Vamos, pequeño, te estoy esperando —digo con un gesto de mi mano vendada que le anima a acercarse.

Vuelve al ataque, de nuevo sin éxito, lo que tiene de grande lo tiene de torpe. La gente grita pidiendo sangre mientras yo noto cómo la adrenalina está a tope en mi organismo dándome aún más velocidad.

Bailamos durante un rato donde yo llevo la voz cantante, se está cansando, lo noto porque se ha vuelto aún más lento. Lo que no me espero es que cuando voy a esquivarle en esta ocasión gira y me golpea de lleno con su puño en el pecho. Seguro que iba a mi cara, pero el daño es jodido de igual manera. Me hace caer contra la gente que me sostiene mientras que me gritan al oído.

—¡Bestia, acaba con él!

—¡Mátalo!

Me incorporo intentando ignorar la falta de aire que me ha provocado el impacto. Aprovecho que se está pavoneando ante el público para saltar y lanzar una patada directa a su estómago que le hace doblarse sobre sí mismo. No tengo tiempo que perder, en cuanto aterrizan mis pies en el suelo salto de nuevo sobre su espalda para hacerle una llave sobre su cuello de toro para cortarle la respiración.

Al principio se rebela, se endereza todo lo alto que es conmigo colgado a su espalda como un mono, de mi pelo un poco largo gotea el sudor por el esfuerzo que estoy haciendo por mantenerme en ese mismo sitio.

Se lanza contra la gente intentando golpearme lo suficiente para que suelte mi agarre, sin embargo, lo que hago es sujetarme ahora también con las piernas a su cintura. Giramos como en un carrusel hasta que empiezan a temblarle las piernas. Solo tengo que aguantar un poco más, no lo mataré, pero quedará inconsciente lo que me dará la victoria automática.

No es como me gusta luchar, me gusta dar puñetazos, patadas y liberar toda la ira que siempre me acompaña, lo que no habría servido de nada con un tipo como este. Sería como intentar hacer cosquillas a un oso negro.

Las piernas le tiemblan, cae de rodillas para delante mientras la gente grita mi nombre anticipando algo que aún no ha llegado. El esfuerzo que tengo que hacer para dormir a este monstruo me está dejando exhausto, sino cae pronto creo que lo haré yo. Como si hubiera leído mi pensamiento cae de cabeza contra el suelo, menos mal que ya estaba de rodillas porque de lo contrario se habría abierto el coco en dos.

Cuando ya estoy convencido de que no se va a levantar en al menos un rato me dejo caer sobre

mi espalda mientras mi corazón se intenta acompasar con la respiración. El presentador llega hasta mí, me pongo en pie temblando por la fuerza que he tenido que ejercer para dejar *KO* a mi oponente.

—¡Señoras y señores nuestro campeón: Bestia, el príncipe del dolor!

Grita el presentador mientras levanta mi puño declarando la victoria y las masas gritan y rujen de felicidad.

Me duele todo, pero me siento vivo cuando me dirijo hacia mi amigo.

—Recoge el dinero mientras que me ducho. Vamos a celebrarlo.

—Sí, vas a tener que invitarme a muchas copas por lo que me has hecho sufrir, tengo el corazón débil —bromea con una mano en el pecho.

Asiento porque no tengo ni aire para contestar. Me dirijo a por esa ducha que aliviará mis músculos doloridos mientras la gente repite el ritual de cuando he salido mientras yo solo puedo pensar en que estoy feliz, esto es lo que soy, soy una bestia.



Capítulo 8

Bella

Llevo ya varias noches trabajando como bailarina, aún me cuesta un poco quitarme la ropa, sin embargo, me he dado cuenta de que no es tan malo. Le pedí a Gastón que me dejará usar una máscara para que el rostro no se me viera y él acepto sin dudarlo. Si quiero en un futuro dedicarme a lo que me gusta no sería muy agradable si algún cliente me reconociera.

Menos mal que las compañeras me han ayudado en todo, desde cómo moverme sin parecer un pato sin cabeza, a desnudarme de la manera más sensual posible. Lo que me ha ayudado a ganar

muy buenas propinas, algo bueno de este trabajo. Otra cosa que aprecio es que los clientes son muy educados, tanto hombres como mujeres, nunca han intentado propasarse y encima te dicen unas cosas que te hacen sentir como una diosa cuando bailas encima del escenario.

Me invitan a copas que acepto porque sé que el camarero no las carga cuando el cliente no mira, otra parte del puesto es ser amable con los que pagan una pequeña fortuna por vernos cada noche. Lo más duro, sin embargo, ha sido tener que mentir a mi padre. Le he dicho que me han contratado en una importante editorial lejos de casa, en otra ciudad, por lo que no voy a casa cinco días a la semana, sería muy raro que me le dijera que el puesto es en turno de noche.

Lo ha creído, que mi sueldo semanal nos da para pagar su tratamiento y los días que libro, que son dos a la semana, los paso en casa. Lo que le he contado es que tenemos tanto trabajo que a veces me tengo que quedar el fin de semana revisando manuscritos y que en cuanto tengo hueco me voy un par de días a verlo. Estoy deseando hacerlo. Es la segunda semana de tratamiento y cuando se lo ponen tiene que estar unos días en cama.

Si todo va bien le propondré a Gastón que me deje librar justo los días en los que se tiene que acostar para ayudarlo, si no es posible tendré que contratar a alguien, más que nada para que le atienda, pero sobre todo para que no le deje salir de casa, si algo es mi padre es trabajador y cabezón más que nada en el mundo, por lo que faltar a sus obligaciones le pone casi peor que la maldita enfermedad.

La organizadora de las chicas me presenta me llaman Princesa, mientras oigo como comienza la canción *Erótica* de Madona. Y salgo vestida con mi corpiño de encaje negro, tanga a juego, medias atadas con ligero y zapatos de tacón de aguja con una altura de infarto.

Camino contoneándome como si tuviera que exhibirme para que me eligieran de plato principal de un banquete. La máscara cubre mi rostro dejando al descubierto mis labios rojos. Escucho algunos piropos según me voy deslizado por la pasarela hasta el sitio donde voy a bailar.

Es un espacio amplio con una barra para poder realizar varios pasos de baile, y el suelo tiene luces de neón en colores morados que junto con la oscuridad del lugar permite que los clientes vean mejor por lo que están pagando.

Al llegar a la barra metálica me agarro para dar una vuelta sobre ella sintiendo el tacto frío que me ofrece, cuando completo el giro apoyo mi espalda y bajo por ella de forma sensual. Y continúo mi baile entre halagos sintiéndome poderosa y sexy.

Cuando termino recojo mi ropa del suelo y me dirijo hacia los camerinos donde me vestiré con algo también muy insinuante, pero con lo que enseñe algo menos. Eso lo dejan para los bailes. Es hora de salir a socializar con los clientes. No puedo evitar pensar que si mi padre me viera se moriría *ipso facto*. Aparto esas ideas antes de seguir hacia la zona del bar.

No se ha cerrado aún la puerta cuando oigo un lamento, aunque el dueño del llanto intenta que no se le oiga lo he percibido, siempre he tenido muy buen oído. Busco en la oscuridad del lugar cuando encuentro a una chica agazapada contra un rincón y me acerco cautelosa. Si está de esa forma es porque no quiere ser vista.

—Hola, ¿estás bien? —La chica tiembla al escucharme.

No me suena de nada, ya he conocido a toda la gente que trabaja aquí, soy de la que me cuesta quedarme con los nombres, sin embargo, soy muy buena con las caras, y definitivamente nunca la he visto antes.

—Tranquila, no te voy a hacer nada.

Me acerco más mientras ella abre los ojos mucho, tanto que me recuerda a un cervatillo al ver los faros de un coche que se acerca a mucha velocidad.

—Me llamo Bella, ¿y tú? —Me agacho junto a ella para que no se asuste.

—Alda —contesta entre hipo del llanto.

—Encantada, Alda. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —Estoy muy quieta para que no me tema más de lo que ya hace.

—No, necesito escapar, pero tengo tanto miedo, si me pillan me matarán.

Todos mis sentidos se ponen alerta con aquellas palabras.

—¿Escapar de quién? ¿Te puedo ayudar?

Quiero alargar la mano y tocarla, mejor abrazarla para consolarla. Lloro de tal manera, con tanta desesperación y terror que solo quiero consolarla.

—No, no, si se enteran te matarán a ti también. Debes irte antes de que nos encuentren.

—No me iré Alda, te voy a ayudar.

No me lo pienso más, arrodillada como estoy la abrazo, al principio se queda muy rígida por el contacto, pero pronto me devuelve el gesto aferrándose a mí como si fuera una boya en medio del mar y ella se estuviera ahogando. Le acaricio el pelo, que lo tiene largo y sedoso de un negro casi azul a juego con sus ojos.

No sé el tiempo que pasamos así, lo que sí que noto es que el llanto se va desgastando hasta dejar solo un pequeño lamento. Espero a que ella hable dándole su espacio, su tiempo.

—Gracias, no tengo muchas amigas aquí. Todas estamos tan asustadas que no tenemos ni cuerpo para entablar relaciones entre nosotras.

Me aparto un poco y le seco las mejillas húmedas hasta que no la miro así de cerca no me doy cuenta de lo joven que es. ¿De dónde habrá salido? Y, ¿qué quiere decir con todas? Es la primera vez que la veo, y se supone que conozco a todo el mundo que trabaja y vive aquí.

—¿Dónde vives?

—Aquí, en la planta restringida, ahora tengo que irme. Si descubren que me he escapado me

van a castigar o algo peor. —Su voz es temblorosa imitando a su cuerpo delgado bajo mis manos.

—No te vayas, dime como puedo ayudarte, seguro que hay una explicación para todo esto. Puedo ayudarte, a ti y a las demás. ¿Os hacen daño? —Tengo tantas preguntas y tan poco tiempo.

Alda se empieza a levantar por lo que necesito respuestas antes de que desaparezca.

—No tengo tiempo, somos muchas, estamos aquí contra nuestra voluntad y no podemos escapar. No nos busques, intentaré volver a salir. Hay un guardia al que le gusto, si lo consigo vendré a buscarte.

—No entiendo nada, no te vayas, por favor. Vámonos, te sacaré de aquí, no vuelvas allí.

—Gracias por todo, nadie me ha ayudado nunca.

—¡Alda! —oigo un grito detrás de mí y la chica que está detrás de mí se tensa abriendo más de lo posible los ojos.

Me giro y por instinto la pongo detrás de mí notando en mi espalda sus temblores. Es un guardia de seguridad, no uno que yo conozca, todo esto es demasiado raro y perturbador.

—¡Ven aquí ahora mismo, puta escurridiza! —gruñe él con un acento muy fuerte.

Ella tira para ir, pero la agarro de la mano para detenerla.

—No digas nada, por favor, si lo haces empeoraras lo que me espera.

Todo mi ser me grita que la detenga, que me enfrente al gorila, pero la sola idea de que la vayan a castigar por mi culpa es más fuerte que mi deseo de plantarle cara. Se acerca hasta él con la cabeza agachada. La coge de la nuca para llevarla como un perro a donde sea que la tengan retenida.

—Y tú, vuelve al trabajo ahora mismo si no quieres correr la misma suerte que esta zorra.

Tengo que morderme la mejilla para no decirle todo lo que opino de un mierda como él. Asiento y sigo mi camino hacia la zona del bar sujetándome el estómago que amenaza con echar hasta el desayuno. No tengo ni idea de como voy a continuar el resto de mi turno cuando lo único que quiero es ir a buscar a esa niña, porque no creo que tuviera ni la mayoría de edad.

Tengo que buscarla, no ahora, no quiero que tenga más problemas por mi culpa, pero ni de coña voy a dejar esto así. Pienso encontrarlas y liberarlas aunque sea lo último que haga. ¿Gastón sabrá todo esto? No, no es posible, debe ocurrir a sus espaldas, no le veo capaz ¿o sí?

Voy tan distraída que no veo al hombre que tengo delante de mí hasta que es demasiado tarde. El choque no me hace daño aunque me asusta, ahora mismo tengo los nervios a flor de piel. Miro para arriba ya que es alto aun con mis tacones de aguja, debe estar en el metro noventa por lo

menos. Y me quedo atontada por esos ojos azul oscuro que me miran desde una cama de pestañas consiguiendo que se vean aun más impresionantes.

—Lo siento, ¿estás bien? —me pregunta el desconocido mientras me sostiene de los brazos.

—Sí, perdone, iba distraída.

No puedo evitar mirarlo, sin duda no parece alguien que frecuente estos sitios, no lleva traje, ni si quiera camisa. Va con una camiseta blanca que destaca el dorado de su piel y unos vaqueros azules desgastados. Sonríe y podría afirmar que nunca he visto nada igual.

—Ten cuidado, hay mucho lobo suelto en este cuento.

Es una broma, sin embargo me dan ganas de decirle que desde está noche creo que es cierto, no lo hago. Debo ser amable y cortés con los clientes, ese es mi trabajo. Al menos hasta que descubra que está pasando.

—Lo tendré, prometido. —Yo también le sonrío bajo mi máscara.

—¿Eres nueva, verdad?

—Sí, es mi primera semana. ¿Viene mucho por aquí?

—Por favor, no me trates de usted, soy demasiado joven para eso. Adam, encantado. —Me ofrece su mano y la acepto.

—Bella, igualmente. —Quizás debería dar un nombre falso, pero me ha salido solo, y el contacto con su piel ha conseguido que el calor vuelva a mi cuerpo que estaba helado.

Debo comportarme, por muy bueno que esté el rubio musculoso con pinta de surfista.

—Tengo que irme, pero espero verte pronto por aquí.

Sus ojos clavados sobre los míos, mientras sigue sonriendo y tengo que obligarme a soltar su mano, debe irse y yo a trabajar que es lo que hago para salvar a mi padre, no tengo tiempo de distracciones, ni siquiera por un hombre como el que tengo delante.

—Nos veremos.

Se despide con un guiño de ojo mientras yo intento calmar mi corazón, necesito encontrar respuestas a todo lo que me ha enterado esta noche, pero sin duda mi mente no puede sacarse esa sonrisa de mi mente.



Capítulo 9

Bella

El resto de la noche he intentado poner mi mejor cara de *poker*, algo me dice que estoy metiéndome en algo muy peligroso y que debo actuar con normalidad, al menos hasta que hable con Mérida, ella sabrá qué hacer. El primer instinto que he tenido es coger las pocas cosas que tengo en la habitación y correr lo más lejos posible sin mirar atrás. Lo que me ha detenido es que necesito el dinero para mi padre, y que aún no sé hasta qué punto está enterado Gastón, es posible que no lo esté, al menos eso espero.

Cuando por fin se va el último cliente subo a mi habitación agotada, lo único que me apetece es ducharme y meterme en la cama, hoy no, hoy tengo cosas más importantes que hacer. Me quito la poca ropa que llevo y me pongo una camiseta ancha para estar más cómoda y busco mi móvil. Mi amiga anoche tenía un «trabajo», espero pillarla despierta.

Suena varias veces, quizás se ha ido a casa a dormir, ella tiene un apartamento bastante lujoso con todo lo que le gusta, gana mucho más que yo, pero también hace cosas que yo no quiero hacer.

—Hola, ¿qué pronto me llamas? —No tiene voz de dormida.

—¿Estás sola? —Necesito saber que no la he interrumpido con algún cliente.

—Sí, sí, ya estoy en casa, es más, acabo de llegar. ¿Ha pasado algo?

—Sí, bueno, ¿Te importa si nos vemos? Podíamos ir a desayunar si no tienes ningún plan.

—Claro, me parece un plan genial.

Ha debido notar mi ansiedad porque no ha dudado ni un momento.

—Te veo ahora en el cafecito que nos gusta.

—Hasta ahora —se despide.

En cuanto me ducho y me pongo algo de ropa cómoda me dirijo al lugar en el que ya hemos desayunado varias mañanas. Es un sitio pequeño, pero muy acogedor, con mesitas de madera y manteles que parece que ha tejido la dueña, una señora mayor entrañable.

Como he llegado la primera pido para ambas, para mí un capuchino con chocolate espolvoreado y un café con leche para mi mejor amiga, junto con unas raciones de tarta Red Velvet. Esto me hace recordar a la universidad donde siempre pedíamos lo mismo.

Tengo la taza entre las manos caliente y humeante, el olor de café mezclado con chocolate me transporta a casa, a tiempos mejores. Y añoró a mi padre, estoy deseando librar para ir a verlo. Luego le llamaré. Mérida entra como un ciclón con sus bucles rojos y ese brillo que la caracteriza. Me abraza como de costumbre y me contagia su felicidad.

—¡Mérida! Gracias por venir tan pronto.

—Bella, me asustaste un poco, ¿qué pasó?

—Verás —bajo la voz para evitar que nadie me escuche—, cuando salí del vestuario me encontré a una chica llorando acurrucada en la oscuridad.

—¿Una de las chicas del club? —me pregunta intrigada mientras bebe un sorbo de su café y tuerce el gesto por lo caliente que está.

—No, al menos no la había visto nunca. Estaba, no sé, —no encuentro las palabras para

describir lo que presencié—, aterrorizada, no era más que una niña. Me dijo que ella y otras chicas están atrapadas en la planta restringida.

Intento recordar todo lo que me dijo con los nervios está todo algo confuso.

—No entiendo nada —me dice con esos ojos enormes muy abiertos.

—Perdona, me cuesta recordar todo. Me dijo que hay varias chicas allí, que están en contra de su voluntad y que debía escapar. Que tenían mucho miedo porque si las pillaban las iban a matar. —Me retuerzo las manos que me están sudando después de soltar todo de carrerilla.

—Llevo mucho tiempo trabajando allí y nunca he oído o visto nada parecido, me estás asustando.

Conozco a mi amiga y sé que es sincera, si puedo confiar en alguien en este mundo sin dudar es ella.

—No es todo, le dije que la ayudaría, a todas, pero llegó un guardia con muy malas pintas, tampoco es alguien que haya conocido y se supone que me han presentado a todo el equipo. La chica temblaba cuando se la llevó, no sé, tenemos que hacer algo, Meri, si de verdad pasa lo que me contó no nos podemos quedar de brazos cruzados.

—Desde luego que no, si eso pasara donde llevo años trabajando me daría algo por no haberlo sabido antes.

Su piel de normal pálida y pecosa ahora está aún más lechosa.

—Quizás podría hablar con Gastón, esta noche antes de entrar a trabajar —propongo no muy segura de lo que me puedo encontrar, apenas llevo unos días trabajando allí.

—No, déjame a mí, le conozco desde hace mucho y si pasa algo o me miente te aseguro que lo notaré. Tengo un viaje de trabajo, no voy a volver hasta la semana que viene. Prométeme que no harás nada hasta que vuelva.

—Te lo prometo.

Me conozco y sé que la espera me va a matar no obstante conozco a mi amiga y si me pide eso será mejor así.

—Todo se arreglará, ya lo verás —me dice para tranquilizarme.

—Eso espero.

Seguimos hablando y disfrutando del desayuno juntas aunque una parte de mi mente me dice que si hay algo turbio detrás de todo esto, y estoy casi segura de que sí, perderé la oportunidad a mi padre. No me lo puedo permitir, pero no caerá sobre mi conciencia que unas chicas estén viviendo un infierno sin que yo haga nada al respecto.

Después de despedirnos un buen rato después decido dar un paseo y encuentro algo que hace

que me detenga y me llame la atención. Un gimnasio pequeño, desde fuera no se ve nada, en la puerta hay un cartel que pone «gratis día de prueba».

¿Por qué no? Me vendrá bien un poco de ejercicio físico y así también dejar de pensar en todo lo que ha pasado. Además, los días que estoy aquí no tengo mucho que hacer aparte de dormir o leer algún libro.

Entro y una campanita avisa de mi llegada, me acerco a la pequeña recepción que tiene una mesa sencilla de madera blanca.

—Ya voy —avisa una voz desde el interior del gimnasio.

Menos mal que me he puesto unas mallas con una camiseta, las zapatillas de deporte y una sudadera para quedar con mi amiga. De lo contrario no me podría quedar. Nunca he sido muy deportista, soy de las que piensa que correr es de cobardes, pero mucha gente dice que si no te gusta el deporte es porque no has encontrado el deporte ideal para ti. Veremos si es verdad.

No tarda en acudir un hombre con el pelo cano, bajito y con la piel arrugada que me dedica una entrañable sonrisa.

—Hola, hija. Qué alegría ver caras nuevas por aquí.

Le sonrío, me recuerda mucho a mi padre y crece en mí mucha ternura.

—Hola, venía a probar el gimnasio si le parece bien. No le voy a mentir, nunca he sido muy deportista, pero creo que me podría venir bien.

Me mira con la cabeza ladeada sin desprenderse de la sonrisa.

—Creo que podemos ver qué es lo que más se adapta a ti. Dime, ¿por qué te apetece entrenar?

No me esperaba la pregunta aunque es lo más normal del mundo.

—Pues primero porque paso la mayor parte de los días en esta ciudad sin nada que hacer, trabajo como camarera en el turno de noche y me niego a pasarme el día vagueando o durmiendo. Por otro lado... no sé, necesito mantener la mente distraída.

Le he contado eso porque no puedo entrar en detalles, y casi es la verdad.

—Bien, creo que hay algo que podría gustarte. ¿Has hecho boxeo alguna vez?

Sus ojos pequeños y curiosos me miran divertido y expectante.

—¿Boxeo? No me veo pegando a nadie. —Me río ante la idea.

—No tienes que practicar pegando a nadie, para esos están mis amigos los sacos. Es una manera de soltar todo el estrés y también de aprender a defenderte.

Cuando me dice eso pienso en la chica que me encontré en el pasillo del vestuario, en el miedo

que se reflejaba en sus ojos y en el temblor de su cuerpo, y en ese mismo momento entiendo que necesito saber defenderme.

—Creo que quiero probarlo.

Se emociona ante mi respuesta y sale de detrás de su mesa para acompañarme.

—Soy Thomas pero todos me llaman Din Don.

Me ofrece su mano arrugada y yo la cojo sin pensar.

—Yo soy Bella, encantada.

Vamos, yo ya estoy mayor para entrenarte pero estás de suerte a esta hora viene mi mejor alumno y te enseñará todo lo que sabe estoy seguro.

Pasamos por el gimnasio que a estas horas está muy vacío. Solo algunas pocas personas entrenando en las máquinas que se sitúan en la parte derecha y nosotros seguimos el pasillo que da paso a otra sala.

Es más pequeña que la principal y hay sacos colocados por toda la zona de la pared y en el rincón más alejado un *ring*. Solo hay en la sala un chico con espaldas anchas y musculadas, los ojos se me quedan clavados en su piel bronceada.

—Adam —le llama Din Don.

El hombre se gira y me quedo prendada de esos ojos grises pero eso no es lo que más me sorprende es el hombre con el que me cruce ayer en el club. Tengo la posibilidad de conocerlo mejor sin que él sepa quien soy yo, es lo bueno de llevar máscara.



Capítulo 10

Bestia

Estoy tan metido en mi entrenamiento que no me doy cuenta de que tengo compañía hasta que entra Din Don muy bien acompañado de una chica muy guapa. Va con ropa de deporte sencilla, sin maquillaje, que tengo que decir que no le hace falta para nada y su bonito cabello castaño en una coleta alta. Sus ojos son grandes y despiertos del color de las avellanas, y me quedo perdido en ellos hasta que la voz de mi amigo me trae de vuelta.

—Adam —me llama.

—¿Qué pasa, Din Don? —pregunto con el aliento entrecortado por el entrenamiento.

—Esta señorita quiere probar el gimnasio, ¿qué tal si le enseñas a golpear el saco?

—Claro, será un placer. Me llamo Adam —me presento mirándola muy atentamente es como si la conociera pero a la vez juraría que es la primera vez que la veo.

Ella parece pensar antes de contestar y veo que sus mejillas se sonrojan algo que me parece adorable y raro en la época en la que vivo.

—Igualmente, yo soy... Rebeca.

—¿Preparada para golpear duro? —Le robo una sonrisa y en ese momento entiendo que ese va a ser mi propósito del entrenamiento.

—Lo intentaré.

—Bueno, chicos, os dejo pasarlos bien —se despide mi amigo y nos deja solos.

Rebeca parece nerviosa, mira a todos los lados mientras me dedica miradas furtivas.

—Pues empecemos, lo primero que debes aprender para practicar boxeo es el arte de vendarte las manos.

Le explico mientras me deshago de las vendas rojas que llevo yo puestas para poder enseñarle como hacerlo.

—No sé por qué ha pensado que sería buena en esto, si te digo la verdad, nunca he golpeado a nadie —confiesa mientras me observa y no puedo evitar sonreír.

—Piensa que nunca es tarde para comenzar, además, no lo veas como una herramienta para golpear a alguien, que también. Te ayudará a saber defenderte que hoy en día ya sabes cómo están las cosas.

—Tienes razón. —Asiente convencida y está muy graciosa.

—Ven —le pido y ella se acerca sin rechistar—. Mira te enseñaré a vendarte esta mano, y luego tú venderás la otra.

Asiente mientras yo cojo su mano, tan pequeña y delicada que casi me avergüenza las heridas que tengo yo en las mías. No puedo evitar mirarla mientras ella está concentrada con sus ojos enormes en lo que estoy haciendo.

—¿Sabes que otros beneficios tendrás practicando este deporte? —pregunto deseando escuchar su voz de nuevo.

Ella niega con la cabeza sin levantar la mirada de lo que estoy haciendo.

—Vas a tonificar todos tus músculos, también es bueno para liberarte del estrés diario y sin

duda aumenta tus reflejos.

Ella se muerde el labio como si estuviera pensando en lo que le digo.

—Creo entonces que me va a encantar.

Levanta sus ojos color chocolate y me dedica otra sonrisa. No soy de los que pierden el culo por una mujer bonita, pero esta tiene algo especial, una dulzura que se refleja en su rostro, pero a la vez es sexy incluso llevando ropa de deporte y nada de maquillaje.

Espero darle la mejor lección de su vida para que quiera volver a entrenar conmigo. Es una alumna aplicada y se venda la mano con una precisión impresionante. Tengo ganas de conocerla más, pero no quiero que piense que soy el pirado del gimnasio por lo que empiezo a darle indicaciones para enseñarle los distintos golpes y practica concienzudamente, casi como si hubiera nacido para esto. Como una descarga eléctrica me recorre la columna vertebral.

Sujeto el saco mientras ella sigue golpeando duro, como si quisiera liberar emociones que tiene enterradas.

—¿Eres de por aquí? —pregunto queriendo saber más de ella.

—Soy de Red Rose, estoy aquí por trabajo.

Noto que se le cambia la expresión cuando me dice eso.

—No conozco Red Rose, tiene que ser bonito, me han hablado de esa ciudad.

Ella asiente.

—¿En qué trabajas? —Se pone algo pálida con mi pregunta y me golpeo mentalmente por haberla incomodado.

—Yo, bueno, trabajo en una editorial lo que pasa es que llevo poco tiempo, ya sabes...

Sé que miente, el porqué no tengo ni idea, pero no la voy a forzar, seguro que tiene sus razones.

Terminamos y ella está sudando bastante, le pido que se siente mientras voy a buscar un par de botellas de la nevera que tiene Din Don para los clientes. Me siento a su lado en el suelo de tarima con la espalda apoyada contra la pared blanca. Estamos cerca, pero sin rozarnos, aunque siento su calor a través de la distancia que nos separa.

—Bueno, Adam, preguntas mucho, pero de ti me cuentas poco. —Sonrío por la picardía con la que me lo dice.

—Puedes preguntar lo que quieras, soy un libro abierto.

Rebeca pone una mueca como diciendo ya, ya.

—¿Tú eres de aquí?

—Sí, nací y crecí aquí, pero he viajado mucho para competir en peleas.

Podría mentirle, podría decirle que ahora tengo un negocio heredado que me convierte en un hombre rico, omitir lo de las peleas, pero no quiero hacerlo, quiero que me conozca tal y como soy. Cuando conozco una tía que me atrae para echar un polvo ni me molesto en contarle nada de mí, vamos que sino insiste no les doy ni mi nombre. Solo les dejo claro que es lo que pueden obtener de mí, y en ese caso es pasar un buen rato los dos.

Sin embargo, no sé qué cojones me pasa con esta chica, pero quiero conocer más de ella y que ella también conozca todo de mí. Me resulta raro, si me escuchara Lumière pensaría que me he drogado o algo. En esta ecuación él es el romántico y yo el salvaje luchador que adora el sexo sin compromiso.

—¿Peleas? ¿Eres boxeador profesional? Madre mía, habrás pensado que soy una torpe.

Me hace reír con su ocurrencia hasta que niego con la cabeza.

—Lucha clandestina, a eso me dedico. Pensarás algo raro, pero lo he hecho desde pequeño para salir adelante y tener algo que llevarme a la boca.

Abre mucho más sus ojos curiosos antes de hablar.

—¡Qué pasada! ¿Podría ir a ver alguna?

—Claro, si es lo que quieres te puedo llevar, pero tengo que advertirte que no es algo para estómagos delicados, mi amigo Lumière ha echado hasta la última papilla más de una vez.

—¡Oye! Que no soy ninguna blandita, eh —me golpea con el puño aún vendado en el hombro y hago que me encojo.

—No sé yo...

La provoco y ella me vuelve a pegar.

—Que sepas que aunque seas todo un luchador con un poco de practica podría patear tu bonito culo.

Ahora sí que hace que una carcajada explote en mí.

—Pues eso de donde yo vengo significa pelea así que... tendrás que venir a diario a entrenar conmigo y luego cumplir tu palabra y patear «mi bonito trasero».

Creo que hasta que no he repetido textualmente sus palabras, no se ha dado cuenta de lo que ha dicho. Se pone más roja, no sé si de vergüenza o de la rabia por caer en que ha halagado mi culo.

—Pequeño, te aseguro que lo haré y te daré esa paliza que te he dicho, es una promesa.

Se ríe y no puedo evitar seguirla, está tan viva, tan llena de alegría que no puedo evitar contagiarme de ella. Parece que piensa algo porque se queda seria antes de volver a hablar.

—Bueno, algunos días que libro voy a ver a mi padre a Red Rose, esos días no vendré.

—Sin problemas, es genial que te lleves bien con tu padre.

Lo dice uno que siempre odió al suyo por desgraciado, pero soy consciente de que hay buenos padres que no se parecen en nada al mío. Entonces se me ocurre una idea.

—Estoy pensando una cosa... para que puedas patearme el culo tendré que entrenarte duramente, por lo que lo justo sería que me des algo a cambio.

Sonríe y vuelve ese tono burlón a su cara.

—¿Algo cómo qué? Espero que no sea nada raro o tendré que golpearte las pelotas que eso me lo enseñó mi padre, no necesito clases.

—¡Uf! Eres una fierecilla, nada más lejos de mis intenciones, pero podrías, no sé, cenar conmigo alguna noche.

Vuelve a tener ese tono sombrío en el rostro, no sé que esconde pero lo averiguaré.

—Por las noches me es complicado, quizás una noche de las que libre, pero es que tengo que ir a Red Rose...

Parece estar haciendo cábalas en su cabeza, no voy a ser yo el que la presione, cuando quiera contarme lo que le ocurre estaré ahí para escucharla.

—Bien, siempre he querido conocer Red Rose, así que cuando sepas que vas a ir avísame. Cogeré un hotel y si te parece bien te invitaré a cenar.

—¿Harías eso por mí? ¿Ir hasta Red Rose y quedarte en un hotel para llevarme a cenar?

—Aún no me conoces, Rebeca, cuando algo me importa soy capaz de cualquier cosa para conseguirlo.

La sonrisa que me dedica me dice que voy por el buen camino.



Capítulo 11

Bella

Cuando llego al club estoy aún que no me lo creo, siempre he estado tan metida en mis estudios, en mi casa, en mi padre que se me ha olvidado cómo ligar con alguien. Cuando Din Don me lo ha presentado casi me da un infarto, porque era el mismo hombre que conocí anoche en el club. Por un momento me he quedado bloqueada, esperando a ver si me reconocía, al ver que no, he tenido que inventarme un nombre. Anoche le dije que me llamaba Bella, y no es un nombre nada común. Parece que la máscara hace su papel y me ha protegido.

No es que me avergüence de mi profesión, lo estoy haciendo por una buena causa, pero sí que no sé lo que he sentido cuando he estado junto a él ha sido distinto, como si quisiera que él me conociera de verdad, a la Bella que le encanta leer, la que ha soñado siempre trabajar en una importante editorial, la que ama las flores porque su padre le ha enseñado desde niña lo hermosas que son, no a la que se queda sin ropa delante de un montón de hombres y mujeres que gastan su dinero indiscriminadamente.

Lo que me lleva a lo siguiente, él estaba en el club, pero no tenía pinta de cliente, es la primera vez que lo veo. Quizás estaba en un cumpleaños, o una despedida de un amigo. Descarto la idea de volver a encontrarlo aquí mientras unas cosquillitas recorren mi tripa.

Es la primera vez en mucho tiempo que me he divertido de verdad y he olvidado por un rato todo lo que ha pasado con mi padre, el trabajo nuevo, mis ilusiones de una vida mejor tiradas al cubo de la basura... Adam ha conseguido todo eso en tan solo un rato, tengo curiosidad sobre qué podría hacer en más tiempo.

Es muy guapo, quizás demasiado y tremendamente sexy, es fuerte, un luchador, por lo poco que he visto hoy de él casi me ha parecido hasta peligroso. Nunca me han atraído ese tipo de hombres, pero él ha despertado algo en mí casi animal. Quiero volver a verlo, y me muero por cenar con él.

Ojalá pudiera hablar con Mérida y contarle todo, seguro que ella me podría aconsejar, pero está de viaje con un cliente y no la puedo molestar, tendré que apañármelas sola. Estoy bastante ilusionada. Quizás no es lo correcto, pero no hago daño a nadie por ir a entrenar y conocerlo mejor.

Decido darme una ducha y bajar a por algo de comer a la cocina antes de echarme un rato, el entrenamiento ha sido agotador y esta noche trabajo. Cuando ya me he refrescado bajo a la zona de las cocinas donde sé que puedo coger lo que quiera, una ventaja de trabajar aquí. Es buena hora porque los trabajadores de cocina no entran hasta mucho más tarde.

Miro las neveras y me decido por un poco de pasta con boloñesa, soy una verdadera amante de la cocina italiana. Pongo música en mi móvil a sabiendas que no voy a molestar a nadie y lo dejo sobre la mesa central de la cocina. Y bailando al ritmo de la música me pongo a cocinar.

Mi padre es un desastre en la cocina, siempre lo ha sido menos mal que cuando libro le dejo la nevera llena de túper a lo que el se niega pero sé que si no se me muera de hambre. Tan concentrada estoy que no escucho nada cuando unas manos firmes y grandes se posan en mis caderas. El salto que pego casi hace que tire la pasta y la olla que está en este momento hirviendo.

Me giro con el corazón desbocado y me encuentro a mi jefe sonriendo de oreja a oreja. Es muy atractivo, de esos hombres que cuando los miras te quitan el aliento, es muy consciente de ello y lo exhibe con una gracia felina.

—Perdona, no pretendía asustarte —se disculpa sin soltarme.

—No te preocupes, estaba tan concentrada que no me he enterado de que entrabas.

No me suelta, quizás debería sentirme bien porque un hombre como él me tenga así, pero la verdad es que me resulta algo incómodo, como si mi ser rechazara ese contacto. Intentando disimular con la excusa de bajar el sonido del móvil me retiro de entre sus manos sonriendo, tampoco quiero ser maleducada.

—¿Qué tal? ¿Te apetece comer algo? Yo me muero de hambre.

Está apoyado sobre la encimera y me sonrío estoy segura de que esa sonrisa ha conseguido bajar más de unas bragas.

—Me encantaría, ¿en qué te ayudo? —pregunta sonriente mientras algo me dice que no ha cocinado en la vida.

—Nada, si quieres sentarte ya casi está, deja que escurra la pasta y comemos.

Sigo a lo mío mientras se acerca a la zona central de la cocina donde coloca platos y cubiertos para ambos. Al menos sé que está bien educado, quien no cocina pone la mesa.

—¿Te apetece un poco de vino? —me pregunta mientras se dirige a una de las neveras y saca un vino rosado bien frío.

—Claro, estaría genial.

No soy muy de vino, pero una copa de vez en cuando no viene mal, además después de comer pienso pegarme la siesta del siglo. Nos sirve a ambos mientras llevo la pasta ya con la salsa a la mesa para sentarnos.

Comemos entre charla insustancial mientras bebemos y me hace reír, la verdad es que es un buen jefe, otros me tratarían como si fuera el polvo que mancha sus zapatos.

—Entonces ¿estás bien? ¿Te gusta el trabajo? —me pregunta mientras llena de nuevo mi copa.

—No te voy a mentir, siempre pensé que trabajaría en una editorial, ese era mi sueño, pero bueno, ya sabes que la vida no es de las que tiene en cuenta lo que una desea.

Asiente comprensivo y se rasca la barbilla donde le sale un hoyuelo.

—Que ahora tengas que hacer esto no significa que no vayas a cumplir tus sueños, estoy convencido de ello. Además, que estés haciendo esto por tu padre dice mucho sobre ti.

Me hace sonreír, es el cumplido más bonito que me han hecho nunca. Algo contenta y achispada pongo mi mano sobre la suya que es enorme en comparación con la mía y está morena, yo soy demasiado blanca.

—Gracias, no sabes lo importante que es para mí escuchar eso. El trabajo me gusta, me tratáis muy bien, y el que os preocupéis para que los clientes no nos toquen de verdad, que no sé como agradecerlos. No podría con eso. Y tú, ¿te gusta lo que haces?

Parece meditar su respuesta antes de contestar y gira su mano para que la mía quede entre ella.

No es algo del todo cómodo, pero soy consciente de que yo lo he empezado.

—Bueno, creo que sí, siempre he hecho esto, me gusta saber que estáis bien cuidadas y que nadie está aquí en contra de su voluntad. Lo único es que a veces este trabajo es muy solitario.

Se ve triste cuando me confiesa esto. Estoy a punto de preguntarle por la chica que me encontré en los pasillos, sin embargo, no lo hago. Le prometí a Mérida que dejaría que fuera ella la que indagara sobre el asunto y es normal tiene muchísima más confianza con él. Aunque viendo cómo se expresa se me hace raro pensar que pueda estar pasando algo turbio.

—Imagino que es porque no puedes tener mucha vida social, te entiendo. ¿No tienes pareja? ¿O mujer?

Creo que la respuesta ya la sé ya que se rumorea que tiene muchas «amigas», pero poder ver esa tristeza en él me hace preguntármelo.

—No, la mayoría de las mujeres no les interesaría estar con alguien como yo. Solo alguien que de verdad entendiera cual es mi trabajo.

Acaricia el interior de mi muñeca con el pulgar y me hace sentir un escalofrío. Con mi mano pego otro sorbo al vino que está delicioso y tan fresco que entra solo.

—Estoy segura de que no es así, eres un gran hombre, atractivo, amable y muy divertido.

Soy sincera, esa apariencia de hombre intocable que pensé en algún momento que poseía está ahora muy lejos.

—Eres muy especial, Bella.

Me sonrojo, no sé si a causa del vino, del contacto o quizás por sus palabras, solo sé que es momento de retirarme antes de cometer cualquier tontería. Hace demasiado tiempo que no estoy con un hombre y una tiene necesidades.

—Voy a recoger y a tumbarme un rato antes del trabajo creo que he bebido demasiado.

Le hago reír no sé si porque me he sonrojado, por quitar mi mano de forma tan brusca o por que casi tiro la comida al levantarme tan rápido de la mesa.

—Venga que te ayudo.

Nos liamos los dos a recoger, doy gracias por el invento del lavavajillas que me va a dar más tiempo para dormir mi siesta. No volvemos a hablar, solo nos sonreímos y desviamos la mirada cuando nos miramos demasiado. Insiste en acompañarme a mi cuarto como un buen caballero y yo me dejo llevar. Ahora mismo es como si mis pies flotaran sobre una nube. Sus ojos sobre mí me hacen sentirme guapa, deseada, no como con los clientes, es algo distinto como si a él le importara lo que hay dentro de mí, no solo mi cuerpo desnudo.

Llegamos hasta mi cuarto y me siento como si estuviera en una cita o algo así, de verdad que

no vuelvo a beber más vino.

—Bueno, luego nos vemos —le digo mientras cojo el picaporte para entrar.

—Bella, espera.

Me giro para mirarlo, parece nervioso y sonrío tanto que es contagioso.

—He pensado que quizás cuando libres, si te apetece, podemos ir a cenar, o al cine.

Pienso en ello, pero también en la proposición de Adam, el chico que hoy he conocido en el gimnasio. Me da cosa rechazarlo porque se le ve realmente solo.

—Esta semana no puedo, tengo que ir donde mi padre, pero si quieres la próxima semana puedo volver antes y hacemos algo.

Su sonrisa resplandece más que nunca con lo que le he dicho.

—Me encantaría.

Se agacha y me da un fugaz beso en los labios antes de irse sin darme tiempo a decir o hacer nada. Mi dedos acarician donde sus carnosa boca se ha posado y me siento tan confundida que solo deseo acostarme.



Capítulo 12

Bestia

—¿En serio es necesario que vayamos a correr a estar horas —se queja mi amigo cogiéndome del brazo para que pare?

He entrenado toda la semana como un loco, seguro que porque tengo un nuevo aliciente, mi pupila en boxeo, aun así siento que la energía me desborda y arrastro al pobre Lumière a correr por las tardes. Está en forma, pero es por constitución, nunca ha sido para nada deportista y ha tenido la mala suerte de que su mejor amigo es una bomba de energía y algo adicto a la

adrenalina, pobrecito.

—Sí, no serás joven eternamente y necesitas sacar partido a ese cuerpo flacucho que tienes para poder seguir ligando, *mon ami*, le digo en su idioma natal.

A lo que él solo contesta con un gesto grosero con su mano que me hace doblarme de la risa.

—Por favor, ya has sudado bastante, ahora invítame a unas cervezas que me las he ganado. Mírame —me dice levantando los brazos— me estás dejando en los huesos con tanto ejercicio.

—¿Sabes? Nunca he conocido a nadie tan quejica como tú, pero te quiero así que vamos a tomar unas cervezas.

Estamos en nuestro barrio, siempre corremos en un gran parque lleno de vegetación, por lo que siempre está fresquito y podemos resguardarnos cuando hace sol. Ahora ya ha anochecido así que vamos al bar de siempre donde el dueño es un viejo amigo.

Nos sentamos en la barra y esperamos a que termine de hablar con un cliente, no sin antes saludarnos con la mano.

—Venga, confiesa ¿qué coño te pasa esta semana que estás tan activo? Más de lo normal quiero decir.

Le ignoro mientras pido nuestras cervezas bien frías.

—Nada —miento mientras choco mi botella contra la suya para brindar.

—Ya, y yo soy una dama francesa con piernas infinitas.

Le miro de arriba abajo imaginándomelo y me hace reír.

—Si fueras así ya te habría echado los trastos hace años, bonita —me burlo y me da un empujón queriendo parecer enfadado.

—Ya te gustaría, yo no habría caído nunca en los brazos del Príncipe del dolor. Demasiado mujeriego para mi gusto.

Ambos nos reímos, a Lumière le interesan tanto hombres como mujeres, pero sé que nunca me ha visto de esa manera, somos como hermanos. Apuramos la cerveza antes de pedir otra, menos mal que tenemos aguante porque con lo poco que nos duran y las que tomamos saldríamos siempre de rodillas.

—He conocido a alguien —le suelto y casi se atraganta con la bebida.

—No te creo —asiento para ratificar lo que he dicho—. Espera, espera, te refieres a alguien para tirarte y luego decirle *au revoir*.

—*Nop*.

Me quedo callado y mi amigo casi se cae de la silla.

—Nunca has estado con nadie más que un par de veces. ¿Qué está pasando aquí? Desembucha.

—No es nada de eso, solo es alguien con quien estoy entrenando.

Sus ojos amenazan con salirse de su cara.

—Ya, ya, pero si has dicho que has conocido a alguien es porque hay algo más, por favor, no me dejes así. No te podré casar nunca, ¿imaginas si quiera lo que es para mí saber eso?

Le encanta dramatizar, es como una madre.

—Bueno, no sé, es divertida, amable, me hace reír, y le gusta golpear el saco. Bueno también he de admitir que es preciosa.

—¿De verdad ha nacido alguien que haga que se impresione, Bestia? Quiero conocerla, ya ahora, vamos.

—Ni de coña, la espantarías como a un cervatillo frente a las luces de un coche.

Me hace un puchero como si con eso me fuera a convencer.

—No hay nada, solo entrenamos juntos. Bueno, la he invitado a cenar mañana.

—Sabes que nunca has conocido a nadie con la que quisieras cenar ¿verdad? Eso es amor del bueno.

Me toco la frente para que sea consciente del dolor de cabeza que me provoca.

—Solo es una cena —intento quitarle importancia para que no me dé más por culo.

—Venga, cuéntame más y prometo que te dejaré tranquilo.

Acepto porque sé que es la única manera de que me deje en paz, no quiero ni imaginar el interrogatorio que me hará después de la cena. Le cuento todo, como nos conocimos, qué ella va sus días libres, que justo son este fin de semana, a cuidar a su padre, y que la voy a llevar y a quedarme en un hotel. Si antes no se creía que había conocido a alguien y que iba a cenar con ella, ahora sabiendo que me voy a tomar la molestia de desplazarme y coger un hotel le ha matado. Al menos le tengo más feliz que un niño pequeño con un juguete nuevo.

Sí, mañana me iré con ella a Red Rose, estoy nervioso y yo no soy de los que se ponen así ni delante de un oponente que me dobla en tamaño.



Capítulo 13

Bella

Adam se ofreció a recogerme en mi casa, a lo que le dije que no, no estoy preparada para decirle que vivo en un club donde me quito la ropa todas las noches. No me gusta mentir, va en contra de todo lo que creo, pero algo me dice que no me dará ni la oportunidad de conocerlo si sabe la verdad.

Al final hemos quedado en la puerta del gimnasio, no es que vaya cargada ya que solo libro el fin de semana, el lunes tengo que estar de nuevo aquí. Llevo un par de mudas que seguro que ni

las uso ya que en mi casa tengo casi todas mis cosas.

Voy nerviosa de camino al gimnasio, dejaré allí nuestro coche destartado. Siento algo en el estómago, no mariposas como dice todo el mundo, aunque sí cierta ilusión. Estos días entrenando con Adam me he dado cuenta de varias cosas, aparte de que es arrebatadoramente guapo, es divertido, siempre me hace reír por muy raro que yo tenga el día. Es educado, simpático, amable, y tiene un lado animal, como si viviera una bestia dentro de él.

Soy consciente de que podría estar con la mujer que quisiera solo con verlo, pero si ya conocieran todo lo que hay detrás de esa apariencia caerían rendidas. No sé por qué se ha fijado en mí, o como terminará esto, pero por una vez en la vida no me voy a poner a pensar en todo lo malo que pudiera pasar, tengo que dejar mi manía de tenerlo todo bajo control lejos de esto. Vivir el momento y disfrutarlo, quizás solo sea una más para él, quizás tenemos una cita y nos damos cuenta de que no hay nada más, pero lo voy a vivir a tope sea lo que sea.

Hemos quedado temprano, para poder salir pronto y disfrutar el día. Así que cuando el club ha cerrado me he dado una ducha, he preparado una maleta con las cosas necesarias y me he puesto en marcha. Espero que el hecho de madrugar no le haya molestado, al parecer me dijo que sin problema, que era madrugador. Confío en eso. Cuando llego aparcado sin problema, donde está situado el gimnasio es una zona que no está muy transitada y lo encuentro apoyado en su coche.

Salgo nerviosa riéndome sola va a pensar que soy una tarada, cojo nerviosa la pequeña maleta y el bolso y me dirijo hasta él que me recibe con la sonrisa más bonita que he visto en mi vida.

—Hola —me saluda con la mirada algo adormilada.

—Hola, siento el madrugón —es lo único que se me ocurre decir.

—Ni te preocupes, es que ayer estuve con mi mejor amigo y me lio más de lo necesario, pero estoy bien. He comprado unos cafés cuando venía están dentro.

Piensa en todo este chico, se aparta del coche para coger mi bolsa cuando me fijo en el vehículo, se ve antiguo pero lo han restaurado, aun así es espectacular y eso que no entiendo nada de coches.

—¡Guau! Qué preciosidad de coche.

—¿Te gusta? —pregunta mientras se pasa la mano por su pelo corto.

—Me encanta, ¿cuál es? Aunque te diré la verdad, no tengo ni pajolera idea de coches.

—Es un Maserati A6 G2000 Berlineta Zagato, lo compré tirado de precio porque estaba destrozado, pero mi amigo Lumière tiene muy buena mano para los coches y juntos lo hemos restaurado.

—Me encanta, si lo viera mi padre estoy segura de que se enamora fijo.

—Pues no se hable más, se lo tendré que llevar para que me de la bendición de salir con su

hija.

Guarda las cosas mientras se me acelera el corazón por lo que ha dicho. Quizás se lo dice a todas pero a mí me ha tocado dentro.

Nos ponemos en marcha y el olor es maravilloso, una mezcla de café con su aroma que es como juntar lluvia con menta. Me acurruco en el asiento del copiloto es que es demasiado cómodo, espero no quedarme frita. Tenemos unas horas por delante que quiero aprovechar para conocerlo más.

La música que suena son baladas antiguas y eso me hace preguntarme si no es ilegal tenerlo todo. Es demasiado perfecto, al menos para mí. Aunque con la suerte que tengo, no descarto que sea un asesino en serie, o algo raro. Si se viste de mujer por las noches creo que eso sí lo podría llevar bien, seguramente le quedaría mejor mi ropa con ese cuerpazo.

—¿Estás bien? —me pregunta sonriendo como si me hubiera leído el pensamiento.

Creo que me pongo roja como si me hubieran pillado en alguna travesura.

—Sí, sí. Admiraba el coche, el buen café, la fantástica música.

—Al final mi coche se va a creer todos esos piropos y va a pedir un cambio de dueño.

Hace una mueca y me río, vuelve a mirar a la carretera, conduce rápido, nunca me ha gustado la velocidad, pero tengo que admitir que lo hace seguro, no me siento asustada.

—Un Donuts por tus pensamientos —le digo y me mira sorprendido.

—¿Has traído Donuts?

—Claro, que te crees que eres el único que ha pensado en nuestro desayuno. Están recién hechos.

Abro la bolsa para que le llegue el olor y le oigo gemir provocando que se caliente una zona de mi anatomía que no es mi cara.

—Solo pensaba en la carretera —miente se lo noto por la sonrisita que pone.

—Oh, lo siento, esa información no vale un Donuts recién horneado con azúcar.

—Qué mala eres, juegas con mi estómago.

Me mira más animado he intenta robarme uno de la bolsa por lo que se lleva un manotazo.

—¡Au! Venga, pregunta lo que quieras.

Ufff eso es demasiado amplio, podría preguntarle por su vida amorosa, pero se me vería demasiado el plumero, así que tengo que probar otra estrategia.

—Cuéntame algo de ti, no sé, qué tal fue tu niñez. ¿Eras un niño feliz?

Veo a través de su nuez como traga saliva con dificultad, quizás he tocado el tema equivocado.

—O cualquier otra cosa, no te quería molestar.

—No, no te preocupes, quiero que lo sepas todo de mí.

—Vale. —Asiento para que sepa que estoy aquí.

—Crecí aquí, no llegué a conocer a mi madre. Mi padre dice que murió en el parto, pero con él nunca se sabe si es cierto.

Está concentrado en la carretera o quizás en lo que me está contando, no despega los ojos del asfalto gris.

—Mi familia tenía dinero, mucho, algo que nunca me hizo feliz ya que mi padre jamás estaba y cuando lo estaba era un desgraciado, siempre furioso con todo el mundo, pero sobre todo conmigo. Nunca sabré por qué, antes le daba muchas vueltas cuando era más joven, aunque he llegado a la conclusión de que simplemente era así, una mala persona.

No le interrumpo de modo que saque de dentro todo lo que lleva que parece ser demasiado.

»Cuando era un adolescente me pasaba el día en la calle, como si no perteneciera a ningún sitio y allí un día sin más conocí al que se convirtió en mi mejor amigo y mi única familia. Lumière también tenía una vida complicada, su padre le mataba a palizas continuamente porque no solo le gustaban las chicas, para una familia tan religiosa como la suya era lo mismo que estar enfermo de algo contagioso que hay que erradicar. Así que sin la mayoría de edad y con apenas dinero en los bolsillos nos escapamos de casa.

Suelto una exclamación por lo que me cuenta sin darme cuenta, él se gira y me dedica una sonrisa triste, como si quisiera decirme «no te preocupes».

—Bueno, no teníamos donde ir así que fuimos al peor barrio, un lugar en el que nadie nos buscaría y un edificio hacía ya tiempo abandonado fue nuestro hogar. Compartíamos el sitio con varias personas sintecho, y te sorprendería que es la gente más amable que he conocido nunca. No fue fácil, por la noche hacía frío y el poco dinero que habíamos llevado apenas nos alimentaba.

»Podría haber robado a mi padre, llevarme todo el dinero que hubiera encontrado en su casa, o incluso obras de arte que encontrara por la casa, las habríamos vendido y viviríamos de lujo, pero me negué. No quería nada de él, el día que me fui fue para no volver. Nos buscamos la vida, Lumière encontró un sitio donde trabajó como repartidor en negro, al menos hasta la mayoría de edad. Sin embargo, yo me dediqué a la lucha clandestina.

—¿En serio? —le pongo una mano sobre la que tiene en la palanca de cambios.

—Sí, me encanta. Aunque en ese momento te aseguro que yo era el saco de boxeo. No sabría

decirte la de veces que llegué con un ojo hinchado, o con el labio partido, costillas fisuradas. Vamos que era un cuadro, pero oye, nos daba de comer.

—Debió de ser horrible —pienso en alto imaginando como no siendo más que un niño se metió en un sitio tan peligroso donde le pegaban noche sí y noche también.

—No te creas, a ver no voy a ir de duro y te voy a decir que no dolía, es más me dolía de cojones, pero tenía mucha rabia dentro que mal canalizada me habría llevado a sitios más oscuros, quizás a ser un delincuente, quizás un drogadicto, pero conocí a Din Don. Él fue como un padre para mí, no solo me enseñó a luchar como un campeón, también nos acogió a mí y a Lumière, los tres hemos sido una familia desde entonces.

—Vaya, ha sido una vida difícil y ¿luego que pasó? ¿Y tu padre?

Hace una mueca cuando lo nombro, seguro que no terminó bien.

—Me estuvo buscando durante mucho tiempo, tenía el poder y el dinero para hacerlo, pero nunca me encontró, bueno miento, cuando ya dio conmigo yo era mayor de edad y no pudo controlarme como quería hacer. Cuando intentó obligarme para que volviera con él le pegué un puñetazo que lo tumbó. No estoy orgulloso, pero de alguna manera debía devolver todas las palizas que adornaron mi cuerpo cuando solo era un niño.

—¡Qué hijo de puta! —suelto antes de pensar y me tapo la boca. Eso provoca en mi acompañante una sonrisa. —Lo siento, a veces mi lengua es más rápida que mi cerebro.

—Tranquila, lo era. Hace unos años murió y me dejó su imperio, cosa que a mí nunca me ha interesado, pero bueno da dinero y yo sigo con la lucha clandestina, Lumière no lo entiende, pero es parte de mí. Es mi vía de escape. No sé si tú lo podrías entender.

Me quedo pensando en lo que me ha contado, por eso es tan endemoniadamente bueno con el saco, ha tenido una vida dura, y si eso le ayuda a sentirse mejor quien soy yo para juzgarlo.

—Creo que es bueno que hagas lo que te hace sentir bien.

Eso parece que le alivia, respira profundamente como si hubiera estado esperado una mala noticia por mi parte. Pasamos un rato callados antes de que hable de nuevo.

—¿Y qué me cuentas de ti? —me sonrío y casi me derribo sobre el asiento del copiloto.

Me muerdo el labio, ahora sería el momento ideal para contarle todo lo que pasa, para abrirme como él ha hecho conmigo. Sin embargo no estoy preparada, quiero gustarle, quiero conocerlo más, por una vez necesito pensar en mí.

—Bueno, no hay mucho que contar, fui una niña feliz. Mis padres se amaban por encima de todas las cosas y a mí. Éramos una familia que vivía de forma modesta. Mi madre era costurera de la gente más importante de Red Rose, y mi padre era su jardinero. Ella me inculcó su amor por la lectura y él por las flores. Cada año en mi cumpleaños me regalaba una rosa, me decía que yo era tan bella como ellas. De ahí mi nombre. Quiero decir mi apodo —me corrijo—. La rosa se

convirtió en parte de mí, de mi alma. No teníamos dinero para regalos, así que para mí era lo más bonito.

— ¿Así que te llaman Bella?

—Solo los conocidos muy, muy, muy cercanos.

Evalúa mi respuesta y sigue sin más preguntando, me he librado de que se entere de mi nombre.

—Tuvo que ser maravilloso—me mira con añoranza.

—Un tiempo al menos, cuando yo era muy pequeña mi madre enfermó, una enfermedad muy rara y con un tratamiento que no nos podíamos permitir. Pasó un año con horribles dolores en la cama mientras yo sujetaba su mano y mi padre se mataba a trabajar para poder pagar un tratamiento imposible.

»Así que la vimos morir con la impotencia de no tener dinero, y de que la vida sin eso no vale nada. Fue muy duro, ambos lo pasamos mal, pero mi padre había perdido el amor de su vida, creo que si no hubiera tenido que cuidarme se habría ido detrás de ella. Pareció envejecer de golpe, pero siempre me trató con amor y dedicación aunque el día que ella se fue se llevó parte de él. Trabajó duro para que pudiera estudiar y seguir mis sueños, y se emocionó cuando por fin me gradué. Trabajé durante esos años para ayudar con mis gastos, bastante tenía con pagar los estudios que no es algo barato.

—Debe de estar muy orgulloso de la mujer en la que te has convertido.

Asiento y recuerdo el momento de la graduación, cuando lloró de lo emocionado que estaba, como yo le acompañé. Y mis ojos se vuelven acuosos.

—Lo está. El día de mi graduación se desmayó, pensé que podía ser de los nervios, o quizás de cansancio pero los médicos confirmaron que estaba enfermo, de lo mismo que se llevó a mi madre hace años. Y en ese mismo momento se me partió el corazón.

Adam sale de la carretera aparcando en el arcén y se gira para mirarme.

—¿Está bien? ¿Y tú? —frunce el ceño donde le salen unas arruguitas.

—Sí, ahora sí, al principio se me vino el mundo encima, pero ahora estoy trabajando para pagar su tratamiento. Cuando libro vengo porque necesito ver con mis ojos que está bien, y ayudarle con la comida. Es un mal cocinero, no quiero que esté comiendo porquerías.

—Lo siento tanto, Bella. Si puedo hacer algo, si necesitas ayuda para pagar el tratamiento. Lo que sea, me lo puedes decir.

Es sincero lo veo en su cara en como sus manos buscan las mías para consolarme y me siento tan mal por no contarle la verdad sobre mi trabajo. Me hace sentirme menos sola, como si no tuviera que cargar el peso del mundo sobre los hombros.

—Estoy bien, todo saldrá bien. Haría cualquier cosa para no perderle, es lo único que tengo.

—Ahora también me tienes a mí, que no se te olvide, cualquier cosa que necesites te la daré.

—Apenas me conoces —es lo único que consigo decir.

—Eso da igual, ya tienes un hueco dentro de mi corazón y te aseguro que nadie excepto Lumière y Din Don viven ahí.

Se me hincha el corazón al escucharle, no puedo separar mis ojos de los suyos, su boca que tiene una pequeña cicatriz sobre el labio superior me está llamando a gritos, estamos tan cerca que puedo sentir su aliento fresco sobre la piel. Noto que me atrae como un imán sus labios, sus ojos, deseo tocarlo, besarlo y saber que no es de mentira, que no es como los cuentos que siempre he leído. Nos acercamos un poco más cuando un coche pasa como un demonio junto a nosotros, tan rápido que se mueve el nuestro y reculo sobre mi asiento.

—Tú también tienes un lugar en el mío.

Es lo único que consigo decir antes de que continuemos el viaje.



Capítulo 14

Bella

Me despido de Adam en la puerta de mi casa y quedamos en vernos por la noche. Me siento mal por dejar a mi padre solo la primera noche que llego, pero Adam me ha traído hasta aquí solo para poder cenar conmigo. Es lo menos que puedo hacer, aunque sería una falsa si dijera que no lo estoy deseando.

Abro con mis llaves y escucho a mi padre canturrear.

—¿Papá? —grito para que sepa que estoy en casa no le vaya a dar un soponcio.

—¡Oh, Bella! Estoy aquí, cariño, en el jardín.

¿Cómo no iba a estar en su sitio preferido de la casa? Cuando le detectaron la enfermedad le dijeron que debería estar de baja hasta completar el tratamiento, no quería pero le convencí cuando le dije que podría pagar los recibos con mi nuevo empleo. Lo que no podría quitarle en ningún momento es su pequeño jardín que tenemos detrás de la casa. Aquí no tenemos la planta que le causó la enfermedad, y si no pudiera cuidar sus plantas sería como matarlo en vida.

Dejo mi bolsa en la entrada y me dirijo al salón para salir al jardín. Y ahí está de rodillas con sus gafas caídas sobre la nariz, y las manos y cara llenas de tierra. Las mejillas sonrojadas, y cuando levanta esos ojos tan luminosos de un color azul claro, casi grises pienso en la suerte que tengo de que sea mi padre.

Haber escuchado la historia de Adam, de como le trató su padre aún me hace amar más al mío. Sin pensar en las consecuencias que tendrá en mi ropa me tiro de rodillas frente a él, le abrazo y le doy un montón de besos por toda la cara manchada. Eso le hace reír y me aprieta fuerte entre sus brazos. Esta melodía sin duda es la más bonita que existe.

—Mi pequeña, ¡qué alegría verte!

—Y yo de verte a ti.

Aquí abrazándolo pienso en que vale cada vez que me he tenido que desnudar o bailar para extraños, es mi vida, mi familia el que me trajo al mundo junto a mi madre. Soy afortunada, y no permitiré que me lo arrebaten como ya me pasó.

—¿Qué haces? —le pregunto cuando me aparto un poco para mirarle a la cara.

—¿Sabes que tienes la cara llena de tierra?

—Claro, papá, porque tú la tienes igual.

Ambos nos reímos, se mete tanto en su mundo que no se da cuenta de que se pone todo pringado, como un niño pequeño cuando juega en el parque. Pasamos el resto de la mañana en su jardín, no he sacado su habilidad que tiene para la jardinería pero me encanta oírlo hablar, que me cuente cada proceso, el sol que calienta mi piel.

Después le digo que voy a preparar una comida rica mientras se da una ducha, la idea es comer y tirarnos a ver las películas antiguas que tanto nos gustan. He tenido que salir a hacer compra porque lo que he visto en la nevera todo tenía etiqueta de precocinado. Y he optado por unos buenos filetes, puré de patata natural y unas verduras salteadas. Le va a encantar, el problema es que él tampoco tiene mis habilidades en la cocina así que nos complementamos.

—¿Qué tal va el tratamiento? Me mata no poder acompañarte.

Me intereso mientras compartimos la comida en la vieja mesa de la cocina que ya ha ido perdiendo el tono azul que recuerdo tenía de niña.

—Bien, cariño. No te preocupes, hay una señora muy amable que lleva a su hijo a darse un tratamiento. Nos conocimos y desde entonces me recogen y me llevan ellos.

No sé si habrá notado que suelto aire por la buena nueva, me mataba saber que tenía que coger el autobús para poder ir. Doy las gracias porque exista gente buena.

—¿Y tú? Tienes ojeras, y has perdido peso. ¿Todo va bien? ¿Te gusta el trabajo? Sabes que si no es así puedes volver a casa, buscaremos otra manera de pagar el tratamiento.

Agarra mi mano y la aprieta y es sincero, estoy convencida de que preferiría morirse a saber que me desnudo por dinero. Cosa de la que no se enterará nunca, no lo necesita, él habría hecho cualquier cosa por mí.

—Sí, estoy bien, papá, es que tengo mucho trabajo y a veces me quedo hasta tarde, pero de verdad que está todo perfecto.

Me mira ladeando la cabeza me conoce mejor que nadie en el mundo así que decido cambiar de tema antes de que me descubra.

—Sabes, he empezado a ir al gimnasio.

Sus hoyuelos se marcan con la notica.

—¿Mi hija en un gimnasio? Siempre he pensado que lo odiabas.

—Bueno, no sé, entré por curiosidad, es un sitio pequeño, no uno de esos masificados y a que no sabes ¿qué es lo que entreno? —Levanta una ceja.

—¿Baile? —contesta indeciso a lo que yo hago una mueca.

—Boxeo, le doy duro al saco. —Y me río contenta recordando todos los momentos buenos que paso entrenando.

—No me lo puedo creer, mi pequeña boxeadora. Y por tu cara detecto que te gusta. —Parece más contento que si le hubiera tocado la lotería.

—Me encanta, a ver no voy a mentir, también es duro, pero me gusta cuando estoy ahí golpeando el saco, aprendiendo la técnica me libero de todo. Mi mente no divaga en otras cosas, me siento fuerte, como si pudiera enfrentarme a cualquier cosa.

Le cuento pensando en ello con una tonta sonrisa en el rostro. Me observa, se acomoda las gafas que como siempre le habían resbalado por el puente de la nariz.

—¿Tú has conocido a alguien?

Por eso digo que me conoce mejor que nadie en el mundo, para él debo de ser como un cristal transparente, por eso necesito tener tanto cuidado con el tema del trabajo.

—¿Tú cómo lo sabes? —Intento distraerlo con otra pregunta.

—Por que soy tu padre, te quiero, y aparte tienes un brillo especial en los ojos que la semana anterior no tenías. Desembucha.

Pongo los ojos en blanco mientras le sirvo un poco más de puré y verduras, intentando no mirarlo, se lo voy a tener que contar, pero me jode ser tan transparente.

—Se llama Adam, le conocí en el gimnasio.

Me meto una buena cuchara de puré en la boca.

—Bonito nombre, ¿qué más?

—¿En serio me vas a interrogar? —protesto como si fuera aún la niña a la que intentaba sonsacar información.

—Claro que sí, soy tu padre y quiero saber todo sobre el hombre que hace que tus ojos brillen así.

Creo que me he sonrojado, al menos eso parece por el calor que tengo en mis mejillas.

—Pues le conocí en el gimnasio, es el que me ha estado entrenando. Si le vieras como pelea contra el saco es mágico parece que danza en vez de que esté golpeando. Él... me ha traído este fin de semana y está en un hotel, todo lo ha hecho porque quiere invitarme a cenar.

Sus hoyuelos danzan de nuevo en su cara.

—Creo que me gusta ese chico, deberías traerlo a cenar, quiero conocerlo.

—Papá, no, no quiero que piense que busco algo más que una cita, ¿y si él no quiere nada más?

Se queda pensativo sopesando mis palabras.

—Está bien, ve hoy a cenar y se lo preguntas, pero déjame decirte algo. Puede ser que hayan pasado eones desde que no cortejo a una mujer, pero si ese chico ha hecho tantos kilómetros, se ha quedado en un hotel solo para ir a cenar contigo, eso es que le interesas de verdad.

—¿Tú crees? —pregunto entusiasmada.

—Así es, además, el hombre que conquistó a mi pequeña se va a llevar la flor más bonita de todo mi jardín, será un hombre afortunado.

No puedo evitarlo y me levanto para abrazarlo.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, princesa, ahora vamos a recoger y a ver una película que he comido tanto que dudo si iré andando o rodando.

Pasamos la tarde como más nos gusta, frente al televisor viendo reposiciones de películas antiguas. Al menos hasta que me he decidido a arreglarme. Quería dejarle cena a mi padre, pero me ha dicho que va a venir la mujer que le lleva al hospital a cenar. Tengo que investigar si hay algo más que una bonita amistad. Pero eso será ya mañana porque ahora mismo ya tengo bastantes nervios por la cita de esta noche.

Después de una ducha que ha incluido una buena depilación, creo que más por una psicosis que por que tenga pelo realmente ya que para trabajar en lo que me dedico no queda muy sexy tener pelos, me paso una hora de reloj cambiándome de ropa. La ropa que siempre me ha gustado llevar ahora me parece o demasiado seria, o demasiado informal, así que estoy entrando casi en una crisis de pánico.

Si Mérida no estuviera trabajando la llamaría, ella siempre va perfecta en cada ocasión, pero como no puedo me tendré que fiar de mi instinto. Al final me decido por un vestido negro, que se ajusta algo en el pecho y cae liso para hacer unas hondas sobre la mitad del muslo. Me recojo el pelo en un moño desenfadado que deja caer mechones sobre mi espalda y me maquillo muy natural. Nunca he sido de cargar mucho el maquillaje. Excepto en el trabajo, no me queda otra.

Faltan cinco minutos para las nueve cuando salgo de mi habitación y escucho risas que provienen del salón. Me acerco despacio, si vale, soy un poco cotilla para ver que está pasando. Cuando llego a la esquina del pasillo, que es donde están las habitaciones y el baño, con el salón se me desenfoca la mandíbula.

En el salón charlando animadamente están mi padre, una señora que a pesar de sus años es preciosa con un gesto amable y Adam. ¿Cómo es posible? ¿Habría salido mi padre a buscarlo? No creo ¿no? No he escuchado la puerta, pero ahora solo quiero que me trague la tierra y me escupa lejos de aquí.

Como si volviera a atener quince años y estuviera muerta de vergüenza porque mi padre está hablando con el chico que me lleva al baile, salgo de mi escondite. No quiero que encima me pillen cotilleando.

—Mi pequeña, no me habías dicho que Adam es tan majo.

Ahora sí, que me trague ya la tierra que se abra como el mar Rojo bajo mis pies. Va a saber que le he hablado a mi padre de él. Esto es una pesadilla, quizás si me pellizco me despierto de golpe.

—Sí, papá, lo es.

Contesto como puedo mientras me acerco a ellos.

Adam me da un beso en la mejilla cuando llego hasta él, y me entrega una rosa preciosa de color rojo.

—Estás muy guapa.

Y aquí está él tan tranquilo, y yo queriendo meter la cabeza bajo tierra como los avestruces.

—Gracias.

—Sí, hija, lo estás.

Bueno ya de perdidos al río, miro a mi padre con sus mejillas rojas antes de dirigirme a la mujer que le acompaña.

—Papá, ¿es tu amiga? No me habías dicho que era tan guapa.

Ella y Adam rompen a reír por como le he devuelto la pelota a su campo. Se sonroja más si eso es posible.

—Hija, esta es la señora Potts, y esta es mi hija Bella.

Miro a Adam por si se exrtaña de que me llame así y no Rebecca, pero parece enfrascado en el momento y no dice nada.

La sonrisa de ella inunda de luz todo el salón y algo me dice que también aporta la luminosidad a los ojos de mi padre.

—Encantada, señora Potts, mi padre me ha hablado de usted, no tengo palabras de agradecimiento por que le pueda llevar a su tratamiento ahora que trabajo tan lejos.

—Es un placer, Bella, tu padre me ha hablado mucho de ti. Llámame, Beatrice, por favor, es como si ya te conociera.

—Lo haré, Beatrice. ¿Nos vamos ya?

—Claro, he reservado para ir a cenar, pero no podía evitar entrar a conocer a tu padre con todo lo que me has contado sobre lo buen hombre que es.

—Gracias, hijo. Entonces, ¿mañana vendrás a cenar?

—Claro que sí.

Nos dirigimos a la puerta acompañados por Beatrice y mi padre, me da que estos dos se han hecho muy amigos esta noche.



Capítulo 15

Bestia

Quizás he sido demasiado atrevido entrando en la casa de Bella, curioso apodo, aunque me le pega totalmente. Me ha hablado tan bien de su padre, transmite tanto amor hacia él que debía conocerlo. Por otro lado, dice mucho de los sentimientos que tengo por ella, nunca en la vida he tenido intención de conocer a los padres de nadie, casi no quería ni conocer sus nombres. Para echar un polvo solo hace falta un tema de conversación.

La imagen que me ha mostrado era exacta a la que me había creado en mi cabeza cuando ella

me contó su vida. Y que decir cuando me ha invitado a cenar mañana, no sé, me he sentido raro, pero a la vez ha despertado en mí un cariño y una ternura enormes porque su padre quiera conocerme más, en vez de sacarme una escopeta y decirme que no me propase con su pequeña.

Cuando la he visto entrar con las mejillas sonrojadas no he podido evitar pensar que era la mujer más hermosa que he visto en mi vida, bueno ya lo pensaba cuando entrena también lo es, no por la ropa y el maquillaje, es por la luz que ha desprendido en su hogar.

Me he pasado la tarde paseando por la ciudad, nervioso como si fuera un adolescente que va a tener su primera cita. He pasado por un restaurante italiano pequeño, pero coqueto, y he recordado que me contó que adora la comida italiana, por lo que no he dudado en hacer una reserva y ahora nos dirigimos allí sin hablar mucho en el coche. Espero que no esté enfadada por haberme atrevido a llamar a su puerta, quizás siente que he invadido de alguna manera su intimidad.

No tardamos en llegar ya que Red Rose no es demasiado grande y no hay mucho tráfico.

—Estás preciosa —confieso cuando aparco el coche justo en la puerta.

Me dedica una sonrisa coqueta que hace que la vea aun más guapa.

—Tú también estás muy guapo.

No creo que sea para tanto ya que me he puesto unos vaqueros desgastados y por una vez una camisa blanca que acentúa el moreno de mi piel.

—¿Vamos? —pregunto deseando oír su voz.

—Sí.

Nos encaminamos al restaurante donde le abro la puerta, mucha gente pensaría que es algo anticuado, para mí significa tener buena educación y aunque mi padre no sé molestó nunca en enseñarme nada bueno, el que ejerció de como tal sí.

Nos llevan a nuestra mesa una junto a un gran ventanal desde donde podemos observar como las estrellas despiertan en ese cielo sin contaminación. Unas pequeñas velas adornan y a la vez desprenden un olor a vainilla que se mezcla con la comida hecha en horno de piedra.

—¿Qué quieren beber? —nos pregunta un camarero entrado en años y kilos.

Espero a que sea ella la que conteste.

—Una cerveza bien fría, por favor.

—¿Y el señor?

—Otra, por favor.

Agradezco que no pidiera vino, nunca me ha gustado, bueno, miento, me gusta, entra suave

pero luego hace estragos en la cabeza.

—¿Estás enfadada? —interrogo mientras noto que mi rodilla roza la suya.

Abre mucho los ojos antes de contestar.

—No, ¿por?

—Por haber llamado a tu puerta para conocer a tu padre. Lo siento, no quiero que pienses que de alguna manera quería invadir tu intimidad, pero no sé, me hablaste tanto de él que pensé que lo correcto era que supiera con quien iba a estar su hija y así estuviera tranquilo.

—Creo que es lo más bonito que nadie ha hecho por mí, además no he hablado con él y te aseguro que ya eres una de sus personas favoritas.

—¿Tú crees? No me conoce, podría ser un loco secuestra hijas —río.

—No, tiene muy buen ojo para las personas, cosa rara en una persona que la mayor parte de su vida se lo ha pasado con plantas.

Ambos reímos divertidos con lo que dice.

—De verdad, gracias. Estoy segura de que ha sido importante para él.

Vuelve el camarero con las bebidas y nos toma nota de la comida. Mientras Bella pide una lasaña de setas yo me decido por una pizza con todos los ingredientes, como entreno tanto como por dos.

Comemos charlando de esto y de aquello, conociéndonos más, es tan divertida y sincera que me doy cuenta de que me encanta estar con ella. Me paso la cena mirando esos labios que me llaman como un faro a un náufrago. El de arriba más fino pero perfilado, el de abajo carnoso, *mordible*. Si lo ha notado no da muestras de ello, pero yo me muero por besarla.

Después de cenar decidimos dar un paseo por un parque donde puedo ver como la luz de la luna se refleja en su cabello color chocolate.

—¿Me escuchas? —me pregunta divertida.

Se ha detenido y la miro desde arriba ya que soy más alto que ella.

—Lo siento, me había perdido mirándote, no puedo evitarlo.

Se sonroja, me gusta las mujeres que suelo frecuentar no creo ni que recuerden que es eso.

—No te preocupes, tengo que reconocer que a mí también me pasa.

Mientras hemos hablado nos hemos ido acercando sin darme cuenta. La tengo tan cerca que noto el calor que desprende su cuerpo a través de la tela del fino vestido, el mismo que llevo toda la noche pensando en que quiero arrancarlo y hundirme entre sus piernas.

Lento me acerco hasta su boca, me muero por besarla, si me rechaza sabré aceptarlo, pero sino lo hago no podré pensar en otra cosa. Ella sonríe y me poso sobre sus labios al principio despacio, como una primera toma de contacto, para ver como soy recibido.

Me separo despacio para poder mirarla a los ojos y ver su reacción cuando una mano me agarra de la nuca y me devuelve el beso más fuerte, con hambre. Mis manos la rodean por la cintura adaptándose a su perfecto contorno. Mi lengua desesperada por su sabor se abre paso entre esos labios llenos y cuando encuentro la suya me estremezco al sentirla de esa manera. Es mucho mejor de lo que he soñado en todo este tiempo.

Pasa ambas manos por mi cuello clavando su pecho contra mi cuerpo, esos pechos grandes pero firmes se restriegan contra mí consiguiendo que mi respiración ya por sí alterada se desboque. Sin meditarlo ando mientras no libero su boca, me mordisquee el labio inferior y gruño de placer contra ella.

—Me vuelves loco, Bella.

Susurro en su oído mientras mi boca busca desesperado su cuello, donde reparto besos, la lamo hasta la clavícula y le mordisqueo en un lugar sensible consiguiendo arrancarle un gemido y doy fe de que nunca he escuchado nada más delicioso.

Chocamos con algo, es un árbol grande y firme que nos aporta su apoyo ella se frota contra mí y mi polla empuja contra los pantalones deseando también probarla. Mis manos se dirigen a sus pechos que suben y bajan por el momento. Los acaricio por encima del vestido cuando lo único que deseo realmente es hundir mi cara entre ellos. Como si me leyera la mente saca uno de la copa del sujetador. No dudo en atraparlo con mi boca, mientras mi otra mano se encarga del que está cubierto.

El pezón está duro, lo lamo en todas las direcciones, me vuelve loco los ruiditos que hace Bella con las atenciones que le dedico, lo mordisqueo y cuando le arranco un gemido pienso que me voy a derramar en los pantalones como un niño.

—Deberíamos ir a mi hotel aquí nos puede ver alguien —susurro en su oído y le mordisqueo el lóbulo.

—Me da igual la gente, te necesito ahora, aquí mismo. Desde que te conozco he pensado en cómo sería sentirte dentro de mí bombeando fuerte.

Oírla decirme eso termina de desatar el animal que llevo dentro y que está perdidamente colgado de esta chica. Con la poca cordura que me queda me la saco, está hinchada, dura y algo humedecida en la punta del capullo. Me pongo un condón mientras Bella me besa por el cuello.

—Nuestra primera vez esperaba que fuera tierna, pero prometo que la tendrás.

—Fóllame o te mato.

Nos reímos antes de agarrarla por el culo y dejar que me rodee con sus piernas. Mi mano se dirige a ese lugar que estoy deseando devorar y está tan húmedo que me estremezco. La acaricio

en toda su longitud dando un pequeño pellizco en el clítoris que está hinchado.

—No podré ser suave, te deseo demasiado.

—No quiero que lo seas.

Y con eso me introduzco todo lo despacio que mi poca cordura me deja, aprieto los dientes al sentir como ella acoge mi polla, está tan prieta, tan caliente, que creo que voy a perder la cabeza. Gime cuando entro del todo y la lleno.

—Mírame —le ordeno.

Sus ojos se abren acuosos por el deseo salgo despacio y ella mueve las caderas para que me clave hasta el fondo de nuevo.

—Bien, si es lo que quieres, princesa.

La miro con sonrisa lobuna y empiezo a embestirla de forma brutal, como la bestia que llevo dentro, como la que soy. Tengo la piel sensible y cualquier caricia me excita aún más, huele a sexo, a sus fluidos a los míos, y la tengo mirándome mientras la embisto una y otra vez. Me va apretando más, y más, está cerca del orgasmo. Por lo que acelero aún más el ritmo, a mí me está costando horrores no correrme con tan solo mirarla. Es lo más exquisito que he sentido nunca.

Cuando noto que se libera yo también me dejo ir gruñendo por la explosión de placer que me recorre desde la polla subiendo por mi columna vertebral, nunca, nunca, en todo el sexo que he tenido he sentido nada parecido.

Me tiemblan las piernas, no por su peso, para mí es ligera pero si por la descarga de adrenalina. Así que con cuidado me siento y la llevo encima de mí sin sacarla de su interior. Me gustaría quedarme así para siempre.

Beso sus labios apasionadamente y ella me corresponde. Cuando terminamos le acaricio la cara que tiene algunos mechones que se han soltado de su cabello y se pegan a su cara por el sudor. Mirándola así me doy cuenta de que siento algo fuerte por ella.

—¿Un beso por tus pensamientos? —me dice ella aún con su respiración agitada.

—¿Solo uno? No sé yo.

Me río y ella me golea también divertida.

—Estaba pensando en que me gustas mucho, quizás demasiado.

—¿Demasiado? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Sí, no te voy a mentir, siempre he sido de rollos de una noche, pocas veces he repetido y mucho menos he tenido ganas de tener nada más que sexo. Pero contigo es distinto. Quiero... quiero ser suficiente para ti, para que quieras estar conmigo.

Me siento como un niño, torpe, confesando el amor a una chica por primera vez en mi vida. Ella me mira tierna con esos ojos tan grandes que me pierden.

—¿Por qué yo? —Quiere saber algo desconfiada.

—Porque eres especial, no sé, tu forma de ser, como me haces reír, contigo me siento que puedo ser yo mismo, siempre he desconfiado de todo el mundo porque sé lo fuerte que la vida te golpea, pero no siento que contigo tenga que ser así. Me haces querer ser mejor persona.

—Adam, tú también me gustas mucho. Con todo lo de mi padre no tenía ningún pensamiento de que podría encontrar a alguien, me había olvidado de mí, pero entonces te conocí y te metiste en mi cabeza. Bestia, el príncipe del dolor. Espero que no me rompas el corazón.

—Antes me moriría, princesa.

No sé el tiempo que pasamos besándonos, abrazados, con ganas de más, pero yo solo puedo pensar que nunca he sido tan feliz.



Capítulo 16

Bella

Ya en mi cama acomodada abrazando a la almohada como si fuera el hombre con el que he compartido un momento mágico no hay otra manera de describirlo. Aún me da un poco de vergüenza al recordar como le he pedido que me empotrara contra un árbol, pero que me quiten lo bailado.

Me gusta, me gusta mucho, quizás demasiado. Da un poco de miedo, sin embargo estoy dispuesta a disfrutarlo el tiempo que dure aunque en algún momento me pueda doler el corazón.

Y no me ha pasado desapercibido el hecho de que me llama Bella, tal y como le he dicho que hacen las personas de mi círculo cercano.

Rememorando cada momento de esta noche me quedo profundamente dormida.

A la mañana siguiente mi padre se siente vigorizado, por lo que decide que me acompaña a hacer la compra para la cena, no se me escapa la manera en que me hace preguntas para sacarme información sobre mi cita, tampoco las múltiples veces que deja caer lo bien que le ha caído Adam. Creo que se ha convertido en su fan número uno. Tampoco es que haya tenido mucho donde elegir ya que no he traído muchos chicos a casa, siempre estuve centrada en trabajar y estudiar.

Le invito a comer y luego nos vamos a descansar un rato ya que yo no he dormido mucho y él por la enfermedad tampoco está hecho un chaval. Ya por la tarde después de una siesta reparadora un té de frutas mi padre quiere ayudarme a cocinar porque de repente ha decidido que debería aprender a cocinar a mí me da en la nariz que hay otro motivo.

Ponemos un gran pollo a asar, preparo patatas asadas que quedaran muy ricas con la salsa del pollo, verduras y un postre cremoso de nata y fresas. Está atento a todo, solo le falta tomar nota, pero tengo que reconocer que me encanta hacer esto con él, le echo mucho de menos. Siempre hemos sido solo él y yo contra el mundo, estar tan lejos me hace apreciar mucho estos momentos.

Nos damos una ducha y nos cambiamos mientras la cena se termina de hacer, y luego nos sentamos a esperar. Me ha dicho que viene la señora Potts a cenar pero no hay problema porque tengo comida para un regimiento.

Le veo sonriendo mientras toquetea el móvil y algo se me pasa por la cabeza.

—Papa, ¿qué hay entre la señora Potts y tú?

Se queda quieto como si hubiera visto un fantasma y aguanto una risita.

—Nada, solo me lleva al médico y eso.

Sus mejillas de por sí sonrosadas aumentan su color.

—Quiero que sepas que me parecería bien si hubiera algo más.

Agacha la mirada, luego se sube las gafas para colocarlas cuando me mira algo avergonzado.

—Es una mujer muy atenta, me gusta hablar con ella, es divertida y es agradable pasar tiempo con ella, pero...

Tengo que echarle una mano.

—¿Pero? Se la ve una mujer muy buena.

—Me da cosa, tu madre fue el amor de mi vida, nunca conoceré a nadie como ella. Y a veces

tengo la sensación de que la estoy engañando.

Así que es eso, veo como se le ponen cristalinos los ojos, siente que falla a mí madre.

—Estoy segura de que mamá sería feliz de que encontraras a alguien, una compañera de viaje, papá. Eso no significa que no la quieras, pero te mereces ser feliz, llevas demasiado tiempo solo.

—¿Tú crees? —pregunta y parece que hay algo que podría ser esperanza en su voz.

—No creo, estoy segura. Además, me gusta mucho y es muy guapa. No me digas que no te has dado cuenta, porque no te creeré.

—Sí que lo es ¿verdad?

No nos da tiempo a contestar cuando suena el timbre. Se levanta y se estira la camisa que se ha puesto, ahora soy consciente de que se ha está muy guapo con su pantalón de vestir y todo. El pelo blanco peinado está adorable.

—Yo voy.

No me da tiempo a contestar cuando se dirige a la puerta estoy tan feliz que creo que podría hasta volar. Oigo unas risitas desde donde estoy antes de que venga con Beatrice de la mano y los dos con una sonrisa de felicidad que no les entra en la cara.

—Hola, Beatrice. ¿Qué tal? —me levanto para recibirla y le doy un beso en la mejilla.

Lo siento mucho pero lo tenía que hacer, y no le doy un abrazo porque no quiero ser demasiado intensa, lo que no descarto es que no lo haré cuando salga.

—Bien, cariño. ¿Y tú? ¿Cómo fue tu cita?

—Ni preguntes, no suelta prenda llevo todo el día intentando que me cuente algo.

—Porque no tienes ni idea, eso son cosas de chicas, porque no me pones un vino fresquito vengo seca.

—Qué fuerte me parece, me distraes para que vosotras dos podáis charlar a vuestras anchas.

Ella le da un beso en la mejilla y parece que se va más contento. Nos sentamos en la isla de la cocina, no es que vayamos a estar muy lejos de él para que no nos escuche.

—Venga, desembucha.

Beatrice tiene una forma de ser que te dan ganas de achucharla, como si fuera una madre a la que te apetece contarle todo.

—Muy bien, creo que me gusta mucho, bueno, mejor dicho sé que me gusta mucho.

—¿Y él?

—Uf, creo que sí, pero eso es difícil saberlo, ¿no?

—No te creas, yo estuve muchos años casada hasta que mi marido falleció y siempre me miró como si fuera lo más bonito que hubiera visto, eso y lo que se preocupaba por hacer cosas contigo. Aunque sea ver una película en la televisión en vez de estar mirando el móvil. Me enrolla, perdóname, me refiero que el amor está en los pequeños detalles.

Pienso en ello, y creo que tiene razón. Me ha abierto su corazón, me contó su vida, cada día pierde tiempo de su entrenamiento para enseñarme, por Dios ha venido conduciendo hasta aquí para poder tener una cita conmigo y se ha quedado en un hotel. Entró para conocer a mi padre.

—Tienes razón. —Aprieta mi mano por el lateral de la isla cuando mi padre vuelve con tres copas y una botella de vino.

Ella sonrío y él la mira, la mira como si fuera lo más bonito del mundo.

Suena la puerta, el corazón se me acelera pensando que es Adam. Me levanto y me estiro la camisa que me he puesto con unos vaqueros. Me coloco un mechón detrás de la oreja y me da la sensación de que estoy temblando. Miro a mi padre.

—Estás preciosa.

Y me siento como una niña nerviosa cuando me dirijo a la puerta. Oigo como cuchichean y se ríen. Giro para mirar y se están dando un piquito, me muero de amor por ellos. Se lo merece más que nadie en el mundo.

Respiro un par de veces antes de abrir la puerta con mi mejor sonrisa cuando le veo, tan guapo, con una camiseta y unos vaqueros, esa sonrisa torcida que me hace suspirar y en su mano tiene una rosa, no un capullo, es una rosa enorme de color roja.

—Es para ti, espero que a tu padre no le importe, sé que siempre te regala una por tu cumpleaños, pero tiene razón eres más bonita que ellas.

Había pensado mucho en que haría cuando le viera, le saludaría, o quizás le daría un beso rápido no sabía si tendría vergüenza, o como estaría él, pero en este momento todo está tan claro. Me tiro a sus brazos, menos mal que es rápido y quita la rosa a tiempo para recibirme. Me rodea fuerte y me besa, un beso tan apasionado que calienta mi sangre.

—Gracias, es preciosa.

—Gracias a ti.

Contesta sin soltarme. Podría quedarme aquí toda la noche entre sus brazos cuando una voz nos llama.

—¿Te ha secuestrado Adam? Si es así nosotros cenamos —bromea mi padre y los dos nos reímos.

Le acompaño sin soltar su mano a la cocina.

Comemos entre bromas y risas. No recuerdo cuando fue la última vez que estuve tan feliz.

—Hija, quizás si a Beatrice le viene bien podríamos ir a veros unos días en vez de que tengas que venir tu siempre.

—Oh, que buena idea, Maurice, me encantaría.

En ese momento casi me atraganto, no pueden venir a verme, no tengo una casa como mi padre se piensa para que puedan quedarse, ni trabajo en una editorial donde mi padre sin duda querría venir a verme para sentirse orgulloso. Toda la felicidad que había sentido se esfuma, nunca me ha gustado mentirle y ahora no sé qué voy a hacer.

—Sabes que me encantaría, papá, pero vivo en un apartamento muy pequeño. Duermo en el sofá que se hace cama.

Vuelvo a mentir y el estómago se me revuelve. Adam debe notar algo en mi rostro porque intenta ayudar.

—No pasa nada, podéis venir cuando queráis, os quedaréis en mi casa. Es más hay sitio para todos cuando vengan vente tú también, Bella.

Me obligo a sonreír, es tan bueno y yo le estoy mintiendo, lo hago con todos.

—Gracias, hijo, si es que eres el mejor yerno que se puede pedir.

—¡Papá! —le regaño al final nos casa antes de que termine el fin de semana.

—Bella, no pasa nada, me encanta formar parte de esta familia.

Venga esto cada vez se complica más. Me encanta escuchar que piensa eso, pero joder, cuando descubra que es todo una mentira todos me van a odiar, incluida la novia de mi padre. Sonrío y él me quita un mechón de pelo de la cara colocándolo tras la oreja.

—Pues no se hable más, cuando queráis venir solo tenéis que decírnos.

No se me ocurre que otra cosa decir, ya me inventaré algo, total me estoy convirtiendo en la reina de las mentiras. Después de la cena hacemos sobremesa, y cuando llega la hora de despedirnos mi padre insiste en que se quede. Que no es ningún anticuado y que podemos dormir juntos.

En cualquier otro momento habría sido feliz, pero ahora me encuentro fatal por todo lo que está pasando, por una vez podría ser la mujer más dichosa, pero tengo que elegir entre salvar a mi padre o contarle todo a Adam y rezar porque me perdone.

Sin duda tengo que salvar a mi padre, quizás dentro de un tiempo cuando consiga pagar su tratamiento pueda tener una vida normal, a lo mejor si Adam no lo descubre podríamos ser una pareja, quizás hasta podré ser feliz.

Qué difícil es elegir entre dos hombres a los que amas.



Capítulo 17

Bella

La noche fue maravillosa, no hicimos el amor, solo nos abrazamos. Y aunque no he pegado ojo, sentirlo de aquella manera ha sido muy especial. Mi padre y Adam han preguntado varias veces qué me pasaba, que tenía mala cara y como no, he vuelto a mentir sobre que tomé demasiado vino.

Antes de irnos mi padre le ha hecho prometer a Adam que volverá, y él sin dudar le ha dicho que siempre que yo se lo permita vendrá. Que se ha sentido como en casa. La culpabilidad sigue

en mi estómago como si fuera una piedra.

El viaje de vuelta ha ido bien, no hemos hablado mucho alegando que estaba revuelta y cuando hemos llegado a la puerta del gimnasio casi me he alegrado. No me quiero separar de Adam, pero necesito pensar cómo arreglar esto, y hacer que funcione. Me acompaña hasta mi coche, me abraza y me besa tiernamente.

—Muchas gracias por este fin de semana —me dice mientras me sonrío.

—Gracias a ti, ha sido tan especial. No tengo palabras.

—Para mí también, ¿te veré mañana para entrenar?

Al menos no ha dicho nada de esta noche, tengo que trabajar y no sabría ni que excusa ponerle.

—Claro que sí, seguro que mañana estoy mejor para patear ese bonito culo que tienes.

Me gano un pellizco en el mío.

—Ahora me pasaré todo el día pensando en hacértelo contra el saco —me dice en el oído mientras mordisqueea mi oreja.

—Pervertido —bromeo y le robo un beso.

—Hasta mañana, preciosa.

—Hasta mañana.

Me monto en el coche cuando suena una notificación. Miro y es un mensaje de Gastón.

«Cuando vuelvas pásate por mi despacho, por favor».

Qué raro, quizás ha vuelto Mérida y por eso quiere hablar conmigo. Me dirijo hacia allí, pensando en todo lo ocurrido el fin de semana, en mi padre y Beatrice, en Adam, me acabo de despedir y ya estoy deseando ver de nuevo esos ojos juguetones. Creo que estoy pillada hasta las trancas.

Cuando llego al club, dejo las cosas en mi cuarto y subo al despacho de mi jefe, por el tono del mensaje parecía algo importante. Espero que no haya pasado nada, la verdad es que no he recibido ningún mensaje de mi amiga y eso es raro.

No me he dado ni una ducha y después del viaje me noto algo pegajosa, espero que no se alargue mucho y pueda descansar un rato antes del trabajo. Llego a su despacho y el guardia que está en su puerta me saluda con un asentimiento de cabeza, la verdad es que nunca he entendido que tenga siempre seguridad, ¿quién le haría daño en su propio local?

Toco suavemente con los nudillos, y me invitan a pasar. Como suele ocurrir cuando entro está hablando por teléfono, imagino que será por algo de trabajo, está muy serio. Me fijo en que está

guapo aunque después de lo del fin de semana no es más que eso, no siento una atracción. Me hace un gesto para que me siente enfrente de él y así hago. Me fijo en como frunce el ceño, parece que la conversación le tiene cabreado. Cuando cuelga se gira para hablarme y sigue poseyendo ese brillo de enfado en sus ojos oscuros.

—Hola, Bella. Perdona por hacerte esperar.

Sus palabras son amables, pero el tono no lo parece.

—No te preocupes. ¿Querías verme? —le sonrío para intentar relajar un poco el ambiente.

Espero que no esté enfadado conmigo, si me despide no sé qué haría para pagar el tratamiento de mi padre.

—Sí.

—¿He hecho algo? —Ahí está mi lengua más rápida que mi pensamiento.

—No, ¿por? Solo quería saber qué tal te fue el fin de semana con tu padre.

Respiro tranquila, menos mal que solo se trata de eso.

—Bien, la verdad es que mucho mejor. Quiso aprender a cocinar y creo que tiene una medio novia.

No sé porque se lo cuento pero es lo menos que puedo hacer si se preocupa por su estado.

—¡Qué buena noticia! Me alegro mucho.

Sonríe, pero no le llega a los ojos, es forzado.

—¿Tú estás bien? Pareces enfadado por algo.

Cambia la expresión como intentando disimular.

—Bien, solo son cosas de trabajo, ya sabes.

Se levanta y se acerca a donde estoy para sentarse en la mesa, muy cerca de mí.

—He pensado en hoy darte la noche libre, y podríamos ir a cenar. ¿Qué te parece?

La forma en que lo dice me da a entender que no me lo está preguntando, quizás debería aceptar, pero no quiero darle esperanzas porque no quiero nada con él, debo dejárselo claro de una manera que no se cabreé aún más. No me puedo quedar sin trabajo.

—Yo, verás no quiero que te lo tomes a mal, me caes muy bien, pero no deberíamos mezclar las cosas.

Una sonrisa lobuna aparece en su rostro.

—Ya... entonces consideras que no soy lo suficiente bueno para ti.

—No, no he dicho eso, solo que creo que es mejor dejar nuestra relación como está. Sabes cual es mi situación y no quiero complicarme más las cosas.

Sigue sonriendo de una manera que hace que mi interior se estremezca. Coge mi barbilla con demasiada presión, no me atrevo a quitarme. Hay algo en él peligroso, no entiendo porque no me he dado cuenta hasta ahora.

—No quieres más complicaciones ahora, ¿verdad? Sin embargo no te ha importado irte con otro tío a cenar y follar en medio de un parque, ¿eso no te complica?

Todas las alarmas saltan en mi cabeza, no sé cómo demonios sabe eso, ha debido mandar seguirme, quizás él mismo. No está bien de la cabeza, ¿dónde cojones me he metido?

—Lo que haga en mi vida privada no es asunto tuyo, no tienes derecho a seguirme ni a acusarme de nada.

Intento que se me note segura, que no piense que tengo miedo pero la verdad es que estoy acojonada.

—¿Eso crees? Entonces, ¿por qué me diste esperanzas el otro día? O es que solo buscas ir calentando pollas.

Me levanto de golpe empujando la silla para atrás tan fuerte que casi se cae. Debo salir de aquí como sea, esto no me gusta, este hombre es peligroso. Me viene a la mente la chica que conocí, como estaba asustada, su mirada de miedo absoluto golpea fuerte en mi cabeza.

Aprovecho la sorpresa para intentar alejarme, debo marcharme echando hostias de aquí o algo muy malo me va a pasar, esa idea ruge dentro de mí. Me giro para correr hacia la puerta no lo suficiente rápido porque Gastón me agarra y tira de mí tan fuerte que quedo pegada a su pecho.

—Te aseguro que cuando termine contigo vas a preferir estar conmigo.

Mi corazón late tan rápido que parece que se va a salir del pecho, tengo sudor frío en la espalda mientras veo como la puerta se abre dando paso a unos tipos vestidos como los de seguridad del local, sin embargo a estos no los conozco. No los había visto nunca.

—Suéltame, no compliques esto más, me iré, nunca sabrás de mí, te lo juro.

—Oh no, cariño, tú te vas a quedar aquí.

Todos los hombres sonríen, sus ojos brillan mientras me miran, incluso alguno se relame. El miedo amenaza con atenazarme, pero algo me dice que debo luchar, de lo contrario estaré muerta. Me revuelvo con todas mis fuerzas, no se lo por lo que consigo soltarme de su agarre y correr tan rápido que espero poder pasar entre la pared de seguridad que hay junto a la puerta.

Mala idea, me choco con ellos como si fuera una pared de hormigón. Echo mano de todo lo

que me ha enseñado Adam en los entrenamientos. Uno de ellos va a cogerme y lo esquivo, le pego un puñetazo con todas mis fuerzas en la mandíbula que le hace sangrar. Eso hace que dejen de reírse como imbéciles, cuando otro se lanza a por mí desde atrás. Me giro pivotando sobre mis pies y golpeo en sus costillas, siento que mi mano va a estallar en mil pedazos como el cristal al romperse, pero da igual debo salir de allí.

—¡Dejáis que una mujer que es mucho más pequeña que vosotros os pegue! —grita Gastón muy enfadado—. Cogedla.

Intento golpear de nuevo cuando uno me coge del pelo y me hace gritar, aunque me revuelvo me es imposible soltarme, me tiene agarrada con tanta fuerza que es inamovible. Tiro mordiscos, patadas, mientras grito desesperada, no me gusta esto, quiero irme, estar lejos de aquí, en casa con mi padre.

Me inmoviliza cogiéndome por detrás de los brazos y me voltea para que pueda mirar a su jefe. Su expresión contiene tanta maldad que no entiendo como no me he dado cuenta antes, siempre tan preocupada por mi padre que no comprendí que me metía en la guarida del lobo.

Se acerca hasta mí, y pasa una mano por mi pecho apretándolo tan fuerte que me hace gritar de nuevo.

—Eres una fierecilla, Bella. Mucho mejor, prefiero ese fuego a la chica tímida que vino aquí suplicando por un trabajo.

Me retuerzo intentando alejarme de su agarre sin éxito.

—Tienes una última oportunidad, ¿quieres estar conmigo?

No lo pienso ni por un segundo y le escupo en la cara con una saliva que no pensaba que tuviera ya que tengo la boca seca de tanto gritar, seguro que este cabrón tiene el despacho insonorizado. Antes ni siquiera de limpiarse me da un bofetón con el revés de la mano que me parte el labio y la sangre salpica la alfombra.

—Bien, ahora mis hombres te van a follar tan duro que cuando terminen contigo rogarás que te perdone y te lleve a mi cama.

—Antes muerta que estar con un monstruo como tú.

La rabia es más grande que el miedo por la amenaza que me ha hecho. Seguro que sus hombres no harán eso, ¿verdad? No puede ser, esto es una pesadilla. Se va derecho a su mesa y se sienta tranquilamente mientras se limpia mi escupitajo con un pañuelo de tela.

—Tranquila, te violaran tantas veces como sea necesario para que accedas, o quien sabe, quizás tienes suerte y mueres antes. —Se encoge de hombros mientras hace una señal con la cabeza.

El tío que me sujeta me lleva contra la mesa y hace que me agache golpeando mi cabeza contra el cristal, de tal forma que mi mirada queda justo dirigida a su jefe. No voy a llorar, eso es

lo que pienso, no le daré ese gusto. Al menos eso espero, el miedo me carcome por dentro como una enfermedad. Mi cabeza no consigue razonar que esto esté ocurriendo. El hombre que me ha arrastrado hasta ahí sujeta mi cabeza tan fuerte que no consigo moverme.

Unas manos tiran de mis mallas hacia abajo, con tal fuerza que se llevan la ropa interior con ellas. Mi cuerpo tiembla, miro con odio a Gastón, ¿cómo puede hacer esto? No suplicaré, no servirá de nada, no me da tiempo a pensar en más cuando unas manos separan mis nalgas y se clava en mí como si se tratara de un cuchillo.

El dolor me desgarran desde dentro, grito, no quiero llorar, pero las lágrimas amenazan con escaparse cada vez que ese hombre embiste dentro de mí como si fuera una puta muñeca hinchable. Nunca en mi vida me he sentido más vulnerable, sucia, un líquido corre con mis piernas y sé que es mi propia sangre, el hijo de la gran puta lleva condón.

—¿Te gusta, cariño? —pregunta el desalmado que me ha metido en esto.

Cierro los ojos, no quiero verlo, solo quiero morirme, ni siquiera eso me deja. Me golpea en la cara para que le vuelva a mirar. Llora, llora por la pena, el asco y el dolor que me produce cuando uno tras otro viola mi cuerpo, mi alma, como pueden hacer esto a una mujer, es inhumano. La rabia me abandona, solo siento pena, cada embestida que recibo en mi maltrecho cuerpo es como si me arrancara un trozo de mi alma. Como si la rosa que mi padre siempre me dijo que era perdiera uno a uno sus pétalos sin posibilidad de recuperarse nunca.

Solo rezo por que la muerte llegue pronto, no quiero vivir, no después de esto, los ojos enfermos de Gastón me miran enfadados, quería estar conmigo, pero prefiere que me violen todos sus hombres antes de aceptar que no quiero nada con él. En este momento tan rota como estoy pienso si no habría sido mejor aceptar su oferta, pero me doy cuenta de que no, también me habría violado él. Es lo último que pienso cuando una oscuridad inmensa me traga, al menos dejo de sentir.



Capítulo 18

Bestia

El fin de semana con Bella ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Ella, su padre y Beatrice, me he sentido de verdad como en casa, como si tuviera una familia. Tengo la sensación de que ella me oculta algo, lo noto en sus silencios, en como rehúye a veces mi mirada, no sé qué es, pero me gustaría que confiara en mí lo suficiente para saber que puede contarme cualquier cosa.

Por ese motivo cuando ya me he despedido y la he dejado en su coche, una parte de mí de la

que no estoy orgulloso ha decidido seguirla. No quiero entrometerme en su vida, seguro que no es nada raro, pero también pienso que puede estar metida en algún problema y le puede dar vergüenza contármelo. Si alguien le hace daño soy capaz de cualquier cosa...

«Solo quiero ver que llega a su casa, que está segura», me digo a mí mismo mientras la sigo a una distancia prudencial. Si me viera Lumière me echaría una buena charla, no quiero parecer un psicópata que sigue a la chica que le gusta para controlarla, pero la intuición me dice que algo pasa. No creo que sea que tiene a otro, que también podría ser, tampoco nos conocemos tanto, pero lo dudo. Me ha metido en su casa, me ha presentado a su familia, hemos dormido abrazados en la casa de su padre.

La sigo unos kilómetros, hasta que empieza a ir por un camino que conozco muy bien, cuando aparca en el estacionamiento del club siento un golpe en el pecho. ¿Qué podría hacer Bella en este lugar? Quizás conoce a alguien aquí, no puedo pensar mal. Al menos lo intento porque que veo que coge su maleta y se adentra en el lugar.

Una parte de mí está muy cabreada, otra piensa que seguro que hay una explicación razonable, por lo que decido esperar dentro del coche, más lejos de donde lo hizo ella. Quizás no ha querido dejar la bolsa en el coche por si alguien le roba, no es lo normal este maldito sitio tiene mucha vigilancia pero podría ser. Espero y espero mientras mis nudillos se quedan blancos de tanto apretar el volante. Algo va mal, lo sé, no sé qué es exactamente, pero lo puedo notar dentro de mí.

Cuando estoy hasta los huevos de estar ahí parado decido entrar, voy a enterarme de qué está pasando aquí, puede que Bella esté metida en un lío, si es así yo la ayudaré. Me dirijo al lugar donde los guardias me saludan y me dejan pasar. Aún queda un rato para que abran pero me conocen bien y no ponen impedimento.

Una vez dentro busco con la mirada en todas las direcciones por si la veo, me acerco a un guardia que hay dentro.

—Hola, ¿has visto a Bella?

Pregunto directamente, si la conocen me lo dirá.

—No, no desde que llegó.

Esas palabras confirman que la conocen, ¿Por qué coño la conocen?

—¿Sabes dónde está?

Intento controlar la ira a través de mis palabras, algo que me está costando horrores, no es lógico pero me dan ganas de golpearlo y a cualquiera que se cruce en mi camino.

—No, pero seguro que el jefe lo sabe. —Se encoge de hombros el joven, no lleva mucho tiempo aquí, así que decido dejarlo pasar.

—Bien.

Es lo único que contesto cuando me dirijo al ascensor para subir al despacho de ese desgraciado, nunca me ha caído bien pero mi padre siempre confió en él, y mi falta de ganas de ocuparme de este antro me hizo dejarle al mando. Quizás debería haberlo demolido hasta los cimientos cuando el bastardo falleció.

Nadie me detiene, saben quien soy y que su puesto de trabajo depende de que no me toquen los cojones. De todos los putos lugares que hay, justo ha tenido que venir aquí, a mi jodido club. No me puedo creer la suerte que tengo, nunca la he tenido la vida parece que juega conmigo a un enfermizo juego.

Subo hasta arriba y no me detengo hasta llegar al despacho de Gastón, cuando voy a entrar sin llamar sale él. Seguro que me ha visto por las cámaras de seguridad, a saber qué cojones está haciendo en su despacho. No paso mucho por aquí, pero es sabido por todos que le gusta montárselo con sus empleadas, le tengo un asco que no puedo con él. Quiero pensar que las chicas se acuestan con él por voluntad propia, no porque abusa de su puesto de poder.

—Hola, Adam. ¿Cómo tú por aquí? No recuerdo que hubiéramos quedado.

Me dice en un tono inocente que sé que es mentira, nada en él es inocente.

—No, no hemos quedado, pero tengo que hablar contigo. ¿Conoces a Bella?

Sus ojos sonríen y me dan ganas de golpear su boca hasta que salten todos sus dientes.

—Sí, ¿por qué? Vamos a tomar algo mientras hablamos.

—Aquí las putas preguntas las hago yo.

—De acuerdo, jefe. —Levanta las manos a modo de rendición pero sigue divertido, de tal forma que parece que me grita yo sé algo que tú no.

—¿De qué la conoces? —gruño la pregunta.

—Lleva un tiempo trabajando aquí como bailarina, necesitaba dinero para el tratamiento de su padre. La trajo una amiga que ya lleva mucho aquí.

Parece divertido mientras me cuenta esto, deseo golpearlo con todas mis fuerzas. Ahora sé por qué me resultaba tan familiar, el día de la pelea vinimos aquí porque mi amigo se empeñó, es la chica que conocí, llevaba una máscara, pero ahora sé que era ella. Me mintió, su apodo no es Bella, ese es su nombre.

Entiendo que lo haga por su padre, pero ¿por qué no me lo ha contado? Acaso pensaba que me avergonzaría por hacer lo necesario para salvarlo. Puede ser, no me conoce tanto, quizás tenía miedo. Tengo que hablar con ella, explicarle que si desea trabajar ahí yo la apoyaré pero que no es necesario que lo haga por obligación. Me habló de sus sueños, siempre había querido trabajar en una editorial, esa es la mentira que le contó a su padre. ahora entiendo lo raro de no poder quedar por las noches, o los días de libranza.

Yo la puedo ayudar, pagaré el tratamiento de su padre, siento algo importante por ella, quiero que sepa que no está sola, ya no, yo cuidaré de ella.

—¿Dónde está? Quiero hablar con ella.

Se lo digo con desdén, él sabe que nunca ha sido de mi agrado.

—Vaya, lo siento, está descansando. Hemos estado celebrando su vuelta, ya sabes. —Me guiña un ojo.

Eso me golpea más intensamente que cuando estoy en los *ring* de la lucha clandestina.

—No, no sé, ¿qué coño quieres decir?

Si se le ocurre decir cualquier cosa mala de Bella si que le golpearé hasta matarlo, me da igual ir preso.

—Pues ya sabes, Bella y yo estamos juntos. Al poco de comenzar a trabajar aquí, ya sabes, empezamos a quedar, nos gustamos, la verdad es que es una mujer impresionante. Me siento un hombre afortunado. Por cierto, ¿tú de que la conoces? Nunca me dijo nada de ti.

Partirle la jeta ya no es solo una opción, está insinuando con toda la cara del mundo que está saliendo con Bella, no quiero creerlo, después del fin de semana que hemos pasado juntos... el monstruo que vive dentro de mí quiere romper cosas, quiere destruir este maldito sitio que está tan podrido como lo estaba mi padre, y bajo los escombros enterrar al cabrón este.

Debo irme antes de cometer una locura, si le ha elegido a él... si todo ha sido mentira no pinto una puta mierda aquí. Debo irme. Una buena pelea me vendrá bien, en cuanto salga de aquí llamaré a mi amigo para que hable con el corredor de apuestas. La rabia sale por cada uno de mis poros, sin embargo no le daré la satisfacción a este gran hijo de puta.

—Sí, ahora que lo pienso sí me habló de ti, que estaba con alguien que no se le ponía dura.

Dicho y hecho, he conseguido quitarle esa sonrisa de mierda de su cara, que se joda. No le doy tiempo a contestar antes de marcharme de allí. No he llegado al coche y ya le he mandado un mensaje a Lumière para que me busque una pelea a poder ser brutal, necesito sacar todo el odio que siento dentro.

Llego al sitio habitual donde lucho y ya me espera mi amigo en la puerta. Voy como caballo desbocado sin mirar más allá de lo que tengo ahora por delante.

—Adam, ¿qué te pasa, amigo?

La preocupación se refleja tanto en su voz como en el rostro. Es la persona que más me conoce en el mundo junto con Din Don, no puedo ocultarles nada.

—Ahora no, por favor —le pido y con eso ya sabe que no es el momento.

Entramos en el local donde los gritos son ensordecedores, el olor a alcohol, sangre, y sudor se

mezcla creando una invisible nube tóxica. No me dirijo al sitio donde suelo cambiarme, voy directo al sitio donde podré desfogar. Me quito la camiseta tan fuerte que creo que ha sonado un crujido, no importa, llevo de repuesto en el coche.

Mientras mi amigo me venda las manos contemplo como dos están peleando de manera muy dura, sin normas, sin honor, con la sola idea de hacer sangrar al oponente. Lo que yo necesito. Son bastante parecidos en cuanto a tamaños, lo que pasa es que uno de ellos está mucho más fuerte y es más rápido. No tarda en dejarlo inconsciente.

Los gritos son ensordecedores por la gente que ha ganado o perdido en las apuestas. Choco la cabeza contra la frente de mi amigo en forma de cariño. Luego hablaré con él todo lo que quiera. Camino hacia el centro donde se lucha, la gente se abre paso para dejarme pasar mientras empiezan a aclamarme.

—¡Bestia! ¡Bestia! ¡Bestia!

El presentador hace la presentación habitual que es el momento en el que las personas aprovechan para hacer las apuestas correspondientes. Gente que trabaja en el negocio es la que se ocupa de llevarse al tipo inconsciente para que podamos luchar. Mi contrincante es un tío bastante corpulento pero bajito, muy sonriente... lo siento por él, creo que cuando termine lo que he venido hacer ya no sonreirá.

En el suelo hay sangre, sudor y seguro que lo demás es cerveza que han tirado los putos borrachos que se pasan el día aquí viendo la lucha, es para matarlos. Al principio no lo sabía pero ahora siempre llevo zapatillas que agarren bien para no caer como un novato.

Nos colocamos uno enfrente del otro, le saludo con la cabeza, y él sigue sonriendo.

—Es un honor luchar con el Príncipe del dolor.

Ahora hasta me da pena lo que quiero hacer, pero bueno es mayorcito y sabe a lo que viene.

—Igualmente. Lo siento.

—¿Lo siento? —pregunta sin saber a qué me refiero.

Cuando suena la bocina que da comienzo al combate salto contra él con mi puño como un animal salvaje, una bestia, eso es lo que soy, lo que he sido siempre. Le he pillado tan sorprendido que no esquiva el golpe que hace crujir su nariz y esta se pone a sangrar. Se la agarra con ambas manos, dolorido y la gente grita al oler el óxido que impregna ahora el *ring*.

Me aparto un poco, si le doy todo de golpe que diversión tendría. Ahora ya no sonrío, el odio se refleja en su rostro y lo prefiero, no quiero luchar contra alguien que me admira, yo no soy así, no en estos momentos. Es rápido, tanto que no me da tiempo a esquivar cuando levanta su pierna y me patea las costillas descubiertas al no estar en guardia. Me doblo sobre mí mismo. Cuando otra patada me da en la cabeza me hace caer sobre el liquido desconocido y asqueroso del suelo. Es demasiado rápido y me he confiado.

Me estiro para atrás y con el apoyo de manos y pies pego un salto que me pone de pie, me duele la cabeza, siento cierto desorientación por el golpe en la cabeza. Se vuelve a abalanzar sobre mí con demasiada sangre corriendo por su cara. Y sé que es mi momento, le doy una patada en el pecho que le hace caer de espaldas, y sin dar tiempo a que se levante me tiro sobre su cuerpo de rodillas y golpeo con rabia su cara.

Pone los brazos para evitar mis puñetazos, no me detengo, la gente grita, no escucho que dicen. Solo puedo ver la sonrisa socarrona en la cara de Gastón, y Bella entre mis brazos, cuando pensé que por fin la vida me había dado algo bueno.

Varios brazos me cogen por debajo de las axilas para separarme del chico que yace en el suelo con la cara comenzando a hincharse, y toda roja.

—¿Pero qué coño te pasa? Casi lo matas.

La voz de mi amigo me trae de vuelta de ese lugar oscuro donde me encuentro. Y contemplo lo que he hecho, cómo puedo ser así, cómo he podido hacer ese destrozo a un chico que ha parecido admirarme. Me suelto de un tirón de los tíos que me agarran, e inmediatamente vuelven a intentarlo.

—Tranquilos joder, no voy a hacer nada.

Me agacho contra el chico que sigue tumbado con la respiración desbocada.

—Lo siento, chaval, me he pasado. No tenía que haber pagado contigo toda la mierda que me pasa, lo siento de verdad.

Me mira y asiente.

—No te preocupes, yo he sido un iluso al querer enfrentarme a ti, eres el mejor.

—No, no lo soy. Luchas muy bien, eres muy rápido.

Le tiendo una mano para ayudar a levantarlo, es lo mínimo que puedo hacer.

—¿Me enseñarás?

—¿El qué?

—A luchar como tú.

Pienso un momento, normalmente no enseño a nadie, solo a Bella y mira donde me ha llevado eso, pero este chico, se lo merece por lo que he hecho.

—Claro que sí, mi amigo te dirá donde me puedes encontrar a diario para entrenar.

Le estrecho la mano antes de irme directo al cuchitril que llaman baño, necesito echarme agua fría en la cara. Me odio en este momento tanto como odiaba a mi padre por ser lo que era. Solo soy una bestia, como bien me llaman el Príncipe del dolor.



Capítulo 19

Bella

No quiero abrir los ojos, cada movimiento por leve que sea me hace sentir latigazos desde el infierno en mi cuerpo. Noto que estoy tumbada sobre lo que parece un colchón que en este momento para mí es como estar encima de puñales. Oigo un llanto, parece contenido, la persona no quiere ser oída y aun así no lo puede controlar. Intento girarme sobre mí misma y abrir los ojos, me cuesta mucho trabajo. Un gemido se escapa de mis labios por el esfuerzo, lo raro es que siga viva con lo que me han hecho.

—¡Bella! —me llama una voz que me es conocida.

Intento enfocar mi visión borrosa, parpadeo varias veces notando como mis ojos están hinchados y arden.

—¡Bella, soy yo, Mérida!

No sé donde me encuentro, no me suena de nada el lugar. Hay luz pero muy tenue cosa que agraden mis ojos. Me cuesta enfocar a mi mejor amiga que se ha sentado en el borde de la cama individual en la que me encuentro.

—Mérida... —Tengo la boca tan seca que me cuesta pronunciar su nombre.

—Sí, soy yo, estoy contigo.

Coge mi mano con cuidado como si no quisiera lastimarme, si mi aspecto es la mitad de malo de como siento mi cuerpo debe ser horrible. Entonces empiezo a verla con más claridad y aun con la poca luz que tenemos veo su rostro amoratado. Tiene un ojo morado tirando a negro, el labio partido y un corte en la mejilla.

—¿Qué cojones te ha pasado? —pregunto sin toda la fuerza que debería sonar.

—¿Y a ti? —se ríe por la situación, por los nervios.

Me contagia y al hacerlo yo me duele hasta el centro de mi alma.

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado?

—Estamos en la parte restringida de club, te trajeron hace unas horas los guardias de Gastón, a mí me encerraron aquí ayer. No nos dejan salir. Aquí hay muchas chicas, Bella, están en contra de su voluntad y las obligan a prostituirse.

—Sabía que algo andaba mal, pero no tan mal. ¿Qué te ha pasado? —pregunto sin soltar su mano.

Tiene un aspecto horrible pero aun así sigue sonriéndome, sin duda es una de sus mejores características.

—Ayer llegué del viaje, y quedé con Gastón para charlar. No se esperaba cuando le conté que me había encontrado una chica, bueno lo que tú me contaste, pero como si me hubiera pasado a mí.

Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y la animo a continuar.

—¿Y?

—Me dijo que eran unos negocios suyos y que no me metiera. Estaba muy tenso, no pude evitar seguir interrogándolo, me daba mala espina, llámalo mal presentimiento, no sé. Le dije que confiara en mí, que me lo podía contar, y lo hizo. Quizás por los años que llevo trabajando con

él, ni idea de porque accedió.

»Me contó que en la parte clandestina del club tenía cierto número de mujeres que se dedicaban a tener contentos a los clientes, que yo lo entendería. Le dije que sí y me hice la loca. Lo que quería es que me contara todo. Por lo visto ese negocio ya lo tenía montado el antiguo dueño y con el nuevo ha seguido. Buscan chicas que quieran trabajar, les dicen que de camarera, pero luego las chantajea.

—¿Entonces reconoció que no están aquí por voluntad propia?

La interrumpo al darme cuenta del fallo que ha cometido Gastón. Intento incorporarme y estoy tan dolorida que mi amiga me tiene que ayudar.

—Sí, creo que sus aires de grandeza le hicieron confesarlo, al principio me lo había vendido como que ellas querían trabajar aquí.

Medito sobre lo que me cuenta, ese hombre es un cabrón desalmado y tiene que pagar por lo que nos ha hecho a todas. Podría quedarme regodeándome en mi dolor, en lo que me han hecho, es posible que en el futuro necesite mucho tiempo para superarlo, ahora lo único en lo que puede pensar mi cabeza es en rajarle el cuello y dárselo a los cerdos.

—Por lo visto a estas chicas las mantiene aparte, son clientes que entran por otra entrada y las muestran como si fueran el ganado. Tiene su propio grupo de seguridad, de ahí el hombre que viste que se llevó a la chica. Se lo ha montado muy bien, son chicas jóvenes, guapas y la mayoría vienen de muy lejos. Les quita los papeles para que no puedan volver a casa, o les ha hecho préstamos que ahora les toca devolver con creces, amenazan con matar a sus familias, vamos que es un cabronazo de los buenos.

—Y si te ha contado todo eso, ¿cómo es posible que luego te hayan dado esa paliza.?

Algo me he perdido porque parecía de lo más comunicativo.

—Sí, cuando me contó todo le dije que estuviera tranquilo que podía confiar en mí. Intenté localizarte, pero no pude, y presentí algo malo. Mi mente me decía que quizás te había hecho algo y estabas encerrada aquí con las demás. Esperé a la noche y vine para intentar entrar, y buscarte, pero me cazó uno de los guardias que por cierto son unos gilipollas.

—Madre mía, te pillaron de lleno.

—Sí, y aunque intenté convencerle de que me había perdido no me creyó. Creo que Gastón luego recapacitó la caída de contarme todo aquello y me estaban vigilando. Me llevó ante él y este es el resultado.

—Como lo siento, Mérida, fue mi culpa. Si no te hubiera pedido que hablaras con él, nada de esto habría pasado.

—No sientas nada, tenemos que escapar de aquí y ayudar a todas esas chicas. Ahora dime qué te ha hecho ese hijo de la gran puta.

Le cuento todo lo que me ha pasado desde el día que desayunamos juntas que fue el último que la vi. Lo del gimnasio, lo de Adam, y por último como me habían forzado todos los de seguridad de Gastón al negarme a estar con él. Mi amiga llora mientras escucha con atención. Yo también lo hago, algo murió dentro de mí cuando me violaron todos esos hombres. Algo que nunca volverá y con lo que tendré que aprender a vivir.

Quizás si no tuviera un objetivo como el de cargarme a ese malnacido y ayudar a todas estas chicas que sufren cada noche lo que he padecido yo en mis propias carnes, posiblemente no querría levantarme de esta cama, y mucho menos vivir. Pero tengo un padre al que amo, por el que me metí en todo esto, y no lo voy a abandonar, ni a todas las personas que están aquí retenidas contra su voluntad, ellas también tienen una familia que las llora y las extraña.

—Voy a matarlo por lo que te ha hecho, lo sabes ¿verdad?

—Es mío, seré yo la que acabe con él aunque sea lo último que haga en esta vida.

—Vale, ahora tenemos que pensar un plan para escapar de aquí lo primero. Debemos hablar con las mujeres para organizar algo y poder acabar con esto.

—Es posible que muchas de ellas tengan tanto miedo que no se atrevan a hacer nada —contesto recordando a la que conocí en ese pasillo, estaba muerta de miedo.

—Es verdad, pero al menos advertirlas, y que estén preparadas para cuando consigamos salir. No sé qué planes tiene para ti, pero algo me dice que en cuanto mis golpes no sean tan visibles me mandará con algún cliente. Ese es el momento para llamar a la Policía.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

Ahora mismo postrada en esta cama me parece que va a ser bastante complicado, estamos en un sitio encerradas, que custodian guardias armados, que son tan peligrosos como lo es su jefe, y que no dudarán en hacernos mucho daño si nos ven intentando escapar. Quizás hasta nos maten, y me niego a morir aquí.

—Me tendré que acostar con el cliente, pero los hombres después del sexo se vuelven perezosos y se distraen con facilidad, en el momento que vaya al baño cogeré su móvil y pediré ayuda.

Pienso en su plan, en que tenga que acostarse con alguien para salvarnos y se me revuelven las tripas, una cosa es cuando ella lo hacía porque quería y esto es obligada, no me gusta nada.

—¿Y si se lleva el móvil con él? —pregunto buscando pegos al plan para que desista, habrá otra manera, la encontraremos.

—Eres bastante pesimista amiga, pues si no deja el móvil para ir al baño en pelotas después de tener sexo me tocará seguir probando con clientes hasta que uno lo haga.

Sonríe, pero la conozco, sé que hacer todo lo que dice también se va a cobrar una parte de su alma.

—No lo veo, no quiero que hagas eso, Mer, encontraremos otra manera.

—Estás aquí por que yo te recomendé este sitio de mierda para trabajar, y yo te voy a sacar de aquí.

La abrazo con todo lo que me cuesta moverme pero es que la quiero, es como la hermana que nunca he tenido, y haría cualquier cosa que me pidiera.

—Haremos un trato, lo hará la primera que la manden con un cliente.

No aceptaré otra cosa y se lo dejo saber en la forma en que la miro.

—No es fácil tener que acostarte con un hombre que no deseas, Bella. Yo llevo años haciéndolo.

—La tristeza con la que me lo cuenta aun me da más animo para seguir con el plan.

—Mer, después de lo que me ha pasado, y a ti, y a todas esas chicas pienso hacer lo que sea necesario para sacarnos de aquí, no lo dudes ni un momento. Ahora necesito una ducha, y quitarme la mierda de encima.

—¿Sabes qué te quiero? —me dice mi amiga.

—Y yo a ti, eres la hermana que elegí.



Capítulo 20

Bestia

Después de la pelea le he pedido a mi mejor amigo que me lleve a beber, necesito olvidar todo lo que ha pasado, aunque sé que eso no va a pasar, pero por si acaso probaré mi resistencia con el alcohol. No soy un gran bebedor, me gusta cuidarme para combatir. Algunas cervezas de vez en cuando, algo que esta noche voy a poner remedio.

Lumiére me lleva a un bar tranquilo, hay algunas personas tomando algo o jugando al billar. Nosotros cogemos una mesa lo más alejada posible para tener cierta intimidad. Todo está

decorado en madera lo que le da un punto acogedor al lugar. Mi amigo me dice que él se encarga de pedir y no tarda en volver con unas cervezas bien frías y unos chupitos de tequila. Me bebo el suyo y el mío antes de que le dé tiempo a cogerlo.

—¡Eh! ¿No te enseñaron que hay que compartir?

Le enseño los dientes para contestarle.

—Vale, voy a por más.

Chico listo, esta vez trae varios y me los deja junto a mi cerveza.

—Venga, ¿tú quién eres y dónde está mi amigo? Anda que no te he pedido veces que te emborraches conmigo y has pasado. Me rompes el corazón.

Bromea, siempre lo hace su carácter hace que le quiera más aún.

—Lo necesito, así que bebe y calla —le gruño, tengo un humor de perros. Quizás habría sido mejor que me hubiera ido a beber solo, no soy la mejor compañía.

—A sus órdenes.

Bebemos un rato en silencio, Lumière es de esas personas que aunque compartas silencios nunca son incómodos, es como estar en casa.

—¿Piensas contarme qué te pasa antes de que te dé un coma etílico esta noche?

Su sonrisa ladeada me muestra que no se rendirá fácilmente.

—No tengo ganas de hablar, todo es una mierda.

Por más que intento no pensar, mi mente viaja todo el rato a ella, a su mirada, su sonrisa, a la calidez de su piel.

—Lo de que es una mierda ya lo sabemos, nacimos en ella ¿recuerdas? Pero también hemos aprendido que los problemas compartidos con tu mejor amigo pesan un poquito menos.

—Solo si traes más chupitos.

Asiente y se marcha disparado hacia la barra. Es tontería no contárselo, sabe todo de mí, desde lo mejor hasta mis peores demonios. El problema es que al decirlo en voz alta se volverá real, y duele. Quiero recordar el fin de semana que he pasado con ella en el que pensaba que todo era verdad.

Varios chupitos después me siento más relajado, al menos mi lengua habla libre sin esa reticencia que sentía cuando he llegado.

—No sé, tío, hemos entrenado todos los días, cuando intenté quedar con ella fuera del gimnasio alegaba que no podía porque madrugaba mucho por su trabajo en la editorial. Y que los días que

libraba, que no tenía porque ser en fin de semana, se iba a Red Rose a cuidar a su padre que está enfermo.

—Suenas todo bastante raro —me dice y veo que él está mucho más sereno.

—Lo sé, pero te juro que en ese momento no me lo pareció. Total que le propuse un plan disparatado. Le dije que el próximo día que librara si quería podríamos ir juntos a Red Rose, yo me quedaría en un hotel y así podría invitarla a cenar.

Sostengo la cerveza entre mis manos como si fuera el timón de mi barco y sin él estaría perdido. Mi amigo tiene una sonrisita tonta en la boca.

—¿Qué? —casi le gruño.

—Que no te reconozco, creo que lo máximo que has hecho por una tía es llevártela a la cama para luego despedirla sin más.

Le hago una mueca, tiene razón, nunca he sido de novias, ni de citas, nunca he sentido la necesidad hasta que la conocí.

—Si te vas a burlar no te contaré una mierda.

Levanta las manos a modo de rendición, luego simula cerrar la cremallera de su boca para que continúe.

—Ella aceptó así que este fin de semana nos hemos ido. Quedamos para cenar la misma noche del viernes. Y fue muy bien, demasiado bien. Me di cuenta de que me gusta mucho. Y pensé que yo a ella también. Conocí a su padre y me invitó el sábado a cenar con ellos. Es un gran hombre, lo ha pasado mal y aun así ha sacado adelante a su hija.

—Así que haciendo migas con el suegro, ¿no? —parece tan divertido que creo que está haciendo un gran esfuerzo en no reírse. Y lo entiendo, parezco otro.

—Sí, el sábado cenamos y nos lo pasamos en grande. Cuando me iba a ir, me pidió que me quedara a dormir allí. No sabía muy bien qué decir, estaba deseando dormir con Bella, pero por otro lado, no sé, me daba cosa. No quería cagarla porque me gusta de verdad. Insistió mucho así que me quedé.

—¿Y os lo montasteis en la casa de tu suegro? —Le enseño los dientes para que me deje de tocar los huevos.

—No, degenerado, dormimos abrazados y tengo que decirte por si no lo has probado que es de las mejores experiencias que he vivido.

Niega con la cabeza, no me reconoce, nunca he sido así.

—Vale, pues no entiendo nada, me dices que te gusta mucho esa chica, su padre, y a ella le gustas tú. ¿Dónde cojones está el problema para que te comportes como un capullo?

Me paso ambas manos por la cara, quiero a este tío, es como mi hermano pero también siento que hay veces que debería ahogarlo con mis propias manos.

—No he terminado.

—Vale, vale, lo siento, sigue por favor.

No me creo para nada la cara de inocente que me pone.

—Bien, cuando volvimos la dejé en su coche, y no me preguntes porqué pero la seguí. Sé que es de psicópata de manual, pero el fin de semana aunque la vi bien, me dio la sensación de que ocultaba algo, algo que la hace sufrir.

Agradezco que mi amigo no me interrumpa, casi me es insoportable contar esta parte en la que me siento el hombre más gilipollas del mundo.

—La seguí hasta el club.

—¿Tu club? —pestañea varias veces como si le costara creerlo.

—Sí, te aseguro que intenté pensar en mil cosas diferentes, habría ido a ver a alguien, se llevó su maleta y aun así me decía que era por no dejarla en el coche. Esperé horas, tío, para ver que saliera, pero al final me obligué a entrar. Quizás le pasaba algo y necesitaba ayuda.

—¿Y qué pasó? —Lumiére le hace un gesto al camarero que ya está más libre para que nos traiga más cerveza.

—Entré y pregunté por ella directamente, me dijeron que hacía un rato que no la veían que preguntara al jefe. ¿Jefe? Ese tío es un mierda. Así que me fui directo a su despacho y antes de que pudiera entrar salió él. Estoy seguro de que me vio por la cámaras de seguridad o alguno de sus chicos le avisó. Total que le pregunté por ella y me dijo que trabajaba allí desde hace tiempo para pagar el tratamiento, además de que estaban juntos. ¿Sabes cómo me sentí? Como el mayor gilipollas del mundo.

—Entiendo, pero no me lo creo.

Dejo de mirar la cerveza para centrarme en mi amigo.

—¿Cómo que no te lo crees? Blanco y en botella.

—No, tú ahora estás obcecado en que te engañó, pero no me lo creo, lo siento.

—No tienes ni puta idea —contesto enfadado.

—Puede ser, pero una chica que te presenta a su padre, que te mete en su casa, que se ha desnudado para ti no puede ser. No te digo que no trabaje como bailarina para pagar el tratamiento de su padre, pero ya te digo yo que no está con ese cabronazo. ¿Que te mintió? Pues sí, pero entiendo que para la chica es vergonzoso contar que se tiene que desnudar por dinero.

Pienso en lo que me dice mi amigo y una llama de esperanza se enciende en mi pecho, quizás es verdad, Gastón siempre me ha querido joder, me odia porque mi padre me dejó el club en vez de a él que se pasó años lamiéndole el culo.

—¿Cómo podemos saber si es cierto? —pregunto interesado.

—Tienes que hablar con ella, si se lo preguntas directamente no te va a mentir, hazme caso, tengo un pálpito. A esa chica le gustas de verdad. Mañana irá a entrenar, y sino pasado, pero en cuanto la veas debes hacerlo.

—Vale, eso haré, pero y si no vuelve a entrenar, si solo ha sido un rollo para ella quizás no vuelva a verla. —Habla mi inseguridad.

—Si no viene, sabemos donde trabaja, podemos ir a verla. —A cada impedimento que pongo mi amigo tiene una solución.

—Intenté verla sin éxito —contesto abatido.

—Eres el puto dueño de ese sitio, si quieres verla la verás aunque tengamos que reducir el sitio a cenizas.

—Brindo por eso.

Ahora tengo un propósito, siento que no todo está perdido, que tengo una oportunidad. En la vida nunca he sido de los que tiran la toalla y desde luego que esta no va a ser la primera vez que lo haga, quiero a esa chica y pienso luchar por ella con uñas y dientes.



Capítulo 21

Bella

En cuanto me puedo levantar de la cama voy a buscar a Alda, la chica que conocí que estaba tan asustada y que hizo que saltaran todas mis alarmas. Necesito que sepa que estoy aquí, que la ayudaré a salir de allí aunque me cueste la vida, a ella y a todas las demás que están aquí contra su voluntad.

Mérida me ha dicho que no ha conseguido coger el teléfono de ningún cliente por lo que no estamos más cerca de nuestra huida, pero algo se nos ocurrirá, somos muchas quizás si nos

unimos... el problema es que tienen tanto miedo por todo lo que estos cabrones les han hecho que no estoy convencida de que sean capaces de luchar llegado el momento.

No he podido parar de pensar en mi padre, siempre le llamo, a diario, el no saber de mí le va a preocupar mucho, pero aun así no sabrá dónde buscarme porque todo lo que le he contado a él y a Adam es una mentira. Me pregunto constantemente que aunque consiga salir de aquí con vida, ¿serán capaces de perdonarme? ¿Seré yo capaz de vivir rota como me han dejado? La respuesta no la sé, quizás no la llegue a saber nunca.

Ahora tengo un objetivo y es lo que consigue mantenerme cuerda, porque cada vez que cierro los ojos solo puedo ver lo que me hicieron esos hombres, los ojos de Gastón mirando como me violaban, disfrutando de ello. Creo que no tiene alma, y si la tiene está completamente podrida.

Deambulo por la zona, no tenemos ni habitaciones propias. Es un gran espacio con camas individuales unas cercas de otras, lo que merma la intimidad a todas. Por un lado es bueno porque al final todas estamos tan juntas que nos podemos consolar, por otro lado si consigues cerrar los ojos sin contemplar tus demonios, no duermes a causa del llanto de unas y de otras.

Tenemos un comedor como el de un colegio o una prisión, sí creo que eso se asemeja más. Con mesas alargadas y bancos que compartimos. Solo podemos ir cuando nos llaman, así que nada de comida o bebida si te entra hambre. También tenemos baños compartidos, donde la intimidad brilla por su ausencia. Donde tienes que hacer tus necesidades con montones de ojos de testigos. Pero para estas mujeres, sobre todo las que ya llevan un tiempo, se ha convertido en algo normal.

No puedo ni imaginar que llegue un momento en que para mí lo sea. Lo único bueno, por decir algo y ser optimista, es que no tenemos guardias aquí adentro, están apostados en las puertas y solo acceden en caso de que haya algún problema.

Cuando las chicas tienen un servicio las sacan por otra puerta, donde según me ha contado mi amiga hay habitaciones más lujosas para los clientes claro, si fuera para nosotras nos podrían comer las ratas. No encuentro a la chica por ningún sitio, y espero que no la haya pasado nada.

Veo a una chica jovencita en la cama sujetando la almohada entre sus brazos, tiene la mirada perdida. Decido que quizás es momento de preguntar, quizás la conozcan.

—Hola, ¿estás bien?

La chica levanta la mirada como si no hubiera reparado en mí aunque estoy justo enfrente de ella. Se encoge de hombros en respuesta. Qué pregunta, no está bien, ninguna lo está en este maldito.

—¿Conoces a Alda?

Ahora sí me mira de verdad.

—Sí, es mi amiga, duerme en esta cama de aquí.

Toca la cama justo al lado de la suya.

—¿Y sabes dónde está? —intento que mi voz suene dulce, se la ve muy asustada.

—¿Para qué quieres saberlo? —me dice desconfiada.

Es normal, soy nueva para ellas, pueden pensar cualquier cosa, incluso que soy una infiltrada, si ella supiera...

—La conocí un día que escapó de aquí dentro. Quiero hablar con ella para decirle que estoy aquí y que voy a hacer todo lo necesario para sacarlos de esteantro. Si no fuera por ella no me habría enterado de lo que pasaba algo. Yo era bailarina en el club, hasta que... bueno hasta que me han traído aquí.

Su rostro se ilumina quizás con esperanza o al menos con un chispa de algo parecido.

—Me lo contó, me dijo que conoció a una chica que fue muy amable con ella. Sabes, ese día le dieron una paliza por lo que había hecho.

Aprieto tanto los puños en mis costados que estoy segura de que se han vuelto blancos.

—¡Qué hijos de puta! Te aseguro que pagarán por ello, por todo lo que nos han hecho aunque muera en el intento.

—Tuvo suerte, otras que lo han intentado y las han pillado nunca han vuelto.

Asiento aunque no sé si volver aquí donde te golpean y permiten que clientes te violen, porque eso no es consentido, yo no lo llamaría suerte.

—¿Sabes dónde está?

—Se la han llevado, ella no quería ir, es un cliente asiduo y muy peligroso. Le gusta pegarnos y sodomizarnos. Con algunas se le ha ido tanto la mano que no han vuelto. Por eso estoy tan preocupada.

La información que me da también me preocupa, tengo que llegar hasta ella no puedo permitir que la hagan daño. Quizás es una locura, lo mismo solo consigo que nos maten a las dos pero no pienso quedarme de brazos cruzados.

—Vale, tú quédate aquí, voy a ver como lo puedo hacer, pero la voy a sacar de allí.

Me encamino a la zona que está la puerta que es la que da a donde esperan los clientes.

—Espera, yo te ayudaré, distraeré al guardia de la puerta.

—Si esto sale mal no sé lo que nos va a suceder...

—No pasa nada, aquí todas sabemos que cualquier día moriremos. Al menos si ocurre será salvando a mi amiga.

—Vale.

Mientras vamos hacía allí me cuenta que va a fingir que está enferma, incluso un desmayo para que la lleven a ver un médico. Hasta que venga otro guardia a un relevo tendré apenas unos segundos para poder salir hacia las habitaciones.

Y eso es lo que hacemos, al menos el guardia que nos toca es empático y se preocupa de ayudar a la chica, María, así se llama, nos podría haber tocado alguno que la dejaría morir antes de hacer nada. Según va andando con la chica en brazos, oigo a lo lejos ya la voz del nuevo guardia. Como ha predicho tengo unos benditos segundos que no pienso desperdiciar.

Detrás de la puerta hay una serie más de madera con el número de habitación arriba, no hay ventanas como en el lugar que nos tienen encerradas, de esa forma no tenemos manera de escapar. El suelo es de moqueta roja, odio este lugar espero que arda hasta los cimientos. Me doy toda la prisa que puedo, no sé en cuál está pero no tengo mucho tiempo. Oigo como los dos guardias hablan a lo lejos.

Podría pararme a escuchar en las puertas, pero no hay tiempo así que las abro sin importar lo que me pueda encontrar. En la tercera que abro lo que veo me deja paralizada. Un tío gordo, lleno de pelo, y con una máscara está encima de Alda, la está asfixiando con sus propias manos y le sangra una ceja. Se está poniendo morada, la va a matar.

No lo pienso y me voy directa a por el hijo de la gran puta, cierro el puño como he practicado tantas veces con Adam y golpeo directo en el cuello. Soy tan rápida que cuando ha querido reaccionar ya le he hundido la nuez. Se agarra la garganta con ambas manos sin que pueda hacer nada, mientras el tono de su piel va cambiando. Es poco para lo que se merece, pero me tengo que conformar.

Alda llora al verme, recuperando el aire que la habían robado.

—Tenemos que darnos prisa, el guardia no tardará en volver. Vamos.

No hace preguntas, solo me agradece con la cabeza mientras se pone en pie y se viste lo más rápido que puede estando como está. La pongo detrás de mí, no tengo un plan solo improviso. Aunque los guardias no nos pillen, van a encontrar espero que al cadáver de este tío. Tengo que esconder a Alda pero ¿dónde?

Abro un poco la puerta, lo suficiente para cerciorarme que el guardia no esté aún, menos mal que se han entretenido. La única salida según me ha contado María es por la que ellos han pasado. Por lo que no podemos ir. Pero quizás si nos escondemos el tiempo suficiente podemos salir en el cambio de guardias o algo.

Joder la van a castigar por lo que ha pasado si nos pillan, no he pensado las consecuencias que ambas vamos a pagar, sin embargo no me pienso arrepentir, si hubiera tardado un poco más estaría muerta. Ese monstruo la iba a ahogar.

—Tenemos que encontrar un sitio para escondernos e intentar salir. Si volvemos dentro es donde primero irán a buscarnos.

Le digo en apenas un susurro, coge mi mano y asiente. Dejo que ella me guíe, ha estado aquí muchas más veces que yo. Corremos por la zona de las habitaciones, menos mal que la moqueta amortigua el ruido. Me lleva a una puerta que es distinta a las demás. Veo que se agacha junto a ella y destapa un agujerito que hay en el rojo suelo. Ante mi sorpresa saca una llave pequeña y abre la puerta.

Es un cuarto de limpieza lleno de escobas, fregonas, etc. Lo bueno es que hay sitio para ambas. La puerta tiene cerradura desde dentro y echamos la llave. No sé cómo la ha conseguido o cómo sabía que estaba ahí pero doy gracias por ello. No encendemos la luz, eso podría llamar atenciones no deseadas.

Nos acurrucamos una contra otra muy pegadas como si el contacto nos consolara. Estamos muy jodidas, ahora que lo pienso fríamente lo sé, pero no me arrepiento de nada.

—Gracias, Bella, no sé cómo lo has sabido, pero me has salvado la vida —susurra para que solo yo la oiga.

—Ha sido María, ella me ha dicho donde encontrarte y me ha ayudado, sin ella no lo podría haber hecho.

Pongo mi mano en su brazo y aprieto suavemente.

—¿Has conocido a María? Es como mi hermana.

—Sí, hace unos días tuve un problema con Gastón y me han encerrado con vosotras, pero hasta hoy no me he podido levantar de la cama para ir a buscarte.

—Siento que estés metida en un problema por mi culpa.

Pone su mano sobre la mía.

—No te preocupes, el día que te conocí supe que algo andaba mal, y mira, aquí estamos, pero vamos a sacaros. En cuanto podamos todas nos iremos de aquí.

—Ojalá, pero hace mucho que perdí la esperanza sabes.

—No, eso es lo único que no nos pueden quitar, te juro que haré lo imposible.

—Lo sé, nadie se habría atrevido a venir a buscarme y mucho menos a golpear a ese cerdo de esa manera, eres especial, Bella.

—No, estoy segura de que tú o cualquiera haría lo mismo, el problema es que lleváis aquí mucho tiempo, y estáis asustadas. Yo también que conste no voy a ir de super heroína porque no lo soy.

—Ya no sé ni cuando tiempo llevo aquí —confiesa.

Paso uno de mis brazos por encima de sus hombros, es apenas una niña y no puedo ni imaginar por todo lo que habrá tenido que pasar ya.

—¿Tienes familia? —pregunto sin saber muy bien por qué.

—Sí, mi mamá. Éramos muy pobres sabes. Un día estaba con unas amigas en un *pub*, y conocimos a unos hombres muy guapos. Ya sabes que cuando eres joven... nos ofrecieron trabajo como modelos cobrando un sueldo que yo nunca podría ni imaginar.

La dejo hablar, no quiero interrumpirla.

—Mis amigas lo descartaron en seguida, pero yo no. Mi padre murió hace ya unos años y mi madre no lo superó, está con una depresión que no se puede levantar ni de la cama. Pensé que con ese dinero podríamos vivir bien, le daría a mi madre toda la ayuda que necesitara. Me dieron hasta un adelanto para pagar una enfermera que cuidara de ella mientras yo venía a trabajar. Qué inocente fui, en ese momento no sabía que nunca volvería.

—Lo siento tanto... es un desalmado, pero lo pagaré.

—Al principio fue horrible, bueno no te voy a mentir siempre lo es, pero cuando ya llevas un tiempo te conviertes en un muñeco, dejas que te hagan lo que sea y tu mente viaja a otro lugar a momentos bonitos. Yo nunca había estado con un hombre, y ahora sé que nunca, si es que sobrevivo, querré estar con ninguno.

La acaricio el pelo, este club, esta gente ha destrozado la vida de estas niñas y mujeres sin importarles nada más que el dinero.

—¿Y tú madre?

—Ella bien, la cuida una enfermera, me amenazan con matarla para que haga todo lo que me piden, de lo contrario me habría quitado yo misma la vida hace mucho.

El corazón me duele, haría cualquier cosa porque nunca tuvieran que haber vivido esto, pero no puedo. Lo único que puedo hacer es intentar sacarlas de aquí, cueste lo que cueste.

—¿Oye y la llave?

—Se la robé una vez a la mujer de la limpieza y la escondí, pensé que algún día la podríamos necesitar.

—Pues menos mal, qué buena idea.

Miro a Alda, acurrucada a mi lado, una niña demasiado joven para cargar con tanto sufrimiento. Siento una oleada de compasión tan fuerte que casi me dan ganas de llorar. «Ella no debería estar aquí, ninguna de nosotras debería», pienso con tristeza. Ahora sé que no estoy luchando solo por sobrevivir, sino por todas las chicas que han sido arrancadas de sus vidas, engañadas y maltratadas. «No puedo dejarlas caer», me digo a mí misma, el pensamiento se transforma en una llama que alimenta mi coraje. «No mientras yo pueda hacer algo para impedirlo».

Oímos ruido y Alda se estremece a mi lado. Se oyen gritos, seguro que han encontrado el

cadáver y nos están buscando. Ya no hay solo un guardia, se distinguen más voces. Tengo que ser fuerte, debo serlo por ella.

Las pisadas se detienen justo fuera de la puerta. Contengo la respiración, apretando la mano de Alda, mientras una sombra se proyecta bajo la rendija. El momento de enfrentarse a las consecuencias ha llegado.



Capítulo 22

Bestia

Han pasado varios días desde que abandoné el club con la sensación de haber sido un estúpido. He esperado que Bella acudiera al gimnasio a entrenar, pero no ha sido así. También la he escrito varias veces al móvil sin respuesta, ni siquiera le llegan los mensajes. Por mucho que me diga mi amigo Lumière que todo está bien, que seguro que es algún sucio plan de Gastón, no puedo impedir que me asalten las dudas.

Y si irrumpo como un huracán arrasando todo a mi paso en el club y resulta que están juntos,

que lo mío solo fue una aventura, no sé si lo podré manejar. Pero algo muy dentro de mí, llámalo instinto, intuición o pálpito me dice que está en apuros. Nunca apagaría su teléfono, está haciendo todo esto que no se acerca ni de lejos a su sueño por su padre, por mantenerlo con vida por encima de su felicidad, la tienen retenida contra su voluntad y voy a sacarla de allí cueste lo que cueste. Si me equivoco pues bien, la vida nunca me ha regalado nada por lo que tampoco la decepción será tan grande.

—¿Por qué no quieres que entre contigo? —pregunta mi amigo sentado en el asiento del copiloto y con cara de culo porque no le llevo.

—Ya te lo he explicado, si no salgo tienes que buscar ayuda. Si pasa algo y caemos los dos no habrá nadie que saque a Bella o que detenga a ese cabrón.

Asiente aunque le conozco y va a estar enfadado unos cuantos días por dejarlo atrás.

—Espero no tardar, pero si ves que no vuelvo pide ayuda.

—Quizás habría que pedirla antes de entrar, ¿no crees? —me reprocha.

—No, quizás lo solucione yo solo y nos podamos ir. Luego cerraré este antro que tanto le gustaba a mi padre.

—Venga, ve, y ten cuidado, por favor, tengo un mal presentimiento, creo que hay algo gordo en todo esto y que huele a mierda desde aquí.

—Tranquilo, lo tendré, lo prometo.

Sin mediar más palabra porque le conozco y va a seguir con la cantinela de que quiere venir me bajo del coche. Voy directo al club, hay una entrada trasera y me dirijo hacia allí, no puedo estar seguro de que no haya cámaras, pero lo tengo que intentar. Quiero coger a este desgraciado por sorpresa, no como la última vez.

La puerta en la parte posterior del edificio tiene un lector de código numérico, pocos tienen acceso, los jefes de seguridad, el gerente y yo. Accedo y miro bien buscando algo que delate que tienen puestas aquí cámaras y no encuentro nada. Tampoco me extraña si hay trapos sucios que deben lavar seguro que salen y entran por aquí para no dejar pruebas de ello.

Subo las escaleras que me llevarán directo a la última planta donde se encuentra el despacho de Gastón. Sé que está aquí porque le he visto llegar hace poco, y se pasa el tiempo allí creyéndose el rey de este sitio. Uno que muy pronto se va a quedar sin corona.

El corazón late desbocado en mi pecho, siempre pensé que era un simple órgano, hasta que la conocí y me di cuenta de que es mucho más y que se lo regalaría envuelto si hacía falta. Llego a la planta, y entro por la puerta que está marcada como salida de emergencia. El guardia apostado en la misma lleva la mano a su auricular para informar de mi presencia.

—Yo que tú no haría eso, si me jodes te pongo en la calle antes de que termines de avisar —le amenazo.

El guardia asiente solemne, le deben lealtad a su jefe directo, pero qué coño yo soy el dueño de todo esto. Me acerco y me deja pasar sin articular palabra. Buen chico, si hubiera hecho ruido habría alertado de mi presencia al otro. Irrumpo en el despacho con cara de pocos amigos. Él cuelga la llamada que estaba teniendo en cuanto me ve.

—¿Teníamos una cita? —pregunta con un tono altivo que consigue que le quiera quitar todos los dientes de un puñetazo.

—No necesito una cita para venir, te recuerdo que soy el dueño de todo esto y vengo cuando me sale de los cojones.

Desde dónde estoy de pie veo como aprieta los dientes. Que le recuerde eso le da mucha rabia y a mí, satisfacción.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta fingiendo cordialidad.

—Trae a Bella ahora mismo, sé que la estás reteniendo contra su voluntad.

Hace un gesto apenas imperceptible pero que yo noto, como si se le descompusiera el rostro tan solo un segundo.

—Está descansando, ya te dije que estamos juntos. La verdad no sé por qué tienes tanto interés en mi mujer.

Lo dice despreocupado reclinándose en su gran sillón de piel marrón, pero no me engaña.

—Porqué los dos sabemos que no es tu mujer, y como no venga a la de ya vas a tener grandes problemas.

—¿Me estás amenazando?

Veo como aprieta los puños sobre el escritorio.

—No, pero te aseguro que no me conoces y yo no soy como mi padre, te puedo hacer la vida muy difícil.

Una sonrisa socarrona aparece en sus labios y me acerco unos pasos más hacía él para que vea que no estoy bromeando. Me he pasado años perfeccionando el autocontrol. Cuando empecé a luchar saltaba como una chispa en un bidón de gasolina.

—Desde luego que no eres como tu padre, él era un hombre que se vestía por los pies. Que nos trataba como si fuéramos su propia familia. A mí en particular como a un hijo, porque se avergonzaba del que tenía realmente. ¿Tú qué tienes? Todo lo que te ha dejado papá.

Sus palabras abandonan sus labios con tanto veneno que es raro que no se caiga muerto. El autocontrol desaparece como si me echaran un balde de agua fría. De dos pasos recorro la distancia que nos separa y le engancho de la pechera de la camisa impoluta y blanca que lleva. Le levanto de un tirón para encajar un puñetazo en su bonita mandíbula.

No intenta defenderse está sorprendido y puedo ver en sus ojos que también asustado.

—Mi padre era un hijo de la gran puta maltratador, sí realmente parece más tu padre que el mío, y de verdad que me alegro de no ser como él porque era una mierda de persona, igual que tú. Y aun así prefirió dejarme todo esto a mí antes que a ti, seguro que podía oler el hedor que te corroe por dentro.

—¡Suéltame, desgraciado! —Forcejea intentando soltarse sin éxito.

Le agarro más fuerte y tiro de su camisa ahora manchada con su sangre para que vea de cerca que no voy de broma.

—Trae ahora mismo a Bella o te juro que vas a salir de aquí en una caja de pino, y pienso disfrutar cada golpe que te dé.

Está pálido, bien. A mí no me engaña es de los que aparenta ser un tío seguro, de los que se comen el mundo, pero solo es porque siempre tiene gente detrás de él que le hace el trabajo sucio. Al que nunca le han partido su bonita cara, y no se ha tenido que ensuciar las manos.

Como puede mete la mano en el bolsillo de su pantalón negro de vestir y saca su teléfono móvil. Toca la marcación rápida y espera.

—Tráela ahora.

Es lo único que dice antes de colgar. No le suelto, no hasta que vea que Bella está bien, si le han hecho algo... pienso matarlo con mis propias manos.

No tardan mucho en tocar la puerta antes de entrar dos tipos de seguridad enormes que no había visto nunca. Eso es raro porque siempre me llaman cuando hay contratación de personal, tengo que dar el visto bueno. Todo eso se me olvida cuando veo entrar a empujones a Bella y a otra chica que apenas es una niña, va medio desnuda, la rabia va creciendo por momentos, si antes estaba enfadado ahora solo tengo ganas de cortar cabezas.

—¡Adam! —grita Bella.

Entre la adrenalina y la mala hostia que tengo no me había fijado en que tiene un ojo morado, ahora sí que sé que este desgraciado no va a salir vivo de aquí.

—Vaya, Gastón. Entonces si Bella es tu mujer no la debes tratar muy bien por su aspecto. O no me lo digas, se ha caído en el baño.

El cabrón que tengo cogido por la camisa gruñe a mi lado. Hace un gesto con la cabeza que piensa que me va a pasar inadvertido pero yo me fijo en cada detalle. Todo pasa demasiado rápido y antes de que pueda reaccionar las dos tienen una pistola apuntando en su nuca.

—Ahora vas a soltarme o los sesos de tu querida Bella van a adornar mi despacho.

Pienso rápido, lo tengo cogido y lo podría golpear hasta matarlo, pero eso es demasiado lento,

ya habrían acabado con ellas. Me maldigo por no haber pensado en que esto podría pasar, no me gustan las armas sin embargo ahora me vendrían muy bien.

Tengo que intentar desarmar a los guardias pero para eso debe parecer que estoy cooperando.

—Vale —le suelto y le empujo de nuevo contra la silla.

Los guardias se ponen nerviosos, pero Gastón les dice que no con la cabeza.

—Ahora me vas a explicar qué cojones está pasando aquí —exijo.

—No creo que estés en un momento para poner tú las condiciones, Adam.

Se regodea mientras limpia la sangre de su boca con un pañuelo blanco.

—Tiene a un montón de chicas secuestradas obligadas a que se prostituyan en una parte oculta del club —me dice Bella y lejos de ver miedo en su rostro veo una rabia que la consume.

Por un momento niego con la cabeza intentando entender lo que me está diciendo.

—¿Cómo que tienes chicas secuestradas y obligadas a prostituirse? —le grito.

—Venga, no te hagas ahora el inocente, ese negocio es más antiguo que tú y lo que creó tu padre. No digas que no tienes ni idea, o de que piensas que te levantas tanto dinero mensualmente, por unos pocos bailes.

No me lo puedo creer, soy consciente de que mi padre era un cabrón, y mala persona, pero hasta el punto de extorsionar mujeres sexualmente. Siento que la bilis sube por mi garganta en forma de arcada.

—Adam, ¿qué dice de tu padre?

Vuelvo a mirar a Bella que me ha hablado, tengo la cabeza ahora mismo que me va a explotar.

—Mi padre era el dueño de esto, pero te juro porque me muera ahora mismo que no sabía nada de este negocio, de saberlo no estaríamos ahora mismo todos aquí.

Ella intenta forcejear, pero el tío la coge del pelo y hace que gruña.

—Suéltalas, como la vuelvas a tocar un solo pelo no van a encontrar suficiente de ti para poder identificarte.

Tengo los puños apretados, son tres y dos de ellos están armados. No es que tenga muchas posibilidades, pero tengo que intentarlo, a eso he venido.

—Mira, Bella, ha venido tu amado a rescatarte, pero eso no va a ser posible, cariño. —Ella le devuelve una mirada de auténtico odio—. Además, seguro que cuando sepa la juerguecita que nos corrimos no quiere saber nada de ti.

—¡Eres un hijo de puta! Te juro que te mataré aunque sea lo último que haga. —Le amenaza y yo la creo.

—¿De qué cojones estás hablando? —pregunto ya cansado y hasta los cojones de este tío.

—El otro día, el que vino de follar contigo en el parque. Le hice una oferta para estar conmigo, debes sentirte contento porque no aceptó, pero en cambio dejó que todos mis hombres se la follaran. Gemía como una perra.

No puedo creer lo que me está diciendo el lunático este que ha hecho que todos sus hombres la violaran. Bella se quiere lanzar contra él, pero le tiran más del pelo. No es necesario, salto por encima de la mesa y empiezo a darle puñetazos en la cara con todas mis fuerzas. Si no termino con él no podré seguir viviendo.

Nadie me detiene, al menos al principio, y descargo toda mi rabia por lo que le han hecho a la mujer de la que estoy enamorado, sí, sé que es una palabra demasiado grande pero no encuentro otra manera de llamar a una persona por la que darías la vida sin pensarlo. La mano que golpea me duele mientras choca con el hueso y la sangre me salpica la cara, la ropa, nada importa.

El sonido del seguro de una pistola es lo que escucho justo cuando siento el frío del cañón apuntando en mi nuca.

—¡Corre, busca ayuda! —grita Bella a mi espalda.

Suelto al cabronazo que se merece morir con su sangre mezclada con la de mis nudillos y me volteo lentamente. El guardia que estaba con la niña ahora me está encañonando momento que ella aprovecha para huir. Ojalá la encuentre Lumière y mande refuerzos porque me da que Bella y yo no salimos vivos hoy de aquí.

—Desgraciado, estás muerto.

Pronuncia Gastón afirmando algo que yo ya sabía.



Capítulo 23

Lumiére

Ya no puedo más me duelen los pies de dar vueltas por el aparcamiento del club. Sé que me tenía que quedar en el coche, pero ni de coña, ya no puedo más. Ya he imaginado mil escenarios en el que todo sale mal y mi amigo acaba muerto, me niego a que eso suceda. Tengo que hacer algo, nunca he sido de los valientes, ni de los que se meten en peleas como hace Adam, pero es mi hermano, mi única familia y por quien daría mi vida sin dudarlo.

Tengo que llamar a mi primo, él y su gente nos ayudarán. Es parte de una banda de moteros y

trabaja con gente muy chunga. No podemos involucrar en esto a la Policía porque Adam es el dueño de este lugar, se podría meter en muchos problemas. Estoy sacando el móvil cuando veo a una chica salir del local, es muy joven y va casi desnuda. Los guardias se acercan a ella, pero huye en mi dirección como un cervatillo perseguida por un coche.

Voy a su encuentro sin dudarlo, me da muy mala espina, de donde ha salido esta chica y porque corre tan asustada. El guardia va tras ella y levanto una mano para indicarle que se detenga.

—Hola, soy amigo de Adam, y esta chica está conmigo.

Digo intento sonar imponente, él es el de los puños y yo soy el que se gana a la gente con la labia.

—Señorita, ¿es eso cierto? ¿Está con este hombre?

Ella que se ha detenido junto a mí al escuchar el nombre de mi amigo, me mira y luego a él y asiente. Está temblando así que me saco la sudadera por la cabeza y se la ofrezco. El guardia asiente y algo me dice que no está muy convencido pero sabe quien es mi amigo y seguro que no quiere que le ponga de patitas en la calle.

Espero que se aleje lo suficiente antes de hablar con la chica que está temblando como una loca, no es por frío, es algo más.

—¿Estás bien? Qué tontería, perdona, ya sé ve que no lo estás pero puedo ayudarte, ¿qué pasa?

—Son Bella y Adam, están en problemas. He conseguido escapar, pero los van a matar, hay que ayudarlos, ella me salvó la vida. No puedo dejarla allí ni a las demás.

Habla tan deprisa que es difícil seguirle el ritmo, pero quiero consolarla y protegerla, es un instinto que nace muy dentro de mí.

—Tranquila, Adam es como mi hermano, dame un momento que necesito pedir refuerzos y ahora me cuentas todo.

Ella asiente y se agarra a mi abrazo como si necesitara ese contacto para sentirse segura. Froto su brazo como si quisiera darle calor, mientras saco mi teléfono y marco el número.

—Hola, primo, soy yo. Te necesito, es cuestión de vida o muerte.

Le cuento rápidamente lo que nos pasa para que entienda la gravedad del asunto.

—Mándame la ubicación exacta, mi mujer y unas amigas están por allí pasando unos días de relax, irán encantadas. Yo tardaría horas en llegar con los chicos.

—¿Tú mujer? Primo, ¿tú has oído bien el problema que tenemos?

Me cabrea que no me tome en serio, hace mucho que no le veo ni siquiera sabía que tenía

mujer, me prometo que si salemos de esta iré a verlos pronto. Le oigo reír en el teléfono.

—Primo, solo te diré que si dejan a alguien vivo tendrás que dar las gracias.

—Vale, te mando en seguida la dirección.

No me quedo muy convencido cuando cuelgo ni que fuera una comandante del ejército del infierno, pero si él confía en ella yo también tendré que hacerlo. Me quedo con la chica en el aparcamiento cerca del coche mientras esperamos. Me pone al día de todo lo ocurrido y joder es mucho más terrible de lo que pensaba.

ALICE

Las tres bajamos del coche riéndonos de nuestras cosas, estábamos de tiendas. No de ropa, de armas, somos tan diferentes que ir de compras podría ser muy complicado. Comprar armas nos encanta creo que por eso somos tan buenas amigas, casi hermanas. Pero cuando me ha llamado mi marido diciendo que su primo necesitaba ayuda en esta misma ciudad todas hemos decidido que era mejor plan usar las armas que comprarlas.

Veo un chico a lo lejos que me hace señas con los brazos así que nos encaminamos en su dirección.

—Alice, ¿de verdad no te podías cambiar para esto?

Me pregunta Red que debe ser que aún no me conoce tanto como White que se está partiendo de risa.

—¿Qué le pasa a mi ropa, a ver, doña formal?

Me meto con ella porque cuando White encontró a su gemela era una mojigata, y vestía como tal. Su hermana le quemó toda la ropa y las bragas hasta los sobacos.

—No soy doña formal, que conste que me encanta como vistes, siempre vas impecable, pero ¿de verdad que un vestido por debajo del culo y tacones de aguja te ayudan a luchar?

La miro con una ceja levantada mientras acomodo mi cabello rubio y largo.

—Lo creas o no para mí es más cómodo que ninguna otra cosa, y por otro lado nunca, nunca me pongo pantalones, así que es lo que hay. —Le saco la lengua para burlarme.

No seguimos con la cháchara porque llegamos junto al chico que hacía gestos y que está acompañado de una chica.

—¿Lumiére? Soy Alice, la mujer de tu primo.

Me mira de arriba abajo sorprendido estoy por decirle que tiene la boca abierta pero me

divierte.

—Sí, soy yo encantado. Ella es Alda, es una de las chicas que tenían retenida en contra de su voluntad.

—¿En contra de su voluntad? —interroga White con cara de pocos amigos.

—Sí, por lo visto el club tiene un negocio oculto de prostitución donde engañan a estas chicas para que vengan a trabajar en cualquier otra cosa y luego las tienen amenazadas para que no puedan huir y se presten a todo lo que quieren los depravados de los clientes.

—Les voy a trocear como si fueran carne picada —contesta White casi parece que le va a salir espuma por la boca.

—Yo me pienso hacer una chaqueta de cuero con sus pieles —secunda su hermana Red.

—Pues yo me voy a hacer unas cuantas joyas con las pelotas de todos esos desgraciados —afirmo yo.

Veo como Lumière traga saliva.

—Dentro está mi amigo Adam, es el dueño del club, —las tres le miramos realmente mal— os juro que no sabe nada de todo esto, y la mujer que quiere Bella.

—Tranquilo, les vamos a sacar de allí, tú quédate cuidando a esa chica que bastante ha pasado, no queremos que vea todo lo que va a suceder.

—Espero que no os siente mal, pero no, sé os veo tan pequeñas y delicadas...

Todas rompemos a reír ante la cara que tiene el chico de confusión y miedo.

—Eso es justo lo que nos da ventaja, piensan que somos pobres damiselas en apuros, pero te aseguro que nadie que nosotras no queramos saldrá vivo de ahí.

Le explico antes de ponernos en marcha, comienza el juego, no permitimos que hagan daño a nadie y menos a mujeres indefensas que no saben defenderse.



Capítulo 24

Bella

Desde que Alda ha conseguido escapar todo se ha complicado en cuestión de minutos. El guardia que me tenía sujeta me ha pegado tan fuerte que he caído y me he golpeado la cabeza contra la pared. No estoy inconsciente, no sé muy bien porqué, pero el dolor me atraviesa el cráneo como si me lo partieran por la mitad. El mareo me tiene aturdida y no soy capaz de levantarme.

El desgraciado de Gastón ha llamado y han venido más hombres contra los que Adam ha

luchado con todo lo que tenía, pero al final lo han atrapado y atado a una silla. Gastón no se atrevía a pegarlo sin tenerlo atado. Es un cobarde, porque cuando Adam lo tenía estaba temblando de miedo, seguro que se ha hecho hasta pis en los pantalones. Aun con el globo que tengo he intentado luchar junto a Adam pero no he conseguido más que otros golpes de regalo. Hoy sin duda no es mi día de suerte.

Me agarra un tipo fornido desde atrás inmovilizada por los brazos, el cerdo que me engañó para trabajar aquí y que hizo que me violaran hasta casi matarme, va a terminar con el hombre que quiero delante de mí y no podré hacer nada para evitarlo. Casi que prefiero que me maten a mí primero.

—Por favor, Gastón, para, haré lo que quieras. Estaré contigo, trabajaré para ti lo que tú me digas.

Se gira y me mira ladeando la cabeza como si evaluara las posibilidades o mi sinceridad para cumplir lo que digo.

—Oh, cariño, claro que lo harás, pero después que termine con este cabrón que me ha robado todo lo que debería de haber sido mío. Este sitio, tú, todo. Cuando termine con él se encontrará un segundo testamento en el que me deja todo esto. Y tú eres mía, si quieres que tu padre viva lo harás. Además tengo fe de que te enamores de mí, solo es cuestión de tiempo.

Su mirada me confirma lo que expresan sus palabras, ha perdido la cabeza del todo. Da igual lo que le pueda prometer, o hacer porque está inmerso en un universo paralelo donde se convierte en el dueño de todo incluida yo misma.

—Bella, no le ofrezcas nada a este demente, saldremos de esta, te lo juro —me promete Adam como si de verdad pensara que puede cambiar nuestro estado lamentable—. He tenido muy poco tiempo contigo, y para una vez que he encontrado a alguien que de verdad amo, no te pienso perder.

Las lágrimas pican en mis ojos por lo que sucede y por lo que podría haber sido, una oportunidad en esta vida para que ambos pudiéramos ser felices, hemos estado tan cerca que puedo sentir como se escapa entre mis dedos.

Es el fin para ambos y lo sé, le van a matar y luego yo me quitaré la vida, no voy a permitir que Gastón me utilice como una marioneta o que consiga que degraden mi cuerpo más de lo que han hecho. Le fallaré a mi padre, pero nadie me dice que este desgraciado no lo mate en cuanto se levante un día algo cruzado.

—Quizás en otra vida...

Es lo único que consigo decir con el nudo que siento en mi garganta que me roba hasta el poco aire que contengo en el pecho.

—Basta ya de tanta cháchara, me duele la cabeza —dice el degenerado que lleva todo esto.

Podría haberle disparado y haber terminado con todo, evitarle un sufrimiento innecesario sin

embargo no es lo que quería, necesitaba castigarlo como si de esa manera se sintiera merecedor de lo que Adam posee por ley de vida.

Los puñetazos caen sobre el bello, pero ya dañado rostro de Adam, con cada uno de ellos es como si me dieran una descarga eléctrica, intento soltarme, llegar hasta él pero por más que golpeo al tío que me tiene sujeta es como una roca.

—¡Adam!

Grito con desesperación, las lágrimas ya resbalan por mis mejillas, no de pena, no por lo que estoy a punto de perder sino por la rabia y por las ganas de venganza que tengo.

Él me mira y me sonríe, no ha gritado o se ha quejado con ninguno de los golpes que le está desfigurando la cara, es un guerrero, es una bestia, mi bestia.

—¡Te mataré, hijo de puta! —le grito a Gastón con toda la rabia que siento en mi interior.

—¿Y cómo piensas hacerlo, pequeña zorra? ¿Como lo hiciste cuando todos te montaron como una perra? no me hagas reír.

Como si el destino por fin quisiera devolverme algo de la felicidad que me robó toda la vida la puerta del despacho se abre de golpe para dejar paso a tres mujeres. Dos de ellas se parecen mucho aunque tienen un estilo diferente, ambas vestidas de cuero eso sí. La otra es totalmente distinta, parece una princesa con su vestido azul cielo ajustado tan corto que poco tiene que dejar a la imaginación, combinado con unos tacones de aguja de infarto, si me pusiera eso tendría hasta vértigo. Lo que sí que tienen todas en común es que van manchadas de sangre, y no poca parece como si hubieran salido de una película gore.

Espero que no sean enemigas porque ni loca me enfrentaría a ellas, dan más miedo que todos los tipos aquí reunidos y eso que son asesinos todos.

—Vaya, White, tienen una fiesta aquí de las que nos gustan y yo no he recibido invitación. ¿Vosotras sí? —dice la rubia del vestido con una sonrisa macabra en sus preciosos labios.

—Que va, qué mal gusto la verdad, con lo que nos gusta a nosotras un buen derramamiento de sangre.

La rubia hace un mohín y las otras dos ponen cara de pena. Todos están sorprendidos, alguno incluso se ríe, como diciendo «que nos van a hacer tres mujeres», algo me dice que no lo podrían imaginar ni en sus peores pesadillas.

—¿Bella? ¿Adam? —la otra que no ha hablado hasta ahora nos pregunta viendo la situación.

—Sí —respondo rápido y sigo intentando soltarme frenéticamente.

—Es para que no haya confusiones cuando empecemos a sacar las tripas de estos hijos de puta y a esparcirlas por el club como hemos hecho con el resto.

Vale, se me ha puesto la piel de gallina, de mayor quiero ser como ellas.

—¿Qué cojones os pensáis que vais a hacer, putas? —dice divertido uno de los guardias de seguridad.

—Lo de puta no me va a molestar, porque siempre he dicho que hay que ser una señorita en la calle y muy puta en la cama con mis chicos. Respecto a qué os vamos a hacer ¿porque no vienes y me enseñas lo que tienes?

La rubia que tiene cara de muñeca está muy divertida jugando con ellos, porque por encima de todo ese ego masculino no se dan cuenta de que son máquinas de matar, ellos solo pueden ver a tres desvalidas mujeres, como las que maltratan y obligan a prostituirse.

—Sí, y cuando termine con vosotras vamos a follaros todos como hicimos con la puta de Bella.

—¿Te han hecho eso? —me pregunta a la que han llamado White.

—Asiento —avergonzada.

—No te avergüences, tú no tienes la culpa de nada, te prometo que pienso hacerte un collar con todos los cojones de estos desgraciados. —Y sé que no está bromeando.

—Estaba harta de ver mierdas como vosotros cuando era policía, tíos que se piensan que por tener algo colgando entre las piernas valen más que una mujer. Que solo viven para humillar, maltratar y abusar de una fémina porque pensáis que son inferiores. En mi antigua vida os habría detenido, en esta sé que la gente como vosotros está mejor muerta, así nadie os sacará de la cárcel por buena conducta o por el soborno correcto —dice la hermana de White que escupe en la cara del que tiene más cerca.

Momento en el que se desata el infierno en aquel despacho. Esos hombres que se creen tan machotes tiran de las pistolas, no tienen ni las pelotas suficientes para enfrentarse cuerpo a cuerpo a ella. Les da igual, no tardan nada en desarmarlos.

White golpea con un bate de béisbol metálico como si fuera una auténtica pítcher encajando pelotas que en este caso son cuerpos humanos. La rubia lleva unos cuchillos de oro rosa con piedras preciosas engarzadas. Corta como si fuera algo natural en ella, una extensión de sus manos. La otra no necesita armas ya que como ha afirmado que era policía el combate cuerpo a cuerpo es lo suyo.

Una vez desarmados todos ya no tienen cara de brabucones, me preocupa Gastón que está como paralizado junto a Adam. Lo peor de una persona que ha perdido la cabeza es que no sabes cómo puede reaccionar, es imprevisible. Mira hacia todos los lados como si buscara una salida y por mis cojones que eso no va a ocurrir, no va a huir.

—Chicas, ¿me ayudáis a soltarme? Por favor.

White se acerca hasta mí con una sonrisa preciosa en la boca. El tipo que me está sujetando

como por arte de magia me suelta.

—Buen chico, aunque siento decirte que si participaste en la violación grupal de esta mujer estás muerto.

Él solo asiente, ha enmudecido y no tiene respuesta para eso, no se mueve, no intenta huir como si fuera consciente de su destino y así lo aceptara. White se acerca más para hablar junto a mi oído y que no escuchen los curiosos.

—¿Vas a encargarte del que te ha hecho esto o quieres que lo haga yo? —me susurra.

—No, quiero hacerlo yo.

Ella asiente y sin que ninguna mirada curiosa pudiera ver que estaba haciendo saca un cuchillo que tiene escondido en alguna parte de su conjunto de cuero y me la da. Me la meto en la parte trasera de mis vaqueros. Quiero que sea una sorpresa para Gastón.

Decir que lo que ocurre mientras yo me dirijo hasta él no es una carnicería sería una mentira, no han mentido en ningún momento y están cortando literalmente los huevos a todos para que se desangren como cerdos, exactamente como lo que son.

Gastón está tan distraído que no ve que me acerco y le pego una patada en la parte anterior a las rodillas que le hace caer de boca contra la moqueta que ahora se está volviendo de color rojo. Miro una vez a Adam, pero está inconsciente, el último golpe que le dio este parásito le dejó así. Mejor, no sé si quiero que vea lo que voy a hacer, voy a dar un paso que me cambiará para siempre, aunque él que me hizo daño ya me había cambiado.

Con una fuerza que no sabía que tenía le volteo y me pongo en cuclillas delante de él para que vea lo que voy a hacer, que sepa que la última cara que verá será la mía, y a la vez que sepa que está pagando no solo por mí, por cada chica a la que le ha roto el alma como a mí, a las que han perdido un trocito de su ser cada vez que un hombre se hundía en ella sin su consentimiento.

Mis manos se cierran en puños como me enseñó el hombre que quiero y al que casi mata este animal y cuando lo levanto para golpearlo levanta las manos para protegerse. No hay fuerza en este planeta que pueda ayudarlo.

—Por favor, Bella, perdóname. Me iré y nunca volveréis a saber de mí, te lo juro —implora como un niño pequeño.

—No puedes irte, Gastón, es momento de pagar por todo lo que has hecho, ni en varias vidas podrías compensar las que has destruido.

No le doy tiempo a responder cuando mi puño cae sobre su cara con toda la fuerza que tengo que es mucha, la ira, la adrenalina parece que te dan super poderes. Cuando el segundo recorre el mismo camino oigo un grito.

—¡Cuidado, Bella! —grita la chica de los cuchillos.

La miro sin entender por qué cuando noto algo en mi costado, una pistola, no sé de donde la ha sacado Gastón, pero aprieta el gatillo antes de que pueda tan siquiera razonarlo. En ese primer momento no siento dolor solo humedad que empapa mi camisa. Me empiezo a marear, mi muerte se acerca y lo acepto.

Pienso en el amor hacia mis padres, espero que Adam cuide de él. Oh, Adam, todo lo que me había gustado vivir con él, y pienso en que lo amo, a veces da igual el tiempo que conozcas a una persona. Hay gente que pasa toda una vida junta y no llegan a sentirlo, pero yo en este poco tiempo lo amo. Y antes de perecer en este lugar que es como el infierno en la tierra tengo que hacer algo.

Con la debilidad que siento saco el cuchillo que llevaba escondido y se lo clavo con las pocas fuerzas que me quedan en la garganta al que al final me ha quitado todo en la vida, incluida la misma.

—Te dije que te mataría. —Lo último que veo antes de caer inconsciente es la sorpresa en sus ojos—. Nos veremos en el infierno.



Capítulo 25

Bestia

Cuando recupero la consciencia estoy en el coche dirección del hospital con las chicas que irrumpieron en el despacho cuando todo estaba perdido. White va conduciendo como una loca, su hermana va hablando por teléfono gritando órdenes.

—Que tengáis el puto quirófano preparado, vamos para allá, cojones. Te juro que como no hagas esto se te acabó el chollo de estar en nuestros negocios. Sí, sí me da igual que estés en la puta cama.

—Esa es mi hermana, los tienes cuadrados —afirma orgullosa White para sí misma.

Cuelga y comenta a todos.

—Me he encargado de que el jefe de policía llame al hospital y que nos tengan el quirófano preparado.

¿Quirófano? No entiendo qué está pasando, estoy algo desorientado.

—Adam, espabila, te necesito consciente.

Miro hacia el lado y está la rubia que nos ha ayudado y tiene un cuerpo encima, espera, yo también. Miro y veo a Bella, está inconsciente sobre mi regazo, pálida, demasiado ,más de lo blanca que suele ser de por sí su piel.

—¡Bella! ¡Bella, despierta!

Le cojo la cara entre las manos esperando que abra esos preciosos ojos color chocolate y me mire.

—La han disparado —afirma mi compañera de asiento.

Entonces lo veo, tiene algo taponando una herida en su estómago que no para de sangrar. Ella está cubierta de sangre, y siento como si me dispararan a mí. No la puedo perder, no puedo. Imploro a cualquier poder superior que por favor me lleven a mí mientras veo su dulce rostro.

—¿Qué ha pasado? ¡Dios mío no puedo perderla!

—No digas eso, hay que ser positivos. La bala ha salido, tenemos que pensar que saldrá y pedirle que luche —me contesta White mirándome por el retrovisor.

—Liquidamos a todos esos cabrones, ella quería vengarse personalmente de lo que ese desgraciado os había hecho, le estaba golpeando cuando ha sacado una pistola y la ha disparado a quemarropa. Pero debes estar orgulloso, porque ella le ha clavado el cuchillo en la garganta antes de caer. Luego nos encargaremos de los cuerpos para que parezca un ajuste de cuentas, pero de verdad que te aconsejo que quemes hasta los cimientos un lugar así. Lumière está liberando a todas las mujeres que tenían allí atrapadas.

—Lo haré en cuanto Bella esté bien.

Ella asiente y yo pienso en eso, en que se tiene que poner bien. Merece ser feliz, tener una vida plena y espero ser tan afortunado de que quiera compartirla conmigo. Acaricio su pelo que ahora parece haber perdido el brillo, la piel suave de su cara, beso sus labios en forma de corazón ahora tan fríos y pálidos.

—No me dejes, Bella, he tardado una eternidad en encontrarte y quiero pasar contigo lo que me quede de vida y si tú quieres en lo que haya después de esta.

No me da tiempo a seguir hemos llegado al hospital y ya hay personas esperando con una

camilla para llevarla lo antes posible, el tiempo es crucial, me da tanto miedo de entregársela, como si mi interior se resistiera por si no la volviera a ver.

—Te amo, resiste por favor, vuelve conmigo.

Es lo último que le puedo decir antes de que vuelen con ella al interior del hospital. Las horas se me hacen eternas mientras doy paseos por la sala de espera como un desquiciado.

—Deberías calmarte, vas a hacer un agujero en el suelo.

Me habla la rubia que está llena de sangre, de Bella, de todos los cabrones que estaban convirtiendo el club de mi padre en un infierno por mucho que se llamara cielo.

—No puedo perderla —contesto pasándome las manos desesperado por el pelo.

—Pero dar paseos no ayuda, solo nos pone más nerviosos a todos, ven. —Golpea el asiento que está a su lado.

Las hermanas han ido a buscar algo de comer, están hambrientas después de tanto ejercicio. Debe ser que matar escoria les da apetito. Obedezco por que les debo la vida, y espero que la de Bella también.

—No sé como os podré pagar lo que habéis hecho por nosotros, y por las chicas que estaban secuestradas.

—Bueno con que trates a Bella como una princesa el resto de vuestra vida nos daremos por pagadas. También que prendas fuego a ese maldito sitio.

—Lo haré te lo juro, las dos cosas.

—Lo que ella ha vivido... la va a cambiar para siempre. Necesitará tiempo y mucho amor para lidiar con ello, porque superarlo no se supera nunca.

Sé a lo que se refiere, y me odio por no haber podido protegerla. Me he pasado la vida peleando por dinero, y cuando tendría que haberlo hecho por una buena razón no estaba, no sé si podré perdonármelo. Como si me leyera el pensamiento coge mi brazo y habla de nuevo.

—No tienes la culpa de nada, las vivencias que pasamos nos forjan en hierro y acero. Nadie debería pasar ninguna desgracia como los abusos, el maltrato, los asesinatos pero así es la vida, una ruleta que juega contigo te lo digo yo. Sin embargo a veces también te da cosas buenas, cosas que hacen que pienses que vale la pena. Te ha traído a su vida, hay gente que nunca encuentra a su verdadero amor, siéntete agradecido.

Pienso en ello mientras la miro, tiene una sabiduría que solo tendría alguien que ha sufrido verdaderos horrores, y ahí está con una sonrisa que ilumina el mundo. Que ha venido a ayudarnos sin conocernos de nada. Debería haber más gente como ellas, son mujeres que no necesitan ser salvadas, son princesas pero sin tanto cuento. Y me siento muy afortunado de haberlas conocido.

—Gracias.

Bella

Despierto desorientada, mi cuerpo parece que no me pertenece quizás es lo que se siente al morir. ¿Habré ido a un sitio mejor? ¿Estará mi madre esperándome? O quizás tal y como le prometí a Gastón estoy en el infierno.

Me pesan los párpados aunque lucho por abrirlos por ver donde me ha llevado la muerte. Extrañaré a mi padre, a Adam, quizás algún día se reúnan conmigo y podamos ser felices, lo que no pudimos ser en vida.

Abro los ojos todo está borroso y escucho un pitido que hace que me duela la cabeza, antes de si quiera poder ver donde me encuentro huelo a antiséptico, como si estuviera en un hospital. No puede ser...

Consigo enfocar y creo que mis ojos me engañan cuando veo a Adam dormido en una silla justo a mí, no puede ser. Debería estar muerta. Alargo la mano, necesito tocarlo para saber si solo es un sueño, quizás es mi infierno personal ver al hombre que quiero sin poder tenerlo nunca. Mi brazo está lleno de tubos lo que me hace pensar que quizás estoy viva.

Toco su rostro demacrado por los golpes que ha recibido, quizás él también murió y no estaba inconsciente como pensé en su momento. Cuando las yemas de mis dedos hacen contacto con su maltrecha piel abre los ojos, que están tan rojos como si hubiera estado llorando.

—¡Bella! Estás despierta. —Sus ojos se vuelven acuosos pero llenos de felicidad.

Coge mi mano y deposita besos por todos mis dedos, como si no pudiera creérselo, yo tampoco.

—Adam, ¿estamos muertos? —mi voz suena como a lija, tengo la garganta dolorida.

—No, princesa. Estamos vivos, y te juro que pasaré el resto de la vida cuidándote y amándote.

Ahora soy yo la que no puede evitar que las lágrimas abandonen mis ojos, el nudo en mi garganta por la felicidad que siento, voy a vivir, tendré una segunda oportunidad para ser feliz. Con mi padre, con el hombre al que amo.

—Te amo tanto que daría la vida por ti —le digo y se levanta para acercarse aún más a mí.

—Y lo hiciste, y yo te amo tanto que nada podrá evitar que te cuide hasta mi último aliento.

Nos fundimos en un beso que me convence de que no estoy muerta, y que tengo una nueva vida para ser feliz.

Fin



Epílogo

Bella

Han pasado ya varias semanas desde el momento en que pensé que había muerto, cuando entendí que perecería por las personas que amo, incluso por aquellas mujeres que habían sufrido un infierno y aun así seguían luchando por ser libres.

Le conté a mi padre la verdad sobre todo lo ocurrido, le rompió el corazón que su pequeña hubiera hecho todo eso por no perderle como ocurrió con mi madre. Hoy miro hacía atrás en el tiempo y sé que habría hecho exactamente lo mismo con tal de salvarlo, de haber liberado a todas

esas mujeres y por haber conocido al amor de mi vida. A veces la felicidad exige sacrificios y aun con todo lo que sufrí lo pagaría gustosa por encontrarme donde estoy.

Adam destruyó el local, mejor dicho, le prendió fuego, después de que nuestras salvadoras y su gente se encargaran de todos los cuerpos. No sé qué habríamos hecho sin ellas. El seguro se creyó que había sido algo fortuito para nuestra sorpresa, si ellos supieran todo lo que había sucedido entre esas paredes...

Con el dinero que le dieron a Adam, hemos construido en Red Rose un centro donde acoger a todas las mujeres que sufrieron a causa de Gastón, pero no solo eso, ayudamos a cualquiera que haya sufrido maltrato, violaciones o que no tengan recursos como le pasó a él y a Lumière. Lo dirijo junto a él y no podría ser más feliz. Pensé que mi sueño era ser editora, pero que va, lo que es realmente un sueño es poder ayudar a la gente que ha vivido un infierno y que con una mano amiga pueden resurgir como el ave fénix.

Alice, White, y Red son nuestras socias, les pareció una gran idea y no solo ayudan económicamente para que esas personas tengan un techo, comida y ayuda psicológica, sino que ellas mismas exponen sus propias experiencias para que sepan que no están solas, que se puede superar y que podrán ser felices. Nunca he conocido a nadie tan increíble como ellas.

Tanto que nos hemos convertido en una gran familia, ¿por qué quién dijo que la familia es de sangre?

Ahora mismo estamos en el club de White, han preparado una gran barbacoa y estamos todos sentados en mesas de madera que han dispuesto con grandes bancos para que entremos todos.

—Hoy tenemos que celebrar grandes cosas. Maurice ha terminado su tratamiento y está fuerte como un roble.

Todos vitorean y mi padre se pone rojo como un tomate. Su novia Beatrice le abraza y le da un beso emocionada. Le coloca bien las gafas que como siempre se habían resbalado por su nariz. Se levanta tímido pero agradecido.

—Tengo que dar las gracias lo primero a mi hija, Bella, por todo lo que hizo por salvarme, a Adam, que le quiero como un hijo y a todos vosotros, mi nueva familia por habernos ayudado. Pensé que moriría pero aquí estoy con una segunda oportunidad para poder vivirla con mi familia y mi querida Beatrice.

Todos aplauden como locos, si algo tienen estos moteros es que son la salsa de la fiesta, y quiero a cada uno de ellos. Se sienta para que White siga hablando, colorado pero feliz.

—Otra cosa es el magnifico trabajo de la fundación «No estás sola» cada día llegamos a más personas y me siento tan orgullosa de vosotros, me gustan las motos, me gusta mi marido Ryan, pero me siento completa por poder salvar a tanta gente.

El aludido besa a su mujer con una pasión que es palpable para todos que empiezan a decir todo tipo de obscenidades. Alice se levanta junto a su amiga.

—Yo quiero contaros algo muy especial para mí, bueno para nosotros y es que estamos embarazados —nos cuenta mirando a sus chicos que le devuelven la mirada con auténtica devoción.

Todos gritan encantados por la noticia y Red y White la sonríen como solo las hermanas podrían hacer.

—Ya no te podrás poner esos minivestidos, Ice —bromea Tyler y ella le saca la lengua.

—Lo cortés no quita lo valiente, Tyler. Hay vestidos como los que llevo para premamá así que ni sueñes que me voy a poner un pantalón o un peto.

Pone cara de asco como si eso fuera impensable.

—¡Viva por los padres! —grita Lumière contento por su primo y el otro marido de Alice.

Se sienta junto a Mérida y le pasa el brazo por los hombros, esos dos han hecho muy buenas migas me parece a mí.

Siguen todos hablando y celebrando pero yo me pierdo en los ojos de Adam que me mira fijamente. Siempre le han llamado Bestia, el príncipe del dolor, pero para mí es el príncipe del amor, porque ha sido capaz de ayudarme a cicatrizar las heridas de mi alma, aquellas que pensé que no podría sanar.

Me besa el tatuaje que tengo detrás del hombro de una rosa roja, cuando me pasó lo de la violación pensé que era como una a la que le estaban arrancando cada pétalo, pero ahora siento que vuelve a estar completa por eso me la hice. Y siento que no puedo ser más feliz.

Pensaba que los felices para siempre no existían, pero me equivocaba, ahora tengo mi propio cuento en el que tengo un príncipe al que amo con locura.

Y con esta maravillosa familia vivimos felices para siempre.

Princesas sin tanto cuento

Snow

¿Te acuerdas de los cuentos de princesas que leías de pequeña? Pues si esos te gustaban este no es tu libro. Mi nombre es Blancanieves, una pequeña broma de mis padres narcotraficantes, aunque prefiero White. Soy la hija del presidente de The King's MC y a mi padre le llaman The King, lo que a mí me convierte en la Princess de la banda. Mi progenitor me ha entrenado para ser letal desde pequeña y así estar preparada para ocupar su lugar cuando él no esté. Pero un día aparece con una bruja vestida de leopardo que pretende usurpar el lugar de mi madre muerta, poner la vida de mi padre patas arriba y, de paso, la mía. Algo que me jode de muchas maneras diferentes. Tendré que huir de casa y pedir ayuda a otra banda, los Seven Dwarfs. Donde no solo encontraré ayuda y asilo, sino también un presidente que hace que tiemble mi corona.

Alice

Me llamo Alice y soy la princesa de mi imperio de narcotráfico. Mis cosas favoritas en el mundo son mis cuchillos y las setas alucinógenas. Las malas lenguas dirán que cuando las consumo alucino porque veo al Conejo Blanco. Pero lo que nadie sabe es que ese es el apodo de mi padrastro, del que hui a los 16. De eso hace ya diez años y me ha encontrado. Tiene una obsesión enfermiza conmigo. ¿Podré escapar viva del Conejo Blanco, el mayor narcotraficante y asesino de todo Pircasen? Lo intentaré, aunque pierda la poca cordura que me queda. Aunque puede que sea lo último que haga. En esta locura de viaje me acompañan dos hombres: Marcus, mi guardaespaldas, un hombre frío como el acero pero que haría cualquier cosa por protegerme y Tímido, un hombre de dos por dos que se sonroja cada vez que me insinúa. Los dos me atraen de una manera irracional, si tuviera que elegir a uno no sabría con cuál quedarme. Aunque, ¿quién dijo que en temas del corazón se tiene que elegir?

Red

Red se crio feliz siendo policía como su padre, hasta que un día descubre que es adoptada y que además tiene una gemela. Aunque no es una gemela cualquiera, su hermana es White, la jefa de un club de moteros que son calientes y delincuentes a partes iguales. Red se unirá a su hermana en busca de la verdad de su origen, mientras Tyler, el motero que más odia a la Policía y que es el soltero de oro del club, trata de no sentirse atraído por esa mujer que se parece tanto a su jefa, pero con una diferencia: el color de su pelo es rojo como el fuego, el mismo que siente en sus pantalones cada vez que la ve. ¿Pueden dos mundos tan diferentes lograr encontrarse en un punto medio? ¿Merece la pena el esfuerzo? Léelo en la tercera novela de Princesas sin tanto cuento.

Bella y el príncipe del dolor

En un mundo oscuro donde los sueños son reemplazados por pesadillas, Bella se ve atrapada en un club clandestino para salvar a su padre. Allí, rodeada por peligros y manipulaciones, se cruza con Adam, conocido como Bestia, un hombre tan atormentado como su propio destino.

Mientras luchan por sobrevivir en este lugar donde la moral se desvanece, Bella enfrentará una elección imposible: entregarse a los deseos de un despiadado villano o sacrificar al único hombre que podría ayudarla a escapar.